



∞

PENELOPE FITZGERALD

- La flor azul -

Lectulandia

La flor azul es la última novela de Penelope Fitzgerald. Una obra exquisita, ganadora del National Book Critics Circle Award, en la que la pasión del romanticismo se fusiona con la templanza de una escritura magistral.

Cuando Friedrich von Hardenberg, quien más tarde tomaría el nombre de Novalis, le habla de la flor azul a su querida Sophie, una niña de doce años de la que se enamora en un primer encuentro, lo hace en el tono misterioso, secreto, de quien no ha descifrado todavía el significado del que será el símbolo del romanticismo alemán. Fritz es un joven brillante, un genio. Ha estudiado dialéctica y matemáticas, es amigo del crítico Schlegel, del filósofo Fichte y del gran Goethe, y ahora ha de aceptar un trabajo que no desea como inspector de minas de sal. Escribe poesía, ha empezado una novela y, sobre todo, desea ser feliz junto a su «sabiduría», la joven Sophie, que ha nacido para estar alegre y reír sin cesar. Ninguno de los dos sabe aún que su búsqueda de la belleza y del infinito tendrá que enfrentarse a duras pruebas.

Lectulandia

Penelope Fitzgerald

La flor azul

ePub r1.0

Titivillus 29.04.16

Título original: *The Blue Flower*
Penelope Fitzgerald, 1996
Traducción: Fernando Borrajo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota de la autora

Esta novela está basada en la vida de Friedrich von Hardenberg (1772–1801) antes de hacerse famoso con el nombre de Novalis. Toda su obra, las cartas que escribió y las que le enviaron, los diarios y los documentos públicos y privados fueron publicados en cinco volúmenes por W. Kohlhammer Verlag entre 1960 y 1988. Sus editores fueron Richard Samuel y Paul Kluckhohn, y quisiera expresar la deuda que tengo con ellos.

La descripción de una operación sin anestesia ha sido tomada, en su mayor parte, de la carta de Fanny d'Arblay a su hermana Esther Burney, fechada el 30 de septiembre de 1811, donde le describe su operación de mastectomía.

Cita

Las novelas surgen de las carencias de la historia.

F. von Hardenberg (Novalis).
Fragmente und Studien, 1799–1800

1

El día de la colada

Jacob Dietmahler no era tan despistado como para no darse cuenta de que habían llegado a la casa de su amigo el día de la colada. No deberían haber llegado a ninguna parte, por lo menos no a esa enorme casa, la tercera más grande de Weissenfels, en un momento como aquel. La madre de Dietmahler supervisaba la colada tres veces al año, lo que significa que en la casa solo había ropa blanca para cuatro meses. Él tenía ochenta y nueve camisas, ni una más. Pero en la casa de los Hardenberg, en Kloster Gasse, la lluvia de sábanas, fundas de almohadas y cabezales, chalecos, corpiños y leotardos que caía al patio desde las ventanas superiores, siendo recogida en unos cestos enormes por circunspectos criados y criadas, mostraba a las claras que aquí solo se lavaba una vez al año. Esto tal vez no fuera un signo de riqueza, de hecho, él sabía que en este caso no lo era, pero constituía una señal de prestigio. Y también de que se trataba de una familia numerosa. La ropa interior de los niños y de los jóvenes, así como las prendas de los mayores, aleteaba en el aire azul, como si los propios niños hubieran alzado el vuelo.

—Fritz, me temo que has elegido un mal momento para traerme aquí. Tendrías que habérmelo dicho. Aquí me tienes, un desconocido para tu honorable familia, hundido hasta las rodillas en vuestros calzones.

—¿Cómo quieres que sepa cuándo van a lavar? —dijo Fritz—. De todos modos, tú eres bienvenido en cualquier momento.

—El barón está pisoteando la ropa —dijo el ama de llaves, asomándose a una de las ventanas del primer piso.

—Fritz, ¿cuántos sois en tu familia? —preguntó Dietmahler—. ¿Tantas cosas? —De repente exclamó—: ¡El concepto de cosa no existe en sí mismo!

Fritz, atravesando el patio delante de su amigo, se detuvo, miró a su alrededor y gritó con voz autoritaria:

—¡Señores! ¡Miren ese cesto de la ropa! ¡Piensen en el cesto de la ropa! ¿Han pensado en él? ¡Ahora, señores, piensen en cómo han pensado en el cesto de la ropa!

Los perros comenzaron a ladrar dentro de la casa. Fritz llamó a uno de los criados que sujetaban los cestos:

—¿Están en casa mi padre y mi madre?

La pregunta era innecesaria, pues su madre siempre estaba en casa. En ese momento salieron al patio un joven bajito, de apariencia inmadura, y una niña rubia.

—Bueno, por lo menos están aquí mi hermano Erasmus y mi hermana Sidonie. Mientras estén ellos, no necesitamos nada más.

Ambos se abalanzaron sobre Fritz.

—¿Cuántos sois en total? —volvió a preguntar Dietmahler. Sidonie le dio la mano y sonrió.

«Aquí, en medio de la mantelería, me perturba la presencia de la hermana pequeña de Fritz Hardenberg», pensó Dietmahler. «Esta es una de las cosas que quería evitar».

—Karl estará por algún lado, y Anton, y Bernhard, pero somos muchos más —dijo Sidonie. Dentro de la casa, como si contara menos que las sombras, se encontraba la baronesa von Hardenberg.

—Madre —dijo Fritz—, este es Jacob Dietmahler, que estudió en Jena conmigo y con Erasmus y ahora es profesor adjunto de medicina.

—Todavía no —dijo Dietmahler—, aunque espero serlo pronto.

—Ya sabes que he estado en Jena para visitar a mis amigos —prosiguió Fritz—. El caso es que lo he invitado a pasar unos días con nosotros.

La baronesa lo miró aterrada, como un animal en peligro.

—Dietmahler necesita un poco de coñac, aunque solo sea para mantenerlo despierto durante unas horas.

—¿No se encuentra bien? —preguntó la baronesa con consternación—. Avisaré al ama de llaves.

—No hace falta —dijo Erasmus—. Tendrás tus propias llaves del comedor, supongo.

—Claro que sí —dijo la baronesa, mirándolo de modo suplicante.

—No, las tengo yo —dijo Sidonie—. Las tengo desde que se casó mi hermana. Os llevaré a la despensa, no os preocupéis.

La baronesa, serenándose, dio la bienvenida al amigo de su hijo.

—Mi marido no puede recibirte ahora; está rezando.

Aliviada de que todo hubiera pasado, la baronesa no los acompañó en su recorrido por las lóbregas habitaciones y pasillos, repletos de muebles viejos. En las paredes de color ciruela había rectángulos descoloridos en los lugares que antaño debieron de ocupar los cuadros. Una vez en la despensa, Sidonie sirvió el coñac y Erasmus propuso un brindis por Jena.

—*Stosst an! Jena lebe hoch! Hurra!*

—No sé bien a qué viene lo del «hurra» —dijo Sidonie—. Jena es la ciudad donde Fritz y Asmus tiraban el dinero, cogían piojos y escuchaban las tonterías de los filósofos.

Entregó las llaves de la despensa a sus hermanos y volvió junto a su madre, que estaba en el mismo lugar donde la habían dejado, contemplando los preparativos de la gran colada.

—Madre, me gustaría que me confiaras algo de dinero, cinco o seis táleros para organizar la estancia de nuestro invitado.

—¿Qué es lo que hay que organizar, cariño? Ya hay una cama en el dormitorio que va a ocupar.

—Sí, pero los criados guardan las velas allí y leen la Biblia durante su hora libre.

—Pero cariño, ¿a qué va a ir ese joven a su dormitorio durante el día?

Sidonie repuso que a lo mejor le apetecía escribir.

—¿Escribir? —repitió su madre, desconcertada.

—Sí, y para ello necesitará una mesa. —Sidonie aprovechó la ocasión—. Y, si quiere lavarse, también necesitará una jarra de agua y una palangana, sí, y un cubo para el agua sucia.

—Pero Sidonie, ¿te crees que no va a saber lavarse con la bomba? Todos tus hermanos se lavan así.

—Y tampoco hay sillas en el dormitorio, para que pueda dejar la ropa por la noche.

—¡La ropa! Todavía hace demasiado frío como para desnudarse por la noche. Yo no me desnudo por la noche, ni siquiera en verano, desde hace por lo menos doce años.

—¡Y has tenido ocho hijos! —exclamó Sidonie—. ¡Líbreme Dios de un matrimonio como el tuyo!

La baronesa apenas le hizo caso.

—Además, hay otra cosa en la que no has pensado: tu padre puede alzar la voz.

Esto no inquietó a Sidonie.

—Dietmahler tiene que acostumbrarse a mi padre y amoldarse a nuestros hábitos; si no, que haga las maletas y se vuelva a su casa.

—Pero en ese caso, ¿no puede acostumbrarse también a nuestras habitaciones de invitados? Fritz debería haberle dicho que somos muy austeros y piadosos.

—¿Qué tiene que ver la piedad con un cubo para el agua sucia? —preguntó Sidonie.

—¿Qué palabras son esas? ¿Acaso te avergüenzas de tu familia, Sidonie?

—Sí.

Tenía quince años y era muy apasionada. La impaciencia, convertida en energía espiritual, era una característica de todos los hermanos Hardenberg. Fritz quería llevar a su amigo al río para pasear por el camino de sirga y hablar de poesía y de la vocación del hombre.

—Esto podríamos hacerlo en cualquier parte —dijo Dietmahler.

—Pero quiero que veas mi casa —respondió Fritz—. Es antigua, todos somos anticuados en Weissenfels, pero tenemos paz; el lugar es heimisch.

Uno de los criados que habían estado en el patio, vestido ahora con un abrigo oscuro de paño, se presentó en la puerta y anunció que al señor le gustaría ver al invitado en el estudio, antes de cenar.

—El viejo zorro está en su guarida —exclamó Erasmus.

Dietmahler se sintió incómodo.

—Será un honor para mí conocer a tu padre —le dijo a Fritz.

2

El estudio

Debía de ser Erasmus el que había salido a su padre, pues el barón, al levantarse cortésmente en la penumbra de su estudio, resultó ser un hombre inesperadamente bajo y grueso que llevaba un gorro de dormir para protegerse de las corrientes. ¿De dónde sacaba Fritz, puesto que su madre era tan menuda, su extrema delgadez y su gran estatura? Pero el barón tenía en común con su hijo mayor la costumbre de comenzar a hablar de inmediato, y sus pensamientos aprovechaban en seguida la oportunidad de transformarse en palabras.

—Estimado señor, he venido a su casa... —comenzó a decir Dietmahler nerviosamente, pero el barón le interrumpió.

—Esta no es mi casa. Es cierto que se la compré a la viuda de Pilsach para dar alojamiento a mi familia cuando me nombraron director de las minas de sal de Sajonia, lo que me obligó a residir en Weissenfels, pero las verdaderas propiedades de los Hardenberg, nuestro hogar y nuestras tierras, están en Oberwiederstedt, en el condado de Mansfeld.

Dietmahler dijo cortésmente que le habría gustado conocer Oberwiederstedt.

—No habrías visto más que ruinas y vacas famélicas —dijo el barón—. Pero son tierras ancestrales, y por eso es importante saber, y aprovecho la oportunidad para preguntártelo, si es verdad que mi hijo mayor, Friedrich, se ha liado con una joven de clase media.

—Que yo sepa no se ha liado con nadie —dijo Dietmahler con indignación—, pero, de todos modos, dudo que se le pueda juzgar con criterios tradicionales: es un poeta y un filósofo.

—Se ganará la vida como inspector adjunto de las minas de sal —dijo el barón—, pero comprendo que no es justo someterte a un interrogatorio. Te doy la bienvenida como invitado, es decir, como si fueras un hijo más, y espero que no te importe que averigüe un poco más acerca de ti. ¿Cuántos años tienes y qué piensas hacer en la vida?

—Tengo veintidós y estoy estudiando medicina.

—¿Respetas a tu padre?

—Mi padre murió, señor. Era yesero.

—No te he preguntado eso. ¿Sabes lo que es perder a un familiar próximo?

—Sí, señor, en solo un año dos hermanos míos murieron de escarlatina y una hermana de tisis.

El barón se quitó el gorro de dormir, aparentemente como muestra de respeto.

—Te daré un consejo. Si, como joven que eres, como estudiante, te asalta el deseo

de la carne, lo mejor que puedes hacer es salir al aire libre sin dilación.

Dio una vuelta a la habitación, que estaba forrada de librerías, algunas de ellas con estantes vacíos.

—Por otra parte, ¿cuánto te gastarías tú a la semana en alcohol, eh? ¿Cuánto te gastarías en libros, es decir, en libros que no sean litúrgicos? ¿Cuánto te gastarías en un abrigo nuevo, sin dar cuenta del estado del que ya tienes? ¿Cuánto, dime?

—Señor, estas preguntas que me hace van dirigidas contra su hijo. Sin embargo, hace un momento dijo que no me interrogaría.

Hardenberg no era en realidad un hombre viejo —tenía entre cincuenta y sesenta años— pero se quedó mirando a Jacob Dietmahler con el gesto de un anciano: el cuello encorvado y la cabeza gacha.

—Tienes razón, mucha razón. He aprovechado la oportunidad. Oportunidad, al fin y al cabo, es un sinónimo de tentación.

Puso la mano sobre el hombro de su invitado. Dietmahler, alarmado, no sabía si el barón estaba apretando o estaba apoyándose en él. Sin duda, estaría acostumbrado a confiar su peso a alguien más vigoroso, tal vez a alguno de sus robustos hijos, tal vez incluso a su hija. Dietmahler notó cómo cedía su clavícula. Estoy causando una impresión patética, pensó, pero al menos estaba de rodillas, en tanto que Hardenberg, molesto por su propia debilidad, mantuvo el equilibrio mientras se agachaba, agarrándose primero a la esquina de la mesa y luego a una de sus patas. La puerta se abrió y apareció el mismo criado de antes, pero esta vez en zapatillas.

—¿Quiere el señor que encendamos la estufa?

—Arrodíllate con nosotros, Gottfried.

El anciano se arrodilló junto a su señor, haciendo crujir el suelo. Parecían una pareja de viejecitos repasando las cuentas de la casa, más aún cuando el barón exclamó:

—¿Dónde están los pequeños?

—¿Los hijos de los criados, excelencia?

—Sí, y Bernhard.

3

Der Bernhard

En casa de los Hardenberg había un ángel, August Wilhelm Bernhard, rubio como el trigo. Después de la sencilla y maternal Charlotte, la mayor de los hermanos, del ingenuo Fritz, del regordete Erasmus, del acomodadizo Karl, de la generosa Sidonie y del meticuloso Anton, venía el rubio Bernhard. Para su madre, el día que tuvo que ponerle calzones fue terrible.

Ella, que nunca pedía nada para sí misma, había suplicado a Fritz:

—Ve a ver a tu padre y ruégale, suplícale, que le deje seguir llevando sayo durante algún tiempo.

—Madre, qué quieres que te diga, Bernhard ya tiene seis años.

A Sidonie le parecía que ya tenía edad para mostrarse cortés con los invitados.

—No sé cuánto tiempo se quedará, Bernhard. Ha traído una maleta bastante grande.

—Su maleta está llena de libros —dijo der Bernhard—, y también ha traído una botella de aguardiente. A lo mejor se pensaba que aquí no iba a encontrar nada parecido.

—Bernhard, has estado en su habitación.

—Sí, sí que estuve.

—Abriste su maleta.

—Sí, solo para ver sus cosas.

—¿La dejaste abierta o la volviste a cerrar?

Der Bernhard dudó un momento. No se acordaba.

—Bueno, no tiene importancia —dijo Sidonie—. Pero tienes que decírselo al señor Dietmahler y pedirle perdón.

—¿Cuándo?

—Deberías decírselo antes del anochecer. Pero lo mejor es que se lo digas ahora.

—¡No tengo nada que decirle! —exclamó der Bernhard—. No le he estropeado sus cosas.

—Sabes que papá te castiga muy poco —dijo Sidonie para persuadirlo—. No como nos castigaba a nosotros. A lo mejor te dice que llesves la casaca del revés durante unos días, solo como recordatorio. Escucharemos un poco de música antes de cenar y después te acompañaré hasta nuestro invitado y podrás cogerle la mano y hablarle con tranquilidad.

—¡Estoy harto de esta casa! —exclamó der Bernhard, marchándose de allí.

Fritz estaba en la huerta recorriendo las hileras de hortalizas, aspirando la fragancia de las judías y recitando en voz alta.

—Fritz. —Sidonie se dirigió a él—. No encuentro a der Bernhard.

—No me extraña.

—Estaba regañándole en el comedor y saltó al patio por la ventana.

—¿Le has dicho a algún criado que lo busque?

—Es mejor que no se lo diga porque se lo contarían a mamá.

Fritz la miró, cerró el libro y dijo que iría a buscar a su hermano.

—Lo traeré arrastrándolo por los pelos si es necesario, pero tú y Asmus tendréis que entretener a mi amigo.

—¿Dónde está?

—En su habitación, descansando. Papá le ha dejado rendido. Por cierto, alguien ha estado revolviendo en su habitación y le ha abierto la maleta.

—¿Está enfadado?

—En absoluto. Cree que tal vez se trate de una costumbre típica de Weissenfels.

Fritz se puso su abrigo de frisa y se encaminó decididamente hacia el río. Todo Weissenfels sabía que el joven Bernhard nunca se ahogaría porque era una rata de agua. No sabía nadar, como tampoco su padre. Durante los siete años que sirvió en el ejército hannoveriano, el barón había entrado en acción numerosas veces y había cruzado muchos ríos, pero nunca se vio en la necesidad de nadar. Bernhard, sin embargo, había vivido siempre cerca del agua y parecía no poder vivir sin ella. Merodeaba en todo momento por el embarcadero con la esperanza de poder colarse en la lancha sin pagar los tres peniques de la travesía. Sus padres no lo sabían. Había una especie de conspiración caritativa en el pueblo a fin de ocultarle determinadas cosas al barón para ahorrarle sufrimientos por una parte y, por otra, para no provocar su temible furia.

El sol se había puesto y solo resplandecía ya la parte alta del horizonte. La niebla avanzaba por el agua. El niño no estaba en la lancha. Unos cuantos cerdos y una manada de gansos, a los que no se permitía cruzar el hermoso puente de Weissenfels, estaban esperando la última embarcación del día.

La gorra encarnada de Bernhard

Por primera vez, Fritz sintió miedo. Su imaginación corría más que él, ya de vuelta en Kloster Gasse, donde se encontraba al ama de llaves en la puerta: «Pero señorito, ¿qué es eso que trae a casa? Está chorreando por todas partes; los suelos... yo soy responsable de ellos».

Su madre siempre había creído que der Bernhard estaba destinado a ser paje, si no en la corte del elector de Sajonia, quizá al menos junto al conde de Mansfeld o el duque de Braunschweig-Wolfenbüttel. Una de las tareas de Fritz dentro de poco tiempo consistiría en pasear a su hermano por esas cortes con la esperanza de colocarlo satisfactoriamente.

Las balsas estaban debajo del puente, cerca de la orilla, junto a unos troncos de pino atados con cadenas que se balanceaban suavemente mientras aguardaban la siguiente etapa de su viaje. Un vigilante intentaba abrir la puerta de una cabaña con un manojo de llaves.

—Señor vigilante, ¿ha visto pasar a un niño corriendo?

El vigilante le dijo que esperaba la llegada de un niño con su almuerzo, pero que era un bribón y no se había presentado.

—Mire, el camino de sirga está vacío.

Las gabarras vacías en espera de reparación estaban amarradas en la otra orilla. Fritz saltó por encima del puente. Todo el mundo vio cómo volaba con el abrigo puesto. ¿Acaso no podía el barón enviar a un criado? Las gabarras se agitaron, sujetas a sus amarras, chocando unas con otras, hilada contra hilada. Fritz dio un salto de metro y medio desde el muelle hasta la cubierta más próxima. Se oyeron unas pisadas rápidas, como de un animal más grande que un perro.

—¡Bernhard!

—No pienso volver jamás —gritó Bernhard.

El muchacho corrió por la cubierta y luego, no atreviéndose a saltar a la siguiente barca, se descolgó por la regala, agarrándose a ella con las manos e intentando apoyar los pies en alguna parte. Fritz lo sujetó por las muñecas y en ese preciso momento toda la hilera de gabarras se meció de manera inesperada, chocando bruscamente entre sí, de modo que der Bernhard, todavía colgando, quedó brutalmente atrapado. Un golpe de tos y un chorro de sangre y lágrimas brotaron de él como el aire de un globo.

—¿Cómo voy a sacarte de aquí? —preguntó Fritz—. ¡Qué pesado eres, pero qué pesado!

—¡Suéltame, déjame morir! —dijo der Bernhard, resollando.

—Tenemos que desplazarnos de lado para que pueda tirar de ti.

Pero el instinto de supervivencia parecía haber abandonado temporalmente al niño. Fritz tuvo que hacerlo todo, arrastrando a su hermano con grandes lamentos entre las dos regatas. Si estuvieran en la otra orilla, algún transeúnte les habría echado una mano, pero entonces, pensó Fritz, creerían que se estaba cometiendo un asesinato. Las barcas se juntaban cada vez más. Fritz vio el reflejo del agua bajo sus cuerpos y tiró del muchacho como si fuera un saco húmedo. Su rostro no estaba pálido, sino amarotado.

—Haz un esfuerzo. ¿O es que quieres ahogarte?

—¿Qué más da que me ahogue? —chilló der Bernhard—. Una vez dijiste que la muerte no tenía ninguna importancia, que era solo un cambio de estado.

—¡Vaya con el niño! Tú no tienes capacidad para entender eso —le gritó Fritz al oído.

—¡Mi *Mütze*!

El muchacho le tenía mucho cariño a su gorra encarnada, que se había perdido. También había perdido un diente y los calzones. Solo llevaba puestos unos calzoncillos largos de lana, sujetos con una cinta. Como les sucede a muchos rescatadores, Fritz se puso furioso con aquel a quien amaba y a quien había salvado la vida.

—Tu *Mütze* se ha perdido. A estas alturas debe de estar camino del Elba.

Luego, avergonzado de su propia ira, cogió al muchacho a hombros para llevarlo a casa. Der Bernhard, allá arriba, revivió un poco.

—¿Puedo saludar a la gente?

Fritz tuvo que llegar hasta el final de la hilera de gabarras, donde había unos escalones de hierro que le permitieron subir con el niño a cuestas.

—Cuánto pesa un niño cuando constituye una responsabilidad.

No podía volver así a Kloster Gasse. Pero Sidonie y Asmus sabrían cómo explicarlo durante la sesión de música previa a la cena. Mientras tanto, en Weissenfels, podía ir a secarse a muchos sitios. Tras cruzar de nuevo el puente, caminó un breve trecho a lo largo del Saale y luego giró dos veces a la izquierda y una a la derecha, donde la librería de Severin tenía las luces encendidas.

No había clientes en el establecimiento. El pálido Severin, con el guardapolvo puesto, estaba examinando, a la luz de una vela provista de un reflector, una de esas listas mugrientas que los libreros prefieren a cualquier tipo de lectura.

—¡Querido Hardenberg! No lo esperaba. Coloque a su hermano, le ruego, sobre una hoja de periódico. Aquí está el *Leipziger Zeitung* de ayer. —No se sorprendía de nada.

—Mi hermano pequeño ha caído en desgracia —dijo Fritz, depositando a der Bernhard en el suelo—. Tuvo un accidente en las gabarras. No sé cómo ha podido mojarse tanto.

—*Kinderleicht, kinderleicht* —dijo Severin indulgentemente, pero su indulgencia

iba dirigida a Fritz. No le gustaban demasiado los niños, puesto que todos ellos eran emborradores de libros. Se dirigió a la trastienda, abrió un cofre de madera y sacó de él un gran chal de punto como los que usan los campesinos.

—Quítate la camisa, te envolveré en esto —dijo—. No hace falta que tu hermano me lo devuelva. ¿Por qué has causado todo este escándalo? ¿Pretendías hacerte a la mar abandonando a tus padres?

—Por supuesto que no —dijo der Bernhard con desdén—. Todos los barcos de ese amarradero están en reparación. No pueden navegar porque no tienen velas. Yo no quería navegar, lo que quería era ahogarme.

—Eso sí que no me lo creo —repuso Severin—, y habría preferido que no lo dijeras.

—Le encanta el agua —dijo Fritz, dispuesto a defender a su hermano.

—Evidentemente.

—Y, por supuesto, a mí también —exclamó Fritz—. El agua es un elemento maravilloso. Es un placer incluso para el tacto.

Tal vez a Severin no le resultara tan placentero el charco que se había formado en el suelo de la librería. Tenía cuarenta y cinco años —para Fritz era el «viejo» Severin — y era una persona dotada de un gran sentido común, que no se inmutaba ante las contingencias de la vida. Había sido pobre y desgraciado, había salido adelante trabajando mucho, y cobrando poco, para el dueño de la librería, y luego, cuando este murió, se había casado con su viuda y se había convertido en propietario del establecimiento. Naturalmente, todo Weissenfels lo sabía y lo aprobaba. Era para ellos la idea precisa de la sabiduría.

La poesía, sin embargo, era muy importante para Severin, casi tanto como sus listas. Le habría gustado que su joven amigo Hardenberg siguiera dedicándose a la poesía sin tener que trabajar como inspector de las minas de sal.

Durante todo el camino de vuelta a casa, der Bernhard siguió quejándose de la pérdida de su *Mütze* encarnada. Era la única posesión que indicaba sus simpatías revolucionarias.

—No sé cómo te hiciste con ella —le dijo Fritz—. Y si papá la hubiera visto les habría dicho a los criados que la tirasen a la basura. A ver si esto te sirve de lección para que no hurgues más en las posesiones de los invitados.

—En una república no habría posesiones —dijo der Bernhard.

La historia del barón Heinrich Von Hardenberg

El barón von Hardenberg nació en 1738, y cuando todavía era niño heredó las propiedades de Oberwiederstedt, junto al río Wipper, en el condado de Mansfeld, así como la casa solariega y la granja de Schlöben-bei-Jena. Durante la guerra de los Siete Años sirvió, como súbdito leal, en las tropas hannoverianas. Tras el tratado de paz de París, renunció a su grado de oficial. Luego se casó pero, en 1769, se produjo una epidemia de viruela en las poblaciones ribereñas del Wipper, a consecuencia de la cual murió su joven esposa. El barón cuidó de los infectados y los moribundos; aquellos cuyas familias no pudieron pagarles una tumba fueron enterrados en Oberwiederstedt, que, al haber sido antiguamente un convento, todavía conservaba tierra sagrada. El barón había experimentado una profunda conversión religiosa. «Pero ¡yo no!», dijo Erasmus en cuanto tuvo edad para preguntar qué eran aquellos montículos verdes que había cerca de la casa. «Yo no he experimentado nada semejante: ¿es que no se da cuenta?».

En cada tumba había una humilde lápida con la inscripción: «Nació él, y él regresó a su morada». Este era el epitafio que más gustaba a los moravos. El barón se hizo miembro de la comunidad de los Hermanos moravos, para quienes el alma muere, despierta o se convierte. El alma humana se convierte en cuanto se da cuenta de que está en peligro —y en qué consiste ese peligro—, y se oye a sí misma gritar «Él es mi Señor».

Al año de la muerte de su mujer, el barón se casó con su joven prima Bernadine von Böltzig. «Bernadine, ¡qué nombre más ridículo! ¿No tienes otro?». Sí, su segundo nombre era Auguste. «De acuerdo, en adelante te llamaré Auguste». Cuando se mostraba cariñoso la llamaba Gustel. Auguste, aunque tímida, resultó fértil. Al cabo de doce meses nació la primera hija, Charlotte, y, un año después, Fritz. «Cuando llegue el momento de educarlos», dijo el barón, «ambos acudirán a la hermandad en Neudietendorf».

Neudietendorf, situado entre Erfurt y Gotha, era una colonia de Herrnhut, el centro donde hacía cincuenta años a los moravos, huyendo de la persecución, se les había permitido establecerse en paz. Para los moravos, cada niño nace en un mundo ordenado en el que debe encajar. La educación se ocupa de la situación del niño en el reino del Señor.

Neudietendorf, al igual que Herrnhut, era un remanso de tranquilidad. Para convocar a los niños a la escuela se usaban instrumentos de viento en vez de campanas. Era también un lugar de obediencia completa, pues los mansos heredarán la tierra. Los niños van siempre en grupos de tres, a fin de que el tercero pueda contar

al predicador de qué han hablado los otros dos. Por otra parte, ningún profesor puede imponer un castigo mientras esté todavía enfadado, puesto que un castigo injusto no se olvida jamás.

Los niños barrían el suelo, cuidaban de los animales y preparaban el heno, pero no se les permitía contender entre ellos ni tomar parte en competiciones deportivas. Recibían treinta horas semanales de educación e instrucción religiosa. Debían acostarse con el sol y permanecer en silencio hasta la hora de levantarse, a las cinco de la mañana. Después de terminar las tareas comunitarias —por ejemplo, encalar el gallinero—, se instalaban unas mesas de caballete para realizar un «festín de amor», durante el cual se cantaban himnos y se daba a beber, incluso a los más pequeños, una copita de licor casero. El precio del pupilaje era de ocho táleros para las niñas y diez para los niños (que comían más, y necesitaban también una gramática latina y otra hebrea).

Charlotte von Hardenberg, la mayor de los hermanos, que había salido a su madre, tuvo un comportamiento excelente en la Casa de las Doncellas. Se casó joven y se fue a vivir a Lausitz. Fritz era un niño soñador y aparentemente atrasado. Tras una grave enfermedad cuando tenía nueve años, se hizo inteligente, y ese mismo año fue enviado a Neudietendorf.

—Pero ¿en qué ha fallado? —preguntó el barón cuando, a los pocos meses, el predicador, en nombre de la asamblea, le pidió que se llevase a su hijo.

El predicador, que era muy reacio a condenar a ningún niño, le explicó que Fritz no paraba de hacer preguntas, pero que se resistía a escuchar respuestas.

—Tomemos como ejemplo —dijo el predicador— el «catecismo de los niños». Durante su estudio, el instructor pregunta: «¿Qué eres tú?».

R: *Soy un ser humano.*

P: Si te sujeto, ¿sientes la presión?

R: *La siento perfectamente.*

P: ¿Qué es esto, no es carne acaso?

R: *Sí, es carne.*

P: Toda esta carne que tienes es el cuerpo. ¿Qué nombre recibe?

R: *Cuerpo.*

P: ¿Cómo sabes si una persona ha muerto?

R: *Porque no puede hablar ni moverse.*

P: ¿Sabes por qué no puede?

R: *No, no lo sé.*

—¿No fue capaz de responder a esas preguntas? —exclamó el barón.

—Es posible que fuera capaz, pero lo cierto es que las respuestas que daba no eran correctas. Con apenas diez años insiste en que el cuerpo no es carne, sino la misma materia que el alma.

—Pero ese es solo un ejemplo...

—Podría poner muchos más.

—Todavía no ha aprendido...

—Está dejando pasar sus oportunidades. Nunca llegará a ser un buen miembro de Neudietendorf.

El barón preguntó si no habían detectado en su hijo ni una sola cualidad moral. El predicador rehuyó la respuesta.

Su madre, la pobre Auguste, que pronto se volvió enfermiza (aunque sobrevivió a diez de sus once hijos) y parecía estar siempre buscando a alguien a quien pedir disculpas, pidió que le permitieran educar personalmente a Fritz. Pero ¿qué podía enseñarle ella? Un poco de música, quizá. El barón contrató los servicios de un tutor de Leipzig.

6

El tío Wilhelm

Cuando vivían en Oberwiederstedt, los Hardenberg no invitaban a sus vecinos ni aceptaban las invitaciones de estos, pues les parecía un comportamiento demasiado mundano. También estaba la cuestión de la escasez de dinero. La guerra de los Siete Años fue cara —Federico II hubo de crear una lotería estatal para costearla— y, para algunos terratenientes leales, incluso ruinoso. En 1780 los Hardenberg tuvieron que vender cuatro propiedades menores y en otra de ellas, Möckritz, se subastaron todos los bienes muebles. Seguía siendo suya, pero sin vajilla, sin cortinas, sin ganado. Hasta donde alcanzaba la vista, los campos estaban sin cultivar. En el mismo Oberwiederstedt se veían, a través de las estrechas ventanas, hileras de palomares vacíos, y un *Gutshof* demasiado vasto para ser llenado siquiera a medias que había sido antiguamente la capilla del convento. El edificio principal se encontraba en un estado lamentable: le faltaban tejas, estaba agrietado, tenía manchas de humedad producidas por el agua que rebosaba de los maltrechos canalones. En la zona donde se hallaban las tumbas de la epidemia, los pastos estaban secos. Los campos eran eriales. El ganado se agrupaba para comer en el fondo de las zanjas, donde había humedad y crecía un poco de hierba.

Schlöben-bei-Jena, adonde la familia se desplazaba en determinadas ocasiones, era más pequeño y mucho más agradable. En Schlöben, con su saetín y sus robles cubiertos de musgo, «el corazón», decía Auguste con vacilación, «encuentra paz». Pero Schlöben pasaba prácticamente por las mismas dificultades que las otras propiedades. No tiene nada de apacible, le decía el barón, que le nieguen a uno el crédito.

Como miembro de la nobleza, al barón le estaban vedadas muchas formas de ganar dinero, pero tenía derecho a entrar al servicio del príncipe. En 1784 (nada más morir el director en funciones), el barón fue nombrado director de las minas de sal del electorado de Sajonia en Dürrenberg, Kösen y Artern, con un sueldo de seiscientos cincuenta táleros y algunas concesiones madereras. La oficina central de la sal se encontraba en Weissenfels, y en 1786 el barón compró la casa de Kloster Gasse. No era como Schlöben, pero Auguste lloró de alivio, rogando a Dios que sus lágrimas no fueran producto de la ingratitud, cuando dejó la gélida soledad y las anticuadas instalaciones de Oberwiederstedt. Weissenfels tenía dos mil habitantes —dos mil almas—, fábricas de ladrillos, una cárcel, un asilo para los pobres, el antiguo palacio, un mercado de ganado porcino, el tráfico fluvial y los grandes nubarrones que se reflejaban en el largo tramo del río, un puente, un hospital, el mercadillo de los martes, extensos prados y muchas, muchísimas tiendas, puede que treinta. Aunque la

baronesa no tenía una asignación para sus gastos personales y nunca había entrado en una tienda —de hecho, a excepción de los domingos, casi nunca salía de casa—, se le iluminaba débilmente la cara, como reflejo del tenue sol del invierno, al pensar que había tantas cosas y tanta gente a un paso de su casa.

Fue precisamente en Weissenfels donde nació der Bernhard, en el gélido febrero de 1788. Fritz tenía entonces casi diecisiete años, y no se encontraba en Weissenfels en aquella ocasión, sino en casa de su tío Wilhelm en Lucklum, en el ducado de Braunschweig-Wolfenbüttel. El joven había sobrepasado en conocimientos a su tutor, que tenía que quedarse estudiando matemáticas y fisiología por la noche para poder estar a su altura. «Pero eso no tiene nada de raro, al fin y al cabo», escribió su tío. «Los tutores son una clase de hombres que se caracteriza por su pobreza de espíritu, y en Herrnhut lo único que se hace es cantar himnos y realizar trabajos domésticos, lo cual resulta completamente inadecuado para un von Hardenberg. Envíame a Fritz al menos durante algún tiempo. Tiene quince o dieciséis años, no estoy seguro, y debe aprender a apreciar el vino, lo cual resultaría imposible en Weissenfels, donde las uvas solo sirven para fabricar brandy y vinagre, y a descubrir de qué hablan los adultos respetables». El barón, como de costumbre, se enojó muchísimo a causa de las observaciones de su hermano y sobre todo a causa del tono de sus comentarios. Wilhelm era diez años mayor que él y parecía haber venido a este mundo principalmente para irritarlo. Era una persona muy distinguida —«desde su punto de vista», añadía el barón—, gobernador de la división sajona de la orden de caballería alemana (sección de Lucklum). En muchas ocasiones lucía alrededor del cuello la ostentosa cruz de la orden de Malta, que también llevaba lujosamente bordada en su sobretodo. Fritz y sus hermanos le llamaban la Gran Cruz y Su Excelencia. No se casó, y era sumamente hospitalario no solo con sus vecinos terratenientes sino también con los músicos, políticos y filósofos: aquellas personas a las que convenía sentarse a la mesa de un gran hombre para ofrecerle sus opiniones y coincidir con las de este.

Tras una estancia de pocos meses, Fritz regresó a casa de su padre en Weissenfels, llevando consigo una carta de su tío.

Lucklum, octubre de 1787

Me alegro de que Fritz se haya recuperado y haya vuelto al buen camino, del que seguro no intentaré volver a desviarlo más. Mi estilo de vida le viene un poco grande a una cabeza tan joven. Se le mimó demasiado y conoció a demasiada gente nueva y extraña, por lo que no fue posible evitar que oyera en mi mesa muchas cosas que no eran útiles o saludables para él...

El barón escribió a su hermano agradeciéndole su hospitalidad y lamentándose de no poder agradecerse la más. El chaleco blanco, los calzones y el abrigo de paño

grueso que el sastre del tío Wilhelm había confeccionado para Fritz, al parecer porque los que había llevado consigo no eran demasiado elegantes, serían entregados a los Hermanos moravos para sus obras de caridad. En Weissenfels, donde vivían con sencillez, no tendría ocasión de lucirlos.

—Fritz, qué suerte has tenido —dijo Erasmus.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Fritz—. La suerte tiene sus propias reglas, si uno sabe entenderlas, y entonces deja de ser suerte.

—Sí, pero todos los días a la hora de cenar, allí sentado mientras esas personas importantes se divertían dándote de beber más de la cuenta, llenándote la copa una y otra vez de buen vino, no sé... ¿De qué hablaban?

—De filosofía de la naturaleza, de galvanismo, de magnetismo animal y de francmasonería —dijo Fritz.

—No me lo creo. Se bebe vino para olvidar ese tipo de cosas. Y luego por la noche, cuando las hermosas mujeres suben las escaleras de puntillas para buscar al joven inocente, y llaman a tu puerta: ¡*victoria!*

—No había ninguna mujer —le dijo Fritz—. Creo que tal vez porque mi tío no invitaba a ninguna.

—¡Ninguna mujer! —exclamó Erasmus—. ¿Y entonces quién lavaba la ropa?

El Barón y la revolución francesa

¿Qué fue peor, la carta de la Gran Cruz o la visita del capitán August von Böltzig, hermano mayor de la madre? Von Böltzig había luchado en el mismo batallón que el barón durante la guerra de los Siete Años, pero había llegado a conclusiones muy diferentes. El rey de Prusia, al que admiraba sin reservas, había defendido la total libertad de credo, y el ejército prusiano destacaba por su valor y su rectitud moral. ¿No se deduce de ello que...?

—Me imagino lo que vas a decir a continuación —dijo el barón, controlando a duras penas su tono de voz.

—¿Quieres decir que aceptas mi razonamiento? —dijo von Böltzig—. ¿Reconoces que no hay ninguna relación, al menos ninguna relación demostrable, entre la religión y la rectitud de conducta?

—Reconozco que tú, August von Böltzig, eres un tonto de remate.

La baronesa se sentía atrapada entre los dos, como un fino polvo de harina entre las ruedas del molino. Uno de sus temores nocturnos (dormía bastante mal) era que su hermano y el tío Wilhelm se presentasen sin avisar al mismo tiempo. ¿Qué podría decir o hacer ella para librarse cortésmente de uno de los dos? Si bien la casa era grande, los invitados siempre suponían para ella un quebradero de cabeza. Sonaba la campana, oías los pasos de los criados en el vestíbulo, todo se te venía encima antes de que pudieras pedir consejo.

En 1790, año en que Fritz se matriculó en la universidad de Jena, las fuerzas de la historia parecían haberse confabulado contra Auguste. Pero en este caso su estrechez de miras era una ventaja porque las consideraba ni más ni menos importantes que la ropa de cama gastada o la irreligiosidad de su hermano. Al igual que la brisa húmeda del río, que producía dolor de huesos, los disturbios acaecidos en Francia le parecían un simple mecanismo para enfurecer a su marido.

El desayuno en Weissenfels era bastante frugal. Sobre la estufa del comedor, a las seis de la mañana, se colocaban varias cafeteras de barro, y el café, para ahorrar, se mezclaba con polvo de zanahoria tostado. Sobre la mesa se ponían gruesas copas y platos y una montaña de panecillos blancos. Toda la familia, todavía en ropa de noche, iba llegando de uno en uno o de dos en dos y, como si fueran sonámbulos, se iban sirviendo de las grandes cafeteras. Bebían el café y también mojaban en él los panecillos blancos. Cada uno de ellos, al terminar, daba la vuelta a la taza y exclamaba con decisión: *Satt!*

A Auguste no le gustaba que los niños se quedasen en el comedor, sobre todo cuando fueron haciéndose mayores.

—¿De qué estás hablando, jovencito? —Erasmus y Karl se calentaban cerca de la estufa—. Ya sabes que a tu padre no le gusta que...

—Estará encantado con los girondinos —dijo Karl.

—Pero Karl, esa gente podría tener ideas nuevas. A él no le gustan las ideas nuevas.

En enero de 1793, Fritz llegó de Jena cuando estaban desayunando, vestido con un abrigo azul con enormes botones de latón y remiendos en los hombros, y un sombrero redondo.

—Me cambio de ropa y en seguida vengo a sentarme con vosotros.

—¿Has traído un periódico? —preguntó Erasmus.

Fritz miró a su madre y vaciló un instante.

—Creo que sí.

El barón, que ocupaba su lugar a la cabecera de la mesa, dijo:

—Deberías saber si has traído un periódico o no.

Fritz le entregó un ejemplar doblado del *Jenaer Allgemeine Zeitung*. El periódico todavía estaba frío del gélido viaje desde Jena en el bolsillo exterior de Fritz.

El barón lo desdobló y lo alisó, sacó sus anteojos y, delante de su silenciosa familia, dirigió su atención a la tupida primera página. Primero dijo:

—No entiendo lo que estoy leyendo.

—La Convención ha notificado una orden judicial a Luis —dijo Fritz valerosamente.

—Sí, he leído esas palabras, pero se me escapan por completo. ¿Van a emprender acciones civiles contra el legítimo rey de Francia?

—Sí, lo acusan de traición.

—Se han vuelto locos.

Durante unos momentos, el barón permaneció quieto como una estatua entre las tazas de café.

Luego dijo:

—No volveré a leer ningún periódico hasta que la nación francesa recupere el juicio.

Abandonó la habitación.

—*Satt! Satt! Satt!* —gritó Erasmus, tamborileando con los dedos en el plato.

—La revolución es el acontecimiento definitivo; no admite interpretaciones. Lo que es cierto es que la república es el camino que ha de seguir la humanidad.

—Es posible hacer un mundo nuevo —dijo Fritz— o, más bien, devolverlo a lo que fue antiguamente, pues la edad de oro fue sin duda una realidad.

—¡Y der Bernhard está aquí, sentado debajo de la mesa! —exclamó la baronesa llorando a lágrima viva—. Lo habrá oído todo, y luego lo repetirá al pie de la letra.

—No vale la pena escuchar porque ya me lo sé —dijo der Bernhard, asomando entre los rígidos pliegues del mantel—. Le cortarán la cabeza, ya lo veréis.

—¡No sabe lo que está diciendo! El rey es el padre, la nación es su familia.

—Cuando la edad de oro se restaure no habrá padres —murmuró der Bernhard.

—¿Qué está diciendo? —preguntó la pobre Auguste.

Sin embargo, tenía razón al pensar que con la Revolución francesa sus problemas irían en aumento. Su marido no había prohibido tajantemente la presencia de periódicos en la casa, de modo que se dijo a sí misma: «Simplemente es que no quiere verlos en la mesa o en su estudio». Había que idear otro sistema para que pudiera satisfacer su inmensa curiosidad por las aventuras de los franceses, que, a decir verdad, a ella le traían sin cuidado. Suponía que en las oficinas de las minas de sal, así como en el club —el ateneo literario y científico de Weissenfels—, el barón oiría las conversaciones sobre los tópicos del día, pero ella sabía, gracias a la penetración que confiere la costumbre (mucho más fiable que el amor), que su marido no sería capaz de darse por enterado definitivamente de las cosas hasta que las viera impresas en las páginas grisáceas de un diario.

—Otra vez, Fritz, cuando les des el sobretodo a los criados para que lo cepillen, podrías dejar que sobresalga un poco del bolsillo.

—Mamá, después de tantos años, todavía no conoces a papá. Ha dicho que no leerá el periódico, y no lo leerá.

—Pero Fritz, ¿cómo se va a informar? Los hermanos no le contarán nada, pues no le hablan de asuntos mundanos.

—*Weiß Gott!* —dijo Fritz—. Por ósmosis, tal vez.

8

En Jena

El barón pensó que lo mejor para su hijo sería recibir una educación al estilo alemán, en el mayor número posible de universidades: un año en Jena, otro año en Leipzig (para entonces, Erasmus ya tendría edad para unirse a él), luego otro año en Wittenberg para estudiar derecho, a fin de que pudiera, si se presentaba la ocasión, proteger cualquier propiedad de la familia que hubiera quedado pendiente de juicio. También comenzaría a estudiar teología y la constitución del electorado de Sajonia. En lugar de estas asignaturas, Fritz se matriculó en historia y filosofía.

El mismo día que llegó a Jena asistió a una clase impartida por Johann Gottlieb Fichte. Fichte habló de la filosofía de Kant, la cual, por fortuna, él había logrado perfeccionar considerablemente. Kant creía en el mundo exterior. Aunque solo lo conocemos por medio de los sentidos y de nuestra propia experiencia, el mundo sigue estando ahí. Esto, decía Fichte, no eran más que chocheces de un anciano. Somos libres de imaginar cómo es el mundo y, puesto que probablemente todos lo imaginamos de manera diferente, no hay razón alguna para creer en la realidad estable de las cosas.

Ante la mirada intensa de Fichte, los estudiantes, que tenían fama de ser los más indisciplinados de toda Alemania, se transformaron, asustados, en tímidos colegiales.

—¡Caballeros! ¡Replieguense sobre sí mismos! ¡Replieguense sobre su propia mente!

Los alumnos, arrogantes y borrachines en su tiempo libre, aguardaron sumisos. Cada uno desenganchó el pequeño tintero sujeto con una aguja por detrás de la solapa de la casaca. Unos se pusieron derechos, otros se inclinaron hacia delante, cerrando los ojos. Algunos temblaban de impaciencia.

—Caballeros, piensen en la pared.

Todos estaban atentos.

—¿Han pensado en la pared? —preguntó Fichte—. Ahora, señores, piensen en cómo piensan en la pared.

Fichte era hijo de un tejedor, y en política se alineaba con los jacobinos. Su voz fluía sin esfuerzo.

—El caballero del cuarto pupitre al fondo a la izquierda, el que parece sentirse incómodo...

Un desdichado joven se puso en pie.

—Herr Professor, es que las sillas de estas aulas no están hechas para gente con piernas largas.

—Mi nombramiento como «Professor» no se confirma hasta mayo. Se le permite

hacer una pregunta.

—¿Por qué...?

—¡Hable más alto!

—¿Por qué nos imaginamos que la pared es como la vemos, y no como algo diferente?

Fichte respondió:

—No creamos el mundo a partir de nuestra imaginación, sino a partir de nuestro sentido del deber. Necesitamos el mundo a fin de tener el mayor número posible de oportunidades para cumplir con nuestro deber. Eso es lo que justifica la filosofía, y en especial la filosofía alemana.

Aquella noche ventosa de otoño, bajo la luz de las farolas, los estudiantes se reunieron para «fichtear», es decir, para hablar sobre Fichte y su sistema. Parecían estar volviéndose locos. De repente, a las dos de la mañana, Fritz se quedó quieto en medio del Unterer Markt, mientras los demás proseguían su camino tambaleante en grupos desiguales, y dijo en voz alta, dirigiéndose a las estrellas:

—Ya sé dónde falla el sistema de Fichte. No hay lugar en él para el amor.

—Estás delante de su casa —dijo un estudiante que pasaba por allí y que se sentó en los adoquines—. El Professor Fichte vive en el 12º.

—No será Professor hasta mayo —dijo Fritz—. Hasta entonces podemos darle serenatas. Podemos cantar bajo su ventana: «Sabemos en qué falla tu sistema... En él no hay lugar, no hay lugar para el amor».

En Jena había todo tipo de alojamientos. Los estudiantes más pobres podían comer gratis, con una especie de beca. Elegían su casa de comidas y podían almorzar solo allí y solo hasta cierta cantidad. Era un espectáculo terrible, pues los dueños del local les metían prisa a fin de despejar cuanto antes las mesas, y se veían obligados a embutirse la comida en la boca, apresurándose a aprovechar, como diablillos en el infierno, el último pedazo permitido. Pero cada uno de ellos, por muy pobre que fuera, pertenecía a una *Landmannschaft*, una comunidad de su propia región, aunque se tratase solo de una ciudad natal e interminables campos de patatas. Por las tardes, grupos de amigos iban de taberna en taberna, buscando a otros amigos y luego convocándolos, en nombre de su *Landmannschaft*, para vengar algún insulto o discutir alguna cuestión interesante sobre filosofía de la naturaleza, o para emborracharse, o, si ya estaban borrachos, para emborracharse más.

Fritz podría haber vivido en Schlöben, pero estaba a dos horas de viaje. Al principio se alojó —puesto que no le cobraba nada— con su tía Johanna Elizabeth. Elizabeth se quejaba de que lo veía muy poco.

—Siempre había deseado tanto tener a un poeta a mi mesa. Yo misma, cuando era joven, componía versos.

Pero Fritz, aquel primer invierno, tuvo que pasar mucho tiempo con su profesor de historia, el famoso Professor Schiller.

—Querida tía, está enfermo; es el pecho, tiene una grave dolencia, y todos los

alumnos se están encargando de cuidarlo por turnos.

—Sobrino, tú no tienes ni la menor idea de lo que es cuidar a alguien.

—Es un gran hombre.

—Precisamente son los más difíciles de cuidar.

Hubo que llamar a Hofrat Johann Stark, catedrático de medicina y principal médico de la universidad. Stark, al igual que la mayoría de sus colegas, era partidario del sistema de Brown. El doctor Brown, de Edimburgo, había curado a muchos pacientes negándose a extraerles sangre, y recomendándoles ejercicio, sexo y aire libre. Pero sostenía que el estar vivo no era un estado natural, y para prevenir un colapso inmediato el organismo debía estar en perpetuo equilibrio mediante una serie de estímulos, ya fuera inflamándolo con alcohol o entumeciéndolo con opio. Schiller, aunque creía personalmente en la doctrina de Brown, no tomaba ni lo uno ni lo otro, sino que, apoyándose en la cabecera de la cama, pedía a sus alumnos que cogieran tinta y papel y tomaran notas al dictado: «¿Con qué fin estudia el hombre la historia universal?».

En esta época, Fritz se encargaba de vaciar los orinales del enfermo, y más tarde pudo observar cómo el profesor conseguía poner finalmente un enjuto pie en el suelo. Fue entonces cuando el crítico Friedrich Schlegel lo describió por primera vez en una carta. Schlegel escribía a su famoso hermano mayor, August Wilhelm, profesor de literatura y estética. Saltaba de gozo por haber descubierto a una persona interesante a quien su hermano no conocía. «El destino ha puesto entre mis manos a un joven del que cabe esperar todo; un día me expuso sus ideas con pasión, con una pasión indescriptible. Es alto y de constitución fuerte, y cuando se enardece su rostro adquiere una hermosa expresión. Habla tres veces más, y mucho más deprisa, que el resto de nosotros. La primera tarde que hablé con él me dijo que volvería a haber una nueva edad de oro, y que en el mundo no hay nada malo. No sé si seguirá pensando lo mismo. Se llama von Hardenberg».

Un incidente en la universidad

—Nunca lo olvidaré —dijo Fritz, recordando una mañana de mayo, hacia el final de su primer año en Jena. Su tía Johanna había muerto de neumonía a causa de los cortantes vientos primaverales a los que el Professor Schiller acababa de sobrevivir, y Fritz se hospedaba en Schustergasse 4 (segundo piso), donde compartía alojamiento con un primo lejano; pero ¿dónde estaba este primo cuando despertaron a Fritz y lo sacaron de la cama medio desnudo?

—Él y otros más están en la cárcel de estudiantes —dijo el visitante, un amigo al que apenas conocía—. Ayer por la noche salisteis todos juntos.

—Es cierto, pero, en ese caso, ¿por qué no estoy yo en el Agujero Negro con ellos?

—Tú tienes mejor sentido de la orientación que ellos, y por eso no te arrestaron. Pero ahora debes venir conmigo: te necesitan.

Fritz abrió los ojos de par en par.

—Tú eres Diethelm. Estudias medicina.

—No. Me llamo Dietmahler. Levántate, y ponte la camisa y la casaca.

—Te he visto en las clases del profesor Fichte —dijo Fritz mientras cogía la jarra de agua—. Y escribiste una canción que empieza así: «En los lejanos países la doncella...».

—Me gusta la música. Venga, no hay tiempo que perder.

Dado que Jena está en una hondonada vacía, al pie de un precipicio, solo se puede salir de allí caminando cuesta arriba. No eran más de las cuatro de la madrugada, pero mientras caminaban en dirección a Galgenberg podían sentir cómo comenzaba a humear la agobiante ciudad con los primeros calores del verano. Aún no había clareado el día, pero el cielo parecía hacerse menos denso y elevarse hasta alcanzar una palidez sin nubes. Fritz había empezado a comprender. Debía de haberse producido una pelea la noche anterior, o al menos una discusión, de la que no recordaba nada. Si se iba a celebrar un duelo, lo cual constituía en sí mismo un delito castigado con la cárcel, se necesitaba la presencia de un médico o, ya que no era posible llamar a un médico respetable, de un estudiante de medicina.

—¿Soy yo el árbitro? —preguntó Fritz.

—Sí.

En los duelos de Jena, el árbitro tenía que decidir lo imposible.

La espada de los estudiantes, el *Schläger*, era triangular pero redondeada hacia la punta, de modo que solo se podía infligir una profunda herida con tres bordes.

—¿Quién ha retado a quién? —preguntó.

—Joseph Beck. Me envió una nota diciendo que tenía que batirse, pero sin aclarar con quién ni por qué. Solo indicaba la hora y el lugar.

—No lo conozco.

—Tu casa era la más cercana.

—Me alegro de que tenga un amigo tan fiel.

Ya estaban por encima de la niebla, donde el rocío comenzaba a desaparecer, y entraron en un campo donde habían arrancado los nabos tiernos. Dos estudiantes se estaban atacando fieramente, sin gracia ni habilidad, sobre un suelo duro, agrietado y amarillento.

—Han empezado sin nosotros —dijo Dietmahler—. ¡Corre!

Mientras cruzaban el campo, uno de los duelistas alcanzó al otro y salió corriendo hacia una verja en dirección opuesta. Su adversario se quedó quieto, soltó su *Schläger* y luego cayó al suelo, con la mano derecha ensangrentada, tal vez amputada.

—No, solo han sido dos dedos —dijo Dietmahler, echándose rápidamente al suelo, donde ya comenzaban a crecer las primeras hierbas. Recogió los dedos, rojos y húmedos como si los hubieran despellejado: uno de ellos era solo la articulación superior; el otro tenía un anillo de oro.

—Métetelos en la boca —dijo Dietmahler—. Si se mantienen calientes, tal vez pueda volver a coserlos cuando regresemos.

Fritz probablemente no olvidaría jamás la sensación de aquel dedo y medio con el anillo, suaves y duros al mismo tiempo, dentro de su boca.

«Toda la Naturaleza es una misma cosa», dijo para sí.

Al mismo tiempo (su propio sentido común lo impulsó a hacer esto sin que se lo dijera Dietmahler), sujetó a Joseph Beck, que lloriqueaba y sangraba a chorros, por debajo del codo derecho, a fin de mantener su brazo en alto e impedir que la sangre afluyera a las venas de la mano. Mientras tanto, todo el cielo, desde un extremo del horizonte hasta el otro, se fue llenando de luz, y las alondras comenzaron a surcar el aire. Las liebres buscaban comida en la pradera contigua.

—Si salvamos el pulgar, tal vez pueda seguir usando la mano —señaló Dietmahler.

Fritz, que no podía tragar su propia saliva, mezclada con tierra y sangre, pensó: «Tal vez le interese todo esto como médico, pero a mí, como filósofo, no me sirve de nada».

Regresaron a Jena en el carro de un leñador que bajaba providencialmente la cuesta. Incluso el leñador, que habitualmente no prestaba atención a nada que no le afectara de manera directa, estaba impresionado por los gritos y quejidos del pobre Beck.

—¿El caballero es un cantante?

—Vaya directamente al departamento de anatomía —le dijo Dietmahler—. Si está abierto, tal vez encuentre agujas e hilo.

Era demasiado temprano para comprar aguardiente u opio, aunque Dietmahler,

que era también discípulo de Brown, estaba deseando darle a su paciente grandes cantidades de ambas sustancias.

Una cuestión de dinero

El día de San Miguel de 1791, Fritz inició la segunda etapa de su educación universitaria, en Leipzig. Tenía diecinueve años, y Leipzig, con cincuenta mil habitantes, era la ciudad más grande que conocía. Le resultaba imposible arreglárselas con el poco dinero que le habían asignado.

—Tengo que hablar con papá —le dijo a Erasmus.

—No le va a gustar.

—¿A cuánta gente le gusta que le pidan dinero?

—¿Qué has hecho con él, Fritz?

—Bueno, me he gastado el que tenía en las necesidades de la vida. Por un lado está el alma y por otro la carne. Seguro que el viejo, cuando era estudiante, tuvo esas mismas necesidades.

—Eso sería antes de su despertar religioso —dijo Erasmus con tristeza—. Ahora no puedes esperar su comprensión. A los diecinueve años ya deberías saberlo.

En su siguiente visita a Weissenfels, Fritz dijo:

—Padre, soy una persona joven, y, con el debido respeto, no puedo vivir como un viejo. He tenido que hacer enormes sacrificios en Leipzig: desde que estoy allí he encargado solo un par de zapatos; me he dejado el pelo largo para no gastar dinero en la peluquería; por la noche como solo pan...

—¿En qué sentido crees que no puedes vivir como un viejo? —preguntó el barón. Fritz cambió de tema.

—Padre, en Leipzig no hay un solo estudiante que no tenga dinero. No puedo vivir con lo que me tienes asignado en este momento. Ya sé que todavía quedan seis hermanos en casa, pero aún tenemos fincas en Oberwiederstedt y en Schlöben.

—¿Te crees que me había olvidado de ellas? —replicó el barón.

Se pasó la mano por la cara.

—Ve a Oberwiederstedt y habla con Steinbrecher. Te daré una carta para él.

Steinbrecher era el administrador.

—Pero ¿no está en Schlöben?

—Ahora se ocupa de todas nuestras propiedades. Este mes está en Oberwiederstedt.

Fritz tomó la diligencia, que salía de Weissenfels a las cuatro de la madrugada y hacía el trayecto vía Halle hasta Eisleben. La diligencia alemana era la más lenta de Europa porque todo el equipaje, que se colocaba sobre una especie de chirriante continuación del suelo que se extendía más allá del eje trasero, había que descargarlo y volverlo a cargar cada vez que subía o bajaba un pasajero. Mientras el revisor

supervisaba la maniobra, el cochero aprovechaba para picar algo y dar de comer a los caballos.

En Eisleben lo esperaba un criado, sentado en un banco a la puerta del Muchacho Negro.

—*Gruß dich*, Joseph —dijo Fritz, que lo recordaba de hacía siete años—. Entremos a tomar una copa de aguardiente.

En Sajonia las posadas no pueden vender alcohol.

—Me daría lástima ver al hijo de su padre divirtiéndose de ese modo —respondió Joseph.

—Pero Joseph, yo lo que quería era divertirte a ti.

Eso, evidentemente, no era posible. La posada les proporcionó caballos, y en silencio cabalgaron hacia Oberwiederstedt.

El administrador estaba esperándolos, aunque ya era de noche. Fritz le mostró la carta de su padre y esperó a que la leyera dos veces.

Luego, tras un silencio incómodo, dijo:

—Señor administrador, creo que mi padre le indica que me dé dinero.

Steinbrecher se quitó las gafas.

—Joven barón: no hay dinero.

—¿Me ha hecho venir hasta aquí desde tan lejos solo para que usted me diga eso?

—Me imagino que pretendía que se le quedase a usted bien grabado.

11

Un desacuerdo

Fritz recorrió a pie los cincuenta kilómetros de vuelta a Weissenfels. Cuando llegó a Kloster Gasse, su padre había regresado de la administración de las minas de sal, pero no estaba solo.

—Su Excelencia, el tío Wilhelm, está aquí —le dijo Sidonie—. La Gran Cruz en persona. Están hablando de ti. ¿Cómo te fue con Steinbrecher? Te diré lo que pienso: si unas personas no fueran mayores que otras, y si los jóvenes fueran tan ricos como los viejos...

—Pero Sidonie, ahora creo realmente que somos mucho más pobres de lo que pensábamos.

—Tú nunca pides mi parecer —dijo Sidonie—. Yo vivo en la casa y tengo más ocasiones que tú para pensar en todo ello.

—Ahora depende de todos nosotros, pero especialmente de mí... —comenzó a decir Fritz, pero der Bernhard, que acababa de llegar, lo interrumpió:

—Yo soy el que más sufre. Cuando la Gran Cruz está aquí, mamá me lleva junto a él, creyendo que soy su favorito. En realidad no le gustan los niños, y yo menos que ningún otro.

—Esperará un vino mejor y más invitados de los que tenemos habitualmente —dijo Sidonie—. Lo dijo la última vez que nos honró con su presencia.

—La última vez me obligaron a recitar —prosiguió der Bernhard—, y el tío gritó: «¿Por qué le enseñan esas tonterías?».

—Mamá no está en el salón —dijo Sidonie—. ¿Qué le digo que haga?

—Nada —dijo Karl, que estaba tumbado cómodamente en el único sofá.

Su situación era inatacable. Al cabo de una semana iba a comenzar su entrenamiento militar como cadete en un regimiento de carabineros al servicio del elector de Sajonia. Contaba, pues, con la simpatía del tío Wilhelm, aunque nunca lo hubiera invitado a Lucklum. Fritz parecía no estar escuchando. Estaba concentrado en tomar alguna decisión urgente. Sidonie no se había percatado de ello cuando Fritz entró en la habitación, tal vez por la alegría que le producía verlo, pero ahora su actitud llamaba la atención, como si hubiese traído con él a un invitado incómodo y estuviera esperando el momento oportuno para la presentación.

En la sala de visitas, la Gran Cruz no había tomado asiento, sino que paseaba rápidamente de un lado a otro, mostrando en cada giro el deslumbrante emblema de su capa azul. El barón, cansado como se encontraba tras un día de discusiones en el inspectorado, estaba sentado en su espacioso sillón, pensando que si su hermano no se quitaba la prenda de abrigo, había esperanzas de que se marchase pronto.

—¿Dónde está tu mujer, dónde está Auguste? —preguntó Wilhelm.

—No creo que se presente esta tarde.

—¿Por qué? No ha de tenerme miedo, no soy un ogro.

—Necesita descansar, está débil.

—Cuando una mujer se dedica incesantemente al trabajo, comprueba que nunca está cansada.

—Tú nunca has estado casado, Wilhelm. Pero aquí, por fin, llega Friedrich.

Fritz, pálido como un muerto, entró en el salón y, tras saludar a su padre y a su tío sin demasiada cortesía, comenzó a decir en tono enérgico:

—Quiero deciros que he decidido lo que voy a hacer con mi vida. Se me ocurrió cuando volvía de Oberwiederstedt.

—Qué suerte encontrarme aquí... —dijo la Gran Cruz—, justo cuando más se necesita mi consejo.

—Durante mis estudios en Jena y ahora en Leipzig, tú, tío, te has tomado a mal mi actitud porque prefiero la filosofía y la historia al derecho, y tú, padre, te ofendiste cuando dije que incluso el derecho era preferible a la teología. Pero ahora quiero que los dos alejéis vuestros temores, como si fueran polvo arrastrado por el viento. Ahora veo que mi deber es ser soldado. Todo apunta en esa dirección. De este modo no os costaré nada. Y ahora me doy cuenta de que necesito disciplina. Tengo tendencias románticas. En un cuartel, estas se corregirán mediante los deberes prácticos, prosaicos, de la vida cotidiana: las letrinas, la enfermería, las marchas, las inspecciones a pie... Más tarde, cuando entre en combate, no tendré nada que temer porque la vida, al fin y al cabo, es un fin y no un medio. Quiero pertenecer a los coraceros de la guardia del elector.

—¡*Scheißkerl*, cierra el pico! —bramó la Gran Cruz.

—Esa no es forma de dirigirse a mi hijo ni al hijo de ninguna persona respetable —dijo el barón—. Pero es cierto que está hablando como un idiota.

—Pero Karl... —lo interrumpió Fritz.

—... es un joven espabilado, deseoso de independizarse —exclamó el tío—. ¡Mientras que tú...! ¡Los coraceros...! Te he oído decir en mi propia casa, cuando tenías la edad que tiene ahora Karl, que la vida sería mejor si fuera un sueño, y que tal vez llegue a serlo algún día. ¿Dónde está tu sentido práctico? ¡Ni siquiera has visto a un hombre herido!

Fritz salió de la habitación.

—No sé de qué habéis estado hablando, pero sospecho que has sido demasiado directo —dijo Sidonie, acompañada de dos criados que traían café, pan y mantequilla, que el tío rechazó con desprecio desde un rincón.

—Al menos están de acuerdo —dijo Fritz—. Los dos coinciden en considerarme un inepto y probablemente un cobarde.

Sidonie le apretó el brazo para darle ánimos. Pero a través de la puerta abierta del salón se veía al padre y al tío discutiendo furiosamente.

—Deja que me ocupe del futuro de tu hijo. Tú no sabes absolutamente nada de estas cosas.

—Olvidas que serví durante siete años en las tropas hannoverianas —exclamó el barón.

—Pero sin que llegaras a adquirir el menor conocimiento sobre el arte de la guerra.

Karl y Sidonie llevaron al desilusionado Fritz hacia el jardín y luego en dirección al huerto.

—Este año vamos a tener miles de peras y ciruelas —dijo Sidonie—. ¿De dónde sacaste una idea tan peregrina? ¿Por qué piensas que podrías llegar a ser un buen soldado?

—¿Dónde está tu sentido común? —añadió Karl.

—No lo sé. Dime, Karl, ¿de qué depende que un hombre pueda ser un buen soldado?

—Yo, en mi caso, quería entrar al servicio del príncipe. También quería irme de casa —dijo Karl.

—¿No nos echarás de menos? —preguntó Sidonie.

—No puedo permitirme pensar en esas cosas. De todos modos, seré de más utilidad para vosotros estando fuera. Y tú, Sido, te casarás pronto y te olvidarás de tus hermanos.

—¡Jamás! —exclamó Sidonie.

La sensación de mortalidad

Una vez que se hubo desembarazado del tío y de su séquito de criados y cocineros, que habían estado infestando la cocina, el barón von Hardenberg llamó a su primogénito y le dijo que al terminar el año en Leipzig y después de otro año más en Wittenberg para estudiar química, geología y derecho, estaría preparado para dar los primeros pasos como aprendiz en la dirección de las minas de sal. Erasmus pasaría de Leipzig a Hubertusberg, donde se matricularía en la escuela de silvicultura: una vida sana y provechosa, por la que no había mostrado hasta entonces el menor interés. Karl, a los dieciséis años, ya había entrado en combate. Había estado con su regimiento en Maguncia cuando los franceses fueron expulsados de esa ciudad. Esperaba venir a casa con frecuencia. Conseguir permisos era relativamente fácil. Los oficiales de permiso no cobraban, a fin de que, durante su ausencia, el regimiento pudiera ahorrar dinero.

Si Fritz a veces tomaba la diligencia o recorría a pie largas distancias era porque casi nunca tenía a su disposición un caballo decente. Las raras veces que conseguía uno prestado o alquilado, anotaba el hecho sin falta en su diario. En Oberwiederstedt poseía un caballo propio —*Gaul* (el Jamelgo)—, pero no tuvo edad para montarlo hasta que se trasladaron a Weissenfels. ¿Cuántos años tenía el *Gaul*? La edad le había dado astucia, más que sabiduría, y había pactado con su amo un complejo trato en cuanto a tiempos y distancias: cuándo podía aflojar el paso, cuándo detenerse y cuándo proseguir la marcha. A Fritz no le preocupaba el desastroso aspecto de su caballo, siempre y cuando pudiera trasladarlo de un lugar a otro.

Desde que tenía diecisiete años había estado en movimiento perpetuo —en la flemática versión de movimiento que le proporcionaba el *Gaul*—, de acá para allá, pero siempre dentro de unos límites poco extensos. Su vida transcurría en la hondonada de oro del Sacro Imperio Romano Germánico, rodeada por los montes Harz y por densos bosques, atravesada por ríos —el Saale, el Unstrut, el Helme, el Elster, el Wipper— cuyos cauces trazaban graciosas aunque aparentemente innecesarias curvas y meandros, sorteando minas, refinerías de sal, almacenes de madera y posadas donde los clientes permanecían plácidamente sentados durante horas, a la espera de que los peces capturados fueran llevados a la parrilla. Las pequeñas ciudades de la comarca, cada una de las cuales tenía su propia personalidad pero también un innegable parecido con las demás, estaban separadas entre sí por kilómetros y kilómetros de campos ondulantes que producían abundantes cosechas de patatas y nabos, y unos repollos tan grandes que había que cortarlos con una sierra. Las ciudades daban tranquilidad al viajero, que divisaba desde la distancia el tejado

de madera de la iglesia vieja, la cúpula de la nueva, y entraba por fin en las calles flanqueadas por casitas perfectamente alineadas, cada una de las cuales tenía su pocilga, su horno para las pasas, su horno para el pan y, a veces, su cabaña de madera en el jardín, donde, al atardecer, el propietario pasaba el tiempo fumando con la mente completamente en blanco, bajo una inscripción del tipo: toda la felicidad está aquí o la satisfacción es riqueza. A veces, aunque no muchas, también había una mujer en la cabaña del jardín.

El día en que Fritz cabalgó en dirección sur desde Wittenberg, al final del año universitario, era un día entre mil, con una luminosidad extraordinaria y un cielo límpido y azul. Los campesinos acababan de comenzar a recoger las patatas, tarea en la que tantas veces había colaborado de buena gana cuando era niño en Neudietendorf, con los Hermanos moravos.

Entre Rippach y Lützen se detuvo al llegar a un arroyo que cruzaba el camino para dar de beber a *Gaul*, si bien para ello este tenía que esperar habitualmente al final de la jornada. Cuando Fritz aflojó las cinchas, el *Gaul* resopló con estruendo, como si hasta ese momento no supiera casi lo que era el aire. El maletín de Fritz, atado a la grupa, se elevó y cayó produciendo un ruido como de tambor sobre sus anchas ancas. A continuación, desinflándose poquito a poco, bajó la cabeza hasta el agua, en busca de la zona más embarrada, hundió el hocico justo hasta los ollares y comenzó a beber con una asombrosa energía, que desde luego no había exhibido en ningún momento durante el trayecto desde Wittenberg.

Fritz se sentó en la cuneta, sobre la húmeda tierra sajona que tanto amaba, con nada a la vista más que un convoy de vagones cargados de patatas y la hilera de alisos que señalaba el cauce del Elster. Sus estudios estaban a punto de concluir. ¿Qué había aprendido? Filosofía fichteana, geología, química, matemática combinatoria y derecho comercial sajón. Uno de sus mejores amigos en Jena, el físico Johann Wilhelm Ritter, había intentado demostrarle que la explicación fundamental de la vida era el galvanismo y que cada intercambio de energía entre la mente y el cuerpo debía ir acompañado de una descarga eléctrica. La electricidad era visible a veces en forma de luz, pero no toda la luz era visible, y de hecho casi nunca lo era. «Nunca debemos juzgar por lo que vemos». Ritter no tenía un céntimo. Nunca había estudiado en la universidad; ni siquiera había ido al colegio. Un vaso de vino era para él un estímulo inmenso. Tras beberlo, tumbado en su miserable pensión, veía las leyes de la electricidad escritas en borrosos jeroglíficos sobre la superficie de todo el universo, y también en la superficie del agua, por donde seguía desplazándose el Espíritu Santo.

«Mis profesores no estaban de acuerdo entre sí, mis amigos no estaban de acuerdo con mis profesores», pensó Fritz, «pero eso es solo a nivel superficial; son hombres inteligentes y apasionados; tengo que creer en todos ellos».

Los hijos de familias numerosas casi nunca aprenden a hablar solos en voz alta — una de las artes de la soledad— pero suelen escribir diarios. Fritz sacó su cuaderno

del bolsillo. En seguida le vinieron a la cabeza determinadas palabras: *debilidad, faltas, necesidades, afán de notoriedad, lucha para no derrumbarse, miserable, aburguesamiento de la vida cotidiana, juventud, desesperación*. Entonces escribió: «Pero yo tengo, no puedo negarlo, una inexpresable sensación de inmortalidad».

13

La familia Just

—Me habrás oído hablar del Kreisamtmann Coelestin Just de Tennstedt —dijo el barón. A Fritz le parecía recordar que sí—. Se trata por supuesto del decano de los magistrados locales, pero también, lo cual no siempre es así, del supervisor de la recaudación de impuestos en este distrito. He dispuesto las cosas para que estudies con él en Tennstedt, a fin de que aprendas administración y gestión de empresas, materias de las que no sabes absolutamente nada.

Fritz preguntó si debería buscar alojamiento.

—No, te alojarás en casa de los Just. El Kreisamtmann tiene una sobrina (Karoline, una joven muy eficaz que le lleva la casa), y además ha contraído matrimonio, a la edad de cuarenta y seis años, con la viuda de Christian Nürnberger, el que fue profesor de anatomía y botánica en Wittenberg. Es probable que la hayas visto allí el año pasado.

En las ciudades universitarias tal vez fuera diferente, pero ninguna mujer de Weissenfels, Tennstedt, Grüningen o Langensalza intentaba parecer más joven de lo que era ni conocía siquiera un método para conseguirlo. Aceptaban el paso de los años.

Karoline Just veía, al mirarse al espejo, el rostro de una mujer de veintisiete años, de una palidez y suavidad uniformes, con unas cejas muy oscuras. Desde hacía cuatro años llevaba la casa de su tío Coelestin Just en Tennstedt. Nadie había pensado en la posibilidad de que su tío se casara, pero lo cierto es que eso era precisamente lo que había ocurrido hacía solo seis meses.

—Querida, te alegrarás por mí y por ti misma —había dicho el tío—. Si en cualquier momento a partir de ahora te planteas tener una casa propia, podrás estar segura de que no me dejas solo.

—No me lo he planteado —dijo Karoline.

El hecho de que Karoline no tuviera otro sitio adonde ir, a menos que regresara a Merseburg (donde su padre era director del seminario de la catedral), no representaba para Just una dificultad. En los dos sitios sería bien recibida. Al mismo tiempo, se congratulaba de que su Rahel fuese no solo uno de los mejores partidos posibles —la viuda de un catedrático—, sino también de que, a sus treinta y nueve años, probablemente ya no podría tener hijos. Los tres vivirían apaciblemente sin cambios ni molestias inesperadas.

En Tennstedt decían: ahora tiene a dos mujeres bajo el mismo techo. Pues bien, hay un proverbio... ¿Quién va a dar las órdenes y administrar el dinero del Kreisamtmann? Respecto al esperado inquilino —esperado porque los criados

hablaban de él y porque los señores habían comprado una nueva cama—, sabían que tenía veintidós años.

En las universidades, los profesores solían casar a sus hijas con sus alumnos más aventajados. En todas partes, los maestros carpinteros, impresores y panaderos se daban por satisfechos cuando una hija suya, o una sobrina, se casaba con uno de sus aprendices. El Kreisamtmann no era ni profesor ni artesano, sino magistrado e inspector de impuestos, y lo más probable es que nunca se le hubiera ocurrido semejante arreglo, pero ahora que era un hombre casado, decían, ya tenía a alguien que pensara por él.

Fritz llegó a pie, con un día de retraso sobre la fecha prevista y a una hora en que Coelestin Just se encontraba en su despacho.

—El «tan esperado» está aquí —le dijo Rahel a Karoline. Esta lo recordaba bien de Wittenberg, pero le dio pena verlo tan desaliñado.

—¿Te parece sano el ejercicio, Hardenberg? —le preguntó nerviosamente mientras le hacía pasar a la casa. Fritz la miró de una manera vaga, aunque con una sonrisa radiante.

—No lo sé, señora Rahel. Nunca había pensado en ello, pero lo consideraré de ahora en adelante. —Una vez en el salón, miró a su alrededor como si hubiera visto una revelación—. Es precioso... Precioso.

—No tiene nada de precioso —dijo Rahel—. Eres bienvenido aquí, espero que aprendas muchas cosas y eres libre, por supuesto, de opinar lo que quieras, pero este salón no es precioso.

Fritz siguió mirando a su alrededor.

—Esta es mi sobrina política, Karoline Just.

Karoline llevaba puesto el chal y un delantal para las tareas de la casa.

—Estás preciosa, Karoline —dijo Fritz.

—Te esperábamos ayer —dijo Rahel secamente—, pero ya ves que somos pacientes. —Cuando Karoline se fue a la cocina, Rahel añadió—: Voy a aprovechar la confianza que me confiere el haberte tratado tantas veces y haberte admitido, recuérdalo, en nuestras tertulias sobre Shakespeare, para decirte que no deberías hablar de esa manera a Karoline. Me imagino que habrá sido sin querer; ella no está acostumbrada a esas cosas.

—No fue sin querer —dijo Fritz—. Cuando entré en su casa, todo (la jarra de vino, el té, el azúcar, las sillas, el mantel verde con sus largos flecos), absolutamente todo, estaba iluminado.

—Siempre lo está. Estos muebles no los compré yo misma, pero...

Fritz intentó explicar que no había visto su ser habitual, sino el espiritual. Tales transfiguraciones eran imprevisibles para él. Cuando se producían, veía el mundo tal como sería cuando el cuerpo se sometiese finalmente al alma.

Rahel vio que, independientemente de otras consideraciones, el joven Hardenberg era una persona seria. Se preguntó si tomaría, por prescripción médica, mucho opio.

Para el dolor de muelas, evidentemente, todo el mundo lo tomaba; no se refería a eso. Pero pronto pudo comprobar que Fritz tomaba como máximo treinta gotas antes de acostarse, a modo de sedante, cuando su cerebro estaba demasiado agitado: la mitad de la dosis, en realidad, que tomaba ella misma para los achaques típicos de las mujeres.

Fritz en Tennstedt

El equipaje de Fritz llegó al día siguiente en la diligencia. Constaba principalmente de libros. Allí estaban los ciento treinta y tres títulos necesarios; los primeros eran sobre todo libros de poesía, cuentos y teatro; había también estudios de botánica, mineralogía, medicina, anatomía, teorías del calor, el sonido y la electricidad, matemáticas y análisis de los números infinitos. Son todos el mismo, decía Fritz en voz alta, calentándose las manos con una vela en su frío ático de Tennstedt. Todo el conocimiento humano se reduce a lo mismo. Las matemáticas son el principio vinculante, tal como, según Ritter, la electricidad es el vínculo que une cuerpo y mente. Las matemáticas son la propia razón humana bajo una apariencia reconocible. ¿Acaso no podían ser la poesía, la razón y la religión formas superiores de la matemática? Lo que se necesita es una gramática de su lenguaje común. Si todo conocimiento debe ser expresado por medio de símbolos, entonces él debía comenzar a registrar todas las formas posibles de llevar a cabo esa operación.

—¡Eureka! —exclamó Fritz en su gélido dormitorio (él nunca había trabajado o dormido en una habitación que no fuese extremadamente fría; ni él ni nadie que él conociese).

Su segunda tanda de libros comenzaba con la obra de Franz Ludwig Cancrinus, *Fundamentos de la minería y de las refinerías de sal*, volumen 1. Parte primera: En qué consiste la mineralogía. Parte segunda: En qué consiste el arte de la experimentación. Parte tercera: En qué consisten las capas superficiales. Parte cuarta: En qué consisten las capas subterráneas. Parte quinta: En qué consiste el arte de la construcción de minas. Parte sexta: En qué consisten la aritmética, la geometría y la trigonometría ordinaria. Parte séptima, Sección primera: En qué consisten la mecánica, la hidrostática, la aerometría y la hidráulica; Sección segunda: En qué consiste la construcción de maquinaria minera. Parte octava, Sección primera: En qué consiste la fusión y precipitación de metales; Sección segunda: En qué consiste la fusión de semimetales; Sección tercera: En qué consiste la preparación de azufre. Parte novena, Sección primera: En qué consiste el análisis de la sal y la descripción geológica de las montañas productoras de sal; Sección segunda: En qué consiste el arte del hervido de la sal y la construcción de nuevas salinas. Volumen 2: Qué se entiende por minería y legislación de la sal.

Los criados comunicaron a Rahel que el joven barón estaba hablando a solas en su habitación.

—Se refugia allí arriba nada más desayunar —le dijo Rahel a su marido—, y habrás visto que también estudia después de cenar.

Just le preguntó a Karoline si sería posible tener una pequeña sesión de música alguna tarde, para relajarse.

—Deberías tener compasión de ese desgraciado joven —sugirió Just.

—No sé cuáles son sus problemas —dijo Karoline. Estaba muy ocupada con los preparativos para el invierno: hacer salchichas, espadar el lino, sacrificar a los gansos (que ya habían sido desplumados vivos dos veces) para obtener la tercera y última cosecha de plumas... Después de esto había que comer ganso asado toda la semana. Pero aquella tarde estaba sentada en el salón cuando Fritz, ante los requerimientos de Rahel, bajó las escaleras con un libro en la mano (lo habían convencido para que les leyera algo); o no, no era un libro, sino una carpeta con manuscritos.

—No piensen que esto lo escribí para alguien en concreto. Entonces estaba en Jena. Era más joven que ahora.

*Acepta mi libro, acepta mis versos,
ámalos y déjalos marchar.
¿Quieres algo más? ¿Mi corazón, mi vida?
Hace tiempo que los tienes.*

Levantó la vista.

—Eso quedaría muy bien en el cuaderno de una jovencita —dijo Rahel—. Me temo, sin embargo, que no tenemos nada de ese tipo en la casa.

Fritz rompió la hoja en dos. Karoline dejó la funda de almohada que estaba cosiendo.

—Léenos algo más, por favor.

Su tío Coelestin contempló en silencio el resplandor de la estufa, cuyas puertas estaban entreabiertas. Le habían dicho que el joven Hardenberg era un poeta, pero hasta ese momento no se dio cuenta de que también pretendía leer sus versos en voz alta. No tenía capacidad para juzgarlos. El canto era otra cuestión. Como todas las personas que conocía, Just también cantaba, pertenecía a dos clubs de canto, y oía cantar dentro de las casas en invierno, y en verano al aire libre, en los bosques, en las montañas y en las calles. Sí, y una amiga de Karoline, una soprano, tenía una voz tan hermosa que en su propia fiesta de boda, cuando todos los notables de Tennstedt estaban presentes, engatusaron a Coelestin para que se presentase disfrazado de vendedor de pájaros, con un montón de jaulas vacías pintadas de color dorado, y para que cantase una canción cómica implorándole al novio que «no se llevase a su ruiseñor». Sí, aquella era Else Wangel. Hace solo tres años, tres años, desde que se casó, y ahora es tan gruesa que no cabe por una puerta.

Karoline le reprochó:

—¿Por qué hablas de Else Wangel?

—Querida, no me di cuenta de que estaba hablando en voz alta. Debéis perdonar a un anciano.

Solo tenía cuarenta y seis años. La melancolía que le producía acercarse a la muerte era una de las razones que lo llevaron, en primer lugar, a llamar a su sobrina y, posteriormente, a casarse.

—Tío, no has estado escuchando, no has entendido nada.

15

Justen

Karoline llevaba las cuentas de la casa (después de que Rahel repartiese las responsabilidades con gran tacto), lo que incluía el cobro semanal de la pensión completa de Fritz y de la cuadra para el Gaul, que había llegado desde Weissenfels. El primer sábado, sin embargo, se produjo cierta confusión.

—Karoline, el cajero de mi padre tiene que llegar a Tennstedt con mi asignación antes de finales de noviembre, pero es posible que se haya equivocado y haya ido directamente a Oberwiederstedt. Me temo que voy a tener que pedirte que esperes unos días.

—No creo que podamos esperar —le dijo Karoline—, pero lo sacaré, de momento, del dinero para la casa.

Karoline mudó de color —lo cual no era nada frecuente— al pensar en la vergüenza que estaba pasando Fritz.

—¿Cómo se las va a arreglar? —le preguntó a Rahel.

Rahel dijo:

—A pesar de haber estado en tres universidades, no le han enseñado a controlar sus gastos. Como es el primogénito, no lo han protegido de sí mismo.

Si bien el cajero llegó al día siguiente, Karoline pensó que había opuesto cierta resistencia, pero en realidad no tenía defensas contra Hardenberg porque, desde la tarde de la lectura de poesía, Fritz le pedía muchas cosas. Depositaba en ella toda su confianza, cargando el peso de esta sobre Karoline. Ella era su amiga —Karoline no lo negaba— y, aunque pudiera vivir sin amor, le dijo, no podía vivir sin amistad. Fritz lo confesaba todo y hablaba sin cesar. Ni la costura ni la elaboración de las salchichas lo detenían. Mientras cortaba las salchichas, Karoline aprendía que el mundo no avanza día tras día hacia la destrucción, sino hacia el infinito. Fritz le explicó los defectos de la filosofía de Fichte, y también que tenía un diablillo de hermano al que quería mucho y un tío monstruoso que discutía con su padre... Aunque, en realidad, todos discutían.

—¿Tu madre también?

—No, no.

—Lamento que no seas feliz en tu casa —dijo Karoline.

Fritz se sorprendió.

—Te he dado una falsa impresión: en nuestra casa hay amor, y cada uno de nosotros daría la vida por los demás.

Su madre era aún lo bastante joven, añadió, como para tener más hijos; él tenía el deber ineludible de comenzar a ganar dinero cuanto antes. Luego volvió al tema de

Fichte y fue a buscar sus apuntes para mostrárselos a Karoline: páginas y páginas de modelos triádicos.

—Sí, estas son algunas de las tríadas de Fichte, pero te diré lo que se me ha ocurrido desde que estoy en Tennstedt. Podrías imaginarte que nos representan a nosotros dos. Tú eres la tesis: tranquila, pálida, finita, equilibrada. Yo soy la antítesis: inquieto, contradictorio, apasionado, extravertido. Deberíamos preguntarnos si la síntesis sería la armonía entre los dos o si conduciría a una nueva imposibilidad que no hemos imaginado siquiera en sueños.

Karoline respondió que ella no soñaba mucho.

Del doctor Brown, a quien Fritz mencionó a continuación, Karoline había oído hablar, pero no sabía que el brownismo superase a todos los sistemas médicos anteriores o que el propio doctor Brown hubiera dado clases con un vaso de whisky y otro de láudano delante de él, bebiendo sorbitos por turnos para demostrar el perfecto equilibrio entre ambos. Karoline no sabía siquiera lo que era el whisky.

Fritz también le dijo que las mujeres son hijas de la naturaleza y que esta, en cierto sentido, es su arte.

—Karoline, deberías leer *Wilhelm Meister*.

—Pero si ya lo he leído —respondió. Fritz se quedó desconcertado durante unos segundos, dándole tiempo a añadir—: Mignon me resultó cargante.

—Es solo una niña —exclamó Fritz—, un espíritu, o una vidente de espíritus, más que una niña. Muere porque el mundo es poco sagrado para ella.

—Muere porque Goethe no supo qué hacer con ella a continuación. Si la hubiera casado con Wilhelm Meister, les habría venido de maravilla a los dos.

—Tus juicios son muy severos —dijo Fritz. Se sentó a escribir unos versos sobre ello. Karoline, con la ayudanta de cocinera, estaba ensartando hilos en unos aros secos de manzana.

—Pero Hardenberg, ¡has escrito acerca de mis cejas!

*Karoline Just tiene cejas negras
y los movimientos de sus cejas
me dan buenos consejos.*

—Te voy a poner un apodo —dijo Fritz—. ¿No tienes ninguno?

A la mayoría de las Carolines y Karolines (era el nombre más frecuente en el norte de Alemania) se les llamaba Line, Lili, Lollie o Karolinchen. Ella negó con la cabeza:

—No, nunca lo he tenido.

—Te llamaré Justen —dijo Fritz.

El círculo de Jena

Tennstedt tenía la ventaja, desde el punto de vista de Just, de estar a más de ochenta kilómetros de Jena. El joven Hardenberg todavía contaba con muchas amistades allí, pero, en opinión de Just, estaría mucho mejor sin ellas. Por ejemplo, el físico (si es que lo era). Johann Wilhelm Ritter probablemente debería ingresar, por su propio bien, en un manicomio. Pero Ritter era un inocente. Lo que más llamaba la atención de Just era el comportamiento de las mujeres de Jena. Friedrich Schlegel, uno de los primeros amigos de Hardenberg, era un gran admirador de la esposa de su hermano August, Caroline. Esta misma mujer había sido la amante de George Forster, el bibliotecario. La esposa de Forster, Thérèse, lo abandonó para irse con un periodista, alegando que, cuando murió de viruela su hijo pequeño, Forster no la había consolado, sino que se había limitado «a desplegar una actividad frenética para reemplazarlo». De manera similar, Friedrich Schlegel vivía con una mujer diez años mayor que él. Se trataba de Dorothea, hija del filósofo Moses Mendelssohn, una mujer aparentemente maternal que, sin embargo, ya tenía marido, un banquero cuyo nombre Just no recordaba bien. Quienquiera que fuese, lo que es seguro es que no estaba en el ajo.

Todos eran inteligentes, todos revolucionarios, pero, como cada uno de ellos tenía un proyecto diferente, nunca llegaban a ninguna conclusión. Se pasaban el día hablando de ir a Prusia, de ir a Berlín, pero permanecían en Jena. En opinión de Just, ello se debía a que Jena era bastante más barato.

Para el círculo de Jena, Fritz era una especie de fenómeno, un muchacho del campo que probablemente aún no había terminado de crecer, alto y desgarbado, con un entusiasmo capaz de romper moldes. Friedrich Schlegel insistía en que Fritz era un genio.

—Tenéis que conocerlo —les decía a sus amigos—. Por mucho que leáis acerca de Hardenberg, lo entenderéis mejor si tomáis el té con él.

—Cuando le escribas —le decía la impetuosa Caroline Schlegel a su cuñada Dorothea—, pídele que venga de inmediato e iremos todos a fichtear, sin filosofar y simpoetizar hasta el amanecer.

—Sí —dijo Dorothea—, quiero reunir a todo el grupo en el salón de mi casa. No pararé hasta que lo consiga. Pero de todos modos, ¿por qué está nuestro Hardenberg arrastrándose como un chupatintas a las órdenes de ese Kreisamtmann?

—Es que el Kreisamtmann tiene una sobrina —dijo Caroline.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Dorothea.

¿Cuál es el significado?

Ahora que el *Gaul* estaba en el establo de los Just, Fritz podría acompañar al Kreisamtmann en su recorrido. Haría funciones de secretario judicial y aprendería los métodos de trabajo sobre la marcha, tal como quería su padre.

A pesar de su sobria indumentaria, comprada de segunda mano, Fritz no tenía el aspecto apropiado, no parecía un secretario, y el *Gaul* también desentonaba. Pero el inspector, desde que vio a Fritz por primera vez, se encariñó con él. La única precaución que juzgaba necesaria antes de partir juntos en viaje oficial era preguntarle si seguía pensando lo mismo que antes sobre los acontecimientos de Francia.

—La Revolución francesa no ha producido los efectos esperados —fue su manera de exponérselo a Fritz—. No ha dado como resultado una edad de oro.

—No, la han convertido en una carnicería —dijo Fritz—. Pero el espíritu de la Revolución, tal como llegó a nuestros oídos la primera vez, podría preservarse aquí en Alemania. Podría trasladarse al mundo de la imaginación y ser administrado por los poetas.

—Creo —dijo Just— que en cuanto te afiances en tu profesión, deberías dedicarte a la política.

—No necesitamos la política para nada. Al menos, eso es lo que me enseñaron los Hermanos moravos en Neudietendorf. El estado debería ser una familia unida por el amor.

—Esa no es precisamente la idea tradicional de Prusia —dijo el Kreisamtmann.

Just escribió al barón von Hardenberg contándole que la relación entre él y el hijo que le había encomendado era especialmente buena. Friedrich demostraba gran interés por su trabajo. ¿Quién iba a decir que él, el poeta, no escatimaría esfuerzos para convertirse en un hombre de negocios, para hacer el mismo trabajo dos o tres veces seguidas, para examinar las similitudes y diferencias entre las palabras de los artículos de economía a fin de asegurarse de que las había interpretado correctamente, todo ello con la misma prontitud e interés con que leía sus libros de poesía, ciencia y filosofía? «Por supuesto, tu hijo aprende muy rápido: dos veces más deprisa que el común de los mortales».

«Es curioso que, aunque se supone que yo lo estoy instruyendo», proseguía la carta de Just, «y de hecho así es, él me enseña a mí incluso más —sobre cuestiones a las que nunca había prestado atención—, y poco a poco estoy perdiendo la estrechez de miras propia de los ancianos. Me ha recomendado que lea *Robinson Crusoe* y *Wilhelm Meister*. Le dije que hasta ese momento nunca había tenido la menor

tentación de leer una novela».

«¿Qué cuestiones son esas a las que nunca habías prestado atención?», escribía el barón en su respuesta. «Haz el favor de ponerme un ejemplo». Just le respondió que Fritz Hardenberg le había contado una fábula que había hallado, si la memoria no le fallaba, en la obra del filósofo holandés Franz Hemsterhuis: trataba sobre el problema del lenguaje universal; un tiempo en que las plantas, las estrellas y las piedras hablaban de tú a tú a los animales y al hombre. Por ejemplo, el sol se comunica con la piedra mientras le da calor. Hubo un tiempo en que conocimos las palabras de ese lenguaje, y volveremos a conocerlas puesto que la historia siempre se repite. «No deja de ser una posibilidad, le dije yo, si Dios dispone».

El barón respondió que para ser inspector de las minas de sal, el único lenguaje que necesitaba su hijo era el alemán.

Puesto que la nieve y el barro solían dejar los caminos impracticables, Coelestin Just y su aprendiz de secretario viajaron lo más posible antes de que llegara el invierno.

—He escrito otra cosa que quiero leerte antes de que se me acabe el tiempo —le dijo Fritz a Karoline—. No existirá plenamente hasta que lo hayas oído.

—¿Es poesía?

—Es poesía, pero no en verso.

—¿Entonces es una historia? —preguntó Karoline, que temía la reaparición de las tríadas de Fichte.

—Es el comienzo de una historia.

—Bueno, entonces esperaremos a que la tía Rahel vuelva de misa.

—No, es solo para ti —dijo Fritz.

«Sus padres estaban ya acostados y dormían, el reloj de pared repetía su monótono tictac, el viento hacía vibrar los cristales de la ventana. De cuando en cuando, la habitación se iluminaba con el resplandor de la luna. El joven, inquieto, permanecía tumbado sobre la cama y se acordaba del forastero y de sus historias. “No fue la idea del tesoro lo que suscitó en mí esa inexplicable nostalgia”, se dijo a sí mismo. “No me atrae la riqueza, pero anhelo ver la flor azul. Permanece incesantemente en el fondo de mi corazón, y no puedo imaginar ni pensar otra cosa. Nunca me había sentido así. Es como si hasta ahora hubiera estado soñando o como si el sueño me hubiera transportado a otro mundo. Pues en el mundo en el que estaba acostumbrado a vivir, ¿a quién le importaban las flores? Semejante pasión por una flor era allí un hecho insólito. Pero ¿de dónde procede este forastero? Ninguno de nosotros había visto antes a un hombre como él. Y, sin embargo, no sé por qué fui yo el único que se sintió verdaderamente atraído por lo que nos contó. Todos los demás oyeron las mismas palabras que yo, pero no les prestaron atención”».

—¿Le has leído esto a alguien más, Hardenberg?

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? Acabo de escribirlo. De todos modos ¿qué importa eso? —Y añadió—: ¿Cuál es el significado de la flor azul?

Karoline comprendió que él no iba a darle la respuesta. Entonces dijo:

—El joven tiene que marcharse de su casa para buscarla. Solo la quiere ver, no le interesa poseerla. No es la poesía, pues ya la conoce. Tampoco es la felicidad porque, para comprender en qué consiste tal cosa, no necesitaría la colaboración de un extraño, y además creo que ya es feliz en su casa.

El inesperado privilegio de la lectura estaba llegando a su fin y Karoline, que aparentemente se mantenía tranquila, estaba llena de ansiedad. Se cortarían una mano antes que defraudarlo; él la miraba, atento y confiado, con sus grandes ojos castaños, esperando una muestra de comprensión.

Lo que más le sorprendió fue que, al cabo de un rato, Fritz no dio la menor señal de resentimiento o asombro, sino que se limitó a cerrar tranquilamente el cuaderno.

—*Liebe Justen*, no tiene importancia.

Los Rockenthien

En noviembre, el Kreisamtmann visitó con Fritz varias oficinas locales de recaudación, cuyos somnolientos empleados fueron devueltos a regañadientes a la vida por el joven visitante, deseoso de aprenderlo todo con la mayor rapidez posible.

—Llevar una oficina no es tan difícil —le dijo Just—. Básicamente consiste en saber, en primer lugar, qué entra; en segundo lugar, qué queda pendiente; en tercer lugar, qué asuntos han sido gestionados y están listos para salir; y en cuarto lugar, qué es lo que ya ha salido. Todos los asuntos deben encontrarse en una de estas cuatro etapas, y de este modo no se puede poner la excusa de que se ha traspapelado algún documento. Para cada transacción debe haber un registro, y de ese registro tienes que poder obtener inmediatamente una copia escrita. El mundo civilizado no podría existir sin su cohorte de escribientes, y estos a su vez no podrían existir si la civilización no requiriese tanto papeleo.

—Yo no resistiría la vida si tuviera que trabajar de escribiente —dijo Fritz—. No debería existir ese tipo de trabajo.

—Ni una revolución acabaría con él —dijo Coelestin Just—. Habría escribientes al pie de la guillotina.

Mientras seguían cabalgando lenta y pesadamente, se iban formando gotas de humedad que resbalaban suavemente por el ala de sus sombreros, por la punta de la nariz y por los extremos de las peludas orejas de los caballos, que estos giraban hacia atrás en señal de protesta por el mal tiempo. La tierra y el aire eran muy difíciles de distinguir en medio de la niebla otoñal, y la mañana daba paso a la tarde sin que fuera posible discernir el mediodía.

Era uno de los trece días festivos del año —en Sajonia y Turingia ni siquiera se cocía pan—, pero Just le había pedido al recaudador de Greussen que abriera la oficina durante una hora por la mañana. Fritz le estaba explicando a Just que, con la ayuda de la química, la copia de documentos podría llegar a hacerse de manera automática. Just suspiró.

—No sugieras ninguna mejora aquí.

—A lo mejor a los directores de oficina no les gustan nuestras visitas —dijo Fritz, que nunca había pensado en ello porque los funcionarios seguían siendo una especie extraña para él.

Después de Greussen, Grüningen, donde Just le dijo a su joven aprendiz que tomarían, «si nos lo ofrecen», un pequeño refrigerio. Salieron de la ciudad subiendo por un largo camino flanqueado por árboles temblones y pastos encharcados, donde la quema de rastrojos enviaba hacia el cielo columnas de humo de suave y delicioso

olor.

—Esta es la casa solariega de Grüningen. Vamos a visitar al capitán Rockenthien. Era una casa muy grande, recién construida, enlucida con estuco amarillo.

—¿Quién es el capitán Rockenthien?

—Alguien que deja sus puertas abiertas —dijo el Kreis-amtmann.

Fritz miró hacia delante y vio que la puerta de acceso al patio de carruajes, bajo el arco de piedra amarillo, y los portalones situados en el lado sur de la casa, estaban efectivamente abiertos. Todas las ventanas estaban iluminadas. Tal vez los esperaban en el Schloß Rockenthien. Fritz nunca llegó a saber si había sido así o no.

Llegaron dos hombres para hacerse cargo de sus caballos, y ellos subieron los tres escalones de la entrada.

—Si Rockenthien está en casa, le oirás reír —dijo Just, que parecía animarse un poco.

Y en ese momento, dando gritos a los criados para que no molestasen, apareció Rockenthien riéndose y con los brazos extendidos.

—Coelestin Just, mi viejo amigo, mi mejor amigo.

—No soy nada de eso —dijo Just.

—¿Cómo es que no has traído a tu sobrina, a mi estimada Karoline?

—Me acompaña este joven, al que estoy enseñando a gestionar una empresa. Herr Johann Rudolf von Rocken-thien, antiguo capitán del ejército de su alteza el príncipe de Schwarzburg-Sondershausen, te presento al barón Georg Philipp Friedrich von Hardenberg.

—¡Mi joven amigo! —bramó von Rockenthien. La tela de su elegante casaca crujió al extender nuevamente los brazos—. Aquí te sentirás como en tu casa, te lo aseguro.

Su voz no fue apagada del todo por la jauría de grandes perros que acudió al vestíbulo por si les caía algo de comer.

—*Platz!* —gritó su amo.

Ahora estaban en el *Saal*, calentado por dos grandes chimeneas donde ardían leños de pino y picea. La gran cantidad de sillas y mesas hacía que aquello pareciese una subasta de muebles. ¿Quién era toda esa gente, todos esos niños? Ni siquiera Rockenthien parecía saberlo muy bien, pero, a modo de broma —como todo lo que había dicho hasta entonces—, comenzó a contar con los dedos.

—Mis pequeñas: Jette, Rudi, Mimi...

—No sabe sus edades —dijo una mujer rubia de aspecto apacible, ya entrada en años, que estaba tumbada en un sofá.

—Sus edades; eso es asunto tuyo, no mío. Esta es mi querida esposa, Wilhelmine. Y estos son algunos de mis hijastros: George von Kuhn, Hans von Kuhn... Y Sophie debe de andar por alguna parte.

Fritz fue pasando la mirada de uno a otro, y se inclinó ante Frau Rockenthien, que sonrió sin levantarse del sofá, mientras su marido seguía haciendo jovialmente las

presentaciones: una institutriz francesa que al parecer había olvidado su propio idioma, y una serie de visitas: nuestro médico, el doctor Johann Langermann, «quien, por desgracia para él, nunca nos detecta enfermedad alguna», el funcionario Hermann Müller, su mujer, dos abogados de la ciudad, un profesor del Luther Gymnasium... Estos últimos estaban pasando un rato en el palacio sin haber sido invitados expresamente. Probablemente en Grüningen no había muchos más sitios adonde ir.

El pequeño George, que había salido como una flecha de la habitación en cuanto anunciaron a los nuevos invitados, volvió a entrar y comenzó a tirarle de la manga a Fritz.

—Eh, barón von Hardenberg, he ido al establo para echarle un vistazo a su caballo. No vale nada. ¿Por qué no se compra otro?

Fritz no prestó atención ni a George ni al resto de los invitados, que, como la marea de una playa extensa, se alejaban y reagrupaban detrás del interesante recién llegado al objeto de aislarlo y averiguar de qué materia estaba hecho. Pero él permaneció inmóvil, mirando fijamente al otro lado del salón.

«¿Qué ha sido de su buena educación?», pensó Coelestin, que estaba hablando con el funcionario.

En el fondo del salón, una joven de pelo negro estaba mirando por la ventana, dando golpecitos en el cristal como si quisiera llamar la atención de alguien en el exterior.

—Sophie, ¿por qué no te han arreglado el pelo? —preguntó la señora de Rockenthien desde el sofá, en un tono suave—. ¿Y por qué estás mirando por la ventana?

—Estoy deseando que nieve, mamá. Así podríamos divertirnos.

—Que el tiempo se detenga hasta que se dé la vuelta —dijo Fritz en voz alta.

—Si pasaran los soldados, podríamos tirarles bolas de nieve.

—Söphgen, tienes doce años, y a tu edad... Tú tampoco parece darte cuenta de que tenemos invitados —dijo su madre.

En ese momento se dio la vuelta, como movida por una ráfaga de viento.

—Lo siento, lo siento.

Un cuarto de hora

El aspecto de Herr Rockenthien no hacía pensar que la gran casa solariega de Grüningen —ni ninguna otra casa, de hecho— fuera suya. A sus cuarenta años, era un hombre grande y desenfadado, y, cuando recorría lentamente los largos pasillos de su mansión, tenía impulsos tan benévolo y traviesos como los de un perro tejonero.

En realidad, el edificio había sido construido hacía cincuenta años por el padre del primer marido de su mujer, Johann von Kuhn. Rockenthien, por tanto, solo había vivido en él desde 1787, cuando se casó. Pero no era la clase de hombre cuyo comportamiento se altera por el hecho de haber adquirido propiedades, ni siquiera por el hecho de perderlas, y no le preocupaba sentirse responsable de un gran número de vidas.

La oficina de recaudación del distrito estaba instalada en una habitación relativamente pequeña, situada a la izquierda de la entrada principal. Allí Rockenthien, en principio, como heredero del latifundio, dirigía la dependencia pero, aunque no era en absoluto un hombre débil, sí era, sin embargo, demasiado inquieto como para dirigir nada durante mucho tiempo seguido. Coelestin Just, con su secretario, se puso rápidamente manos a la obra.

Fritz le dijo a Just:

—Me ha sucedido una cosa.

Just respondió que, fuera lo que fuese, habría que dejarlo para más tarde puesto que su trabajo actual —su deber, de hecho— consistía en inspeccionar la oficina donde antiguamente los arrendatarios del palacio de Grüningen llevaban su cosecha, su leña y sus gansos, y ahora trataban de afrontar sus pagos en compensación por el trabajo que ya no hacían para el elector de Sajonia.

—Hemos llegado a tiempo, Hardenberg, pero deberíamos ponernos manos a la obra de inmediato. Nos llevará sin duda toda la mañana. Luego nos darán un buen almuerzo, no te preocupes por eso, y luego la sobremesa, durante la cual podremos hablar y expresarnos libremente. Y la siesta. Y calculo que podremos volver a trabajar de cuatro a seis.

—Me ha sucedido una cosa —repitió Fritz.

Fritz escribió en seguida a Erasmus, a la escuela de silvicultura de Hubertusberg, enviándole la carta por correo de postas. Erasmus le respondió: «Al principio me quedé sorprendido al recibir tu misiva, pero, desde que liquidaron a Robespierre en París, estoy tan acostumbrado a los sucesos extraordinarios que me recuperaré pronto.

»Me dices que te decidiste en un cuarto de hora. ¿Cómo se puede comprender a una mujer en un cuarto de hora? Si hubieras dicho tres meses, habría admirado tu

capacidad para penetrar en el corazón de una mujer, pero un cuarto de hora... ¡es impensable!

»Tú eres joven y fogoso; la muchacha tiene solo catorce años y también es fogosa. Los dos sois seres sensuales y entonces tenéis una hora de debilidad y os besáis con pasión, y cuando eso se acabe, dirás: “Bueno, era una chica como otra cualquiera”. Pero supongamos que vences todos los obstáculos y te casas. Entonces podrás disfrutar como nunca hasta ahora. Pero la satisfacción llega a cansar, y entonces vas a dar a lo que siempre has temido tanto: el aburrimiento».

Fritz tuvo que reconocer ante su hermano, al que nunca le ocultaba nada, que Sophie no tenía catorce años, sino doce, y que no había tenido una hora de debilidad, sino solo ese cuarto de hora, rodeado de gente, ante los ventanales del salón del palacio de Grüningen.

—Soy Fritz von Hardenberg —le había dicho a Sophie—. Tú eres Fräulein Sophie von Kühn. Tienes doce años, le oí decir a tu madre.

Sophie se llevó las manos al pelo.

—Para arriba, debería estar para arriba.

—Dentro de cuatro años tendrás que decidir quién será el afortunado que podrá aspirar a ser tu marido. ¡No me digas que tendrá que pedir la mano a tu padrastro! ¿Tú qué opinas?

—No sé lo que seré dentro de cuatro años.

—Quieres decir que no sabes en qué te habrás convertido.

—No quiero convertirme en nada.

—Tal vez tengas razón.

—Simplemente quiero ser, sin tener que pensar en ello.

—Pero no debes seguir siendo una niña.

—Ya no soy una niña.

—Sophie, yo soy un poeta, pero dentro de cuatro años seré un funcionario del Estado y cobraré un sueldo. Entonces nos casaremos.

—¡No te conozco!

—Pero me has visto. Soy lo que ves.

Sophie se rio.

—¿Siempre te ríes de tus invitados?

—No, pero en Grüningen no hablamos de esa manera.

—Pero ¿te gustaría vivir conmigo?

Sophie vaciló un momento y luego dijo:

—Ciertamente, me gustas.

Erasmus no las tenía todas consigo. «¿Quién te garantiza», escribió, «que, aunque ahora sea inocente y sencilla, seguirá siéndolo cuando conozca el mundo? Eso es un tópico, me dirás, pero los tópicos a veces son ciertos. Y ¿cómo puedes estar seguro, puesto que dices que es tan hermosa y que va a tener muchos pretendientes, de que no te será infiel? Las chicas actúan por instinto a los trece años (todavía no podía creer

que fuese aún más joven), pero cuando tienen veintitrés son más listas que nosotros. Acuérdate de lo que me dijiste tantas veces a este respecto... Sí, incluso hace dos meses, en Weissenfels. ¿Tan pronto lo has olvidado?».

Erasmus añadió que lo que más le había dolido de la carta de Fritz era su «actitud fría y calculadora». Pero si estaba decidido a seguir adelante, podía contar con Erasmus para lo que fuese... El amor por su hermano era inmutable; su único límite era la muerte. Su padre iba a suponer un serio obstáculo, «pero ya hemos hablado tantas veces del papel de los padres en el orden de las cosas...».

«Por cierto», añadía, «¿qué ha sido de tu amistad con Karoline Just? ¡Que te vaya bien! Tu fiel amigo y hermano, Erasmus».

La naturaleza del deseo

Fritz preguntó si podía pasar las Navidades en Tenn-stedt.

—Seguro que sí, si a tu familia no le importa —dijo Karoline—. Mis tíos estarán encantados y, por supuesto, mataremos al cerdo.

—Justen, me ha ocurrido una cosa.

Estaba enfermo, siempre lo había imaginado.

—Dime qué te pasa.

—Justen, podrían decir que nos conocemos desde hace poco, pero tu amistad... Hasta cuando estoy lejos te recuerdo con tanta nitidez que tengo la impresión de que sigues estando a mi lado... Somos como dos relojes sincronizados, y cuando volvemos a vernos es como si no nos hubiéramos separado... Damos la hora a la vez.

Karoline pensó: no supe qué responder cuando me leyó el comienzo de su «flor azul». Menos mal que no se acuerda.

—Me he enamorado, Justen.

—¿En Grüningen?

Sintió como si le hubieran vaciado las entrañas. Fritz estaba perplejo.

—Seguro que conoces a la familia. Herr von Rocken-thien dijo que tu tío era su amigo más antiguo.

—Claro que la conozco. Pero ninguna de las hijas mayores vive en casa, solo Söphgen.

Ya había contado con eso cuando oyó decir que su tío iba a llevar a Fritz a Grüningen.

Fritz la miró fijamente.

—Sophie es la vida de mi vida.

—Pero Hardenberg, no debe de tener más de... —intentó contenerse—. Y además, se ríe.

Fritz dijo:

—Justen, hasta ahora lo has comprendido todo, has escuchado todo lo que te digo. Pero sería un error por mi parte exigirte demasiado. Hay una cosa, la más importante de todas, que por desgracia no entiendes: la naturaleza del deseo entre un hombre y una mujer.

Karoline no supo decir, ni entonces ni más tarde, por qué le resultó imposible dejarlo pasar. Tal vez fuese por vanidad, que era pecaminosa, tal vez por el miedo de perder su confianza para siempre.

—No todo el mundo es capaz de hablar de sus sufrimientos —dijo—. Algunos están separados de la única persona a la que aman, pero deben permanecer en

silencio.

No era una mentira. No se había mencionado a sí misma. Pero la generosa simpatía y el compañerismo de Fritz le resultaban muy dolorosos. ¿Qué poderosa fuerza era la que había hablado por su boca y le había dicho a Fritz algo que, al fin y al cabo, sí era una mentira, e intencionada además? A medida que Fritz seguía hablando, lenta pero apasionadamente, sobre los obstáculos de la felicidad (no le pediría nada más: lo que ella le había contado era sagrado) —los obstáculos que los unían aún más de lo que ya estaban—, se dio cuenta de que entre los dos habían creado de la nada una nueva y desagradable entidad. De modo que ya eran cuatro: el poeta, la ansiada y reidora Sophie, ella misma —la discreta sobrina y ama de casa— y, ahora, su amante secreto, ausente y frustrado, sin duda un respetable teniente de más de treinta años, probablemente —cada vez lo veía con más nitidez— vestido con ropa muy resistente, casi con seguridad casado, o quizá fuese un pastor de la Iglesia. Era tan real en ese momento que podría haberlo tocado con la mano. Y había nacido de la herida que Hardenberg le había infligido al decirle que ella no entendía la naturaleza del deseo.

—La palabra es un don que nos permite entendernos mutuamente, aunque de manera imperfecta —siguió diciendo Fritz con gran agitación.

—Y escribir poesía.

—Ciertamente, Justen, pero no debes exigirle demasiado al lenguaje. El lenguaje solo hace referencia a sí mismo, no es la llave que nos abre las puertas de un universo superior. El lenguaje habla porque hablar le produce placer y no sabe hacer otra cosa.

—En ese caso, podría tratarse de un absurdo —objetó Karoline.

—¿Por qué no? El absurdo no es más que otro lenguaje.

21

Nieve

Pero Fritz, al final, tuvo que pasar las Navidades en Weissenfels. Sidonie le escribió diciéndole que der Bernhard se llevaría una gran desilusión si no iba, y además tenía que conocer a su nuevo hermano. En la calidez del gran lecho patriarcal con dosel y colchón de plumas de ganso, la naturaleza seguía dando sus frutos en Weissenfels: el año pasado había nacido Amelie, y este año, Christoph. Der Bernhard había recibido la noticia con escaso entusiasmo.

—Ahora hay dos más pequeños que yo; me va a resultar difícil llamar la atención.

—Pero tú quieres al pequeño Christoph —dijo Sidonie pacientemente—. Todavía no eres más que un niño, Bernhard. Aún vives momentos de gracia.

—En general, odio a Christoph. ¿Cuándo llega Fritz? ¿Estará aquí para Nochebuena?

En Tennstedt, Karoline y Rahel se ocuparon de los repollos enterrados en arena del sótano y de las patatas cubiertas de tierra en el patio. Colocaron las provisiones sobrantes en un armario de la cocina para distribuir las entre los pobres, junto con dobles raciones de aguardiente, destinado a evocar en ellos el calor del verano.

De Hardenberg solo dijeron que era una lástima, al fin y al cabo, que no pudiera pasar las Navidades con ellas.

De camino a Weissenfels, Fritz se demoró bastante. Había previsto hacer una visita de varias horas al palacio de Grüningen. Pero esa tarde comenzó a nevar en todo el distrito administrativo de Turingia y Sajonia. El viento del nordeste cubrió de un blanco cristalino las ramas, los carruajes y los repollos. Luego todos estos objetos desaparecieron bajo un manto blanquecino que parecía elevarse del suelo al tiempo que caía del cielo.

Mientras Karoline estaba ayudando a despejar el camino para llegar a la bomba del patio, llegó una carta de Hardenberg, desde Grüningen. «¡De modo que sigue allí!». En ella le decía, tal vez con falta de tacto, que, habiéndose quedado aislado, estaba durmiendo y comiendo «en la casa de la familia más hospitalaria del mundo». Había tanta nieve, alegaba Fritz, que no podía salir de allí sin exponerse a un serio peligro, y correr riesgos innecesarios era impropio de un hombre responsable. «Debo, quiero y puedo quedarme aquí. ¿Puede alguien rebelarse contra el destino? He decidido que soy un determinista. El destino podría no ser tan propicio en otra ocasión».

«En una casa tan grande tiene que haber alguien que despeje la calzada», se dijo Karoline. «Pero Fritz siempre dice muchas tonterías. Cuando llegó aquí dijo que mis manos eran preciosas, y también el mantel y la bandeja del té».

Fritz había adjuntado unos versos, que terminaban así:

*Permíteme imaginar el futuro, cuando nuestros corazones
estén ya libres de ansiedad y resignación, y el amor y la recompensen por
fin nuestros sacrificios, y el violento océano de la juventud ruja en la
distancia.*

*Algún día, en la marea alta de la vida, nos sentaremos ambos a la mesa,
los dos estaremos casados, con la persona amada a nuestro lado,
y entonces miraremos atrás para recordar la mañana.*

¿Quién lo habría imaginado? ¡El corazón nunca suspira en Karoline sabía que «¡El corazón nunca suspira en vano!» era la típica frase de las cartas de amor. Allí estaba él, su inexistente admirador, su amor no deseado, fruto de su propia infelicidad sentado a la mesa con ella; en realidad, estaban allí los cuatro. Pero el poema, al fin y al cabo, era solo para ella. Su título era «Respuesta a Karoline». Lo metió en el cajón donde guardaba ese tipo de cosas, y lo cerró con llave. Luego cruzó los brazos alrededor del pecho como para sacudirse el frío.

Ahora tengo que conocerla

Durante los dos días que estuvo con los Rockenthien, Fritz se asombró de la diferencia entre el modo de vida de Kloster Gasse, en Weissenfels, y el del palacio de Grüningen. En Grüningen no había interrogatorios ni rezos ni ansiedad ni catequesis ni miedo. Los enfados, si es que se producían, se evaporaban en unos minutos, y se practicaba mucho lo que en Weissenfels recibiría el nombre de «perder el tiempo». Durante el desayuno, en Grüningen nadie golpeaba la taza contra la mesa gritando *Satt!* El constante movimiento alrededor de la tranquila señora Rockenthien (quien, al igual que la baronesa von Hardenberg, acababa de tener un niño) parecía la imagen del perpetuo retorno, de forma que el tiempo apenas parecía un enemigo.

En Grüningen, la mención de los tejemanejes de los franceses no causaba agitación alguna. Cuando George se presentó con un chaleco tricolor no se produjo siquiera un leve murmullo de sorpresa. Con dolor comparaba Fritz la despreocupación y el estrépito de George con la excesiva peculiaridad de Bernhard. De igual modo, las visitas del tío Wilhelm a Weissenfels eran un motivo de alarma — rezaban para que se marchasen cuanto antes—, mientras que en Grüningen familiares y amigos se presentaban de visita sin previo aviso y todos ellos eran recibidos, aunque hubieran estado allí el día anterior, como si llevaran muchos meses sin pisar la casa.

—En verano celebramos la sobremesa en el jardín, bajo las lilas —le dijo la señora Rockenthien—. Entonces tendrás que aprender algo.

En Weissenfels, después de la comida, todos se dispersaban en cuanto se daba la bendición. Fritz no estaba seguro de si había lilas en el jardín, pero le parecía que no.

Como el aislamiento a causa de la nieve tal vez no durara más de un día o dos, Fritz sabía que debía aprovechar el tiempo al máximo.

—Tu deseo se ha cumplido, Fräulein Sophie —dijo él, observándola en la misma ventana del salón. Su boca de niña estaba abierta cuando, sin darse cuenta, sacó un poco la lengua como queriendo chupar los copos de nieve que había al otro lado de la ventana. Herr Rockenthien, que pasaba por allí a toda prisa con George y Hans pegados a sus talones, se detuvo para preguntarle a Fritz por sus estudios. Hacía preguntas a todo el mundo, con verdadero interés, sobre sus ocupaciones, hábito este adquirido siendo oficial al servicio del príncipe de Schwarzburg-Sondershausen. Fritz hablaba con entusiasmo sobre química, geología y filosofía. Mencionó también a Fichte.

—Fichte nos explicó que solo hay un yo absoluto, una sola identidad para la humanidad entera.

—Ese Fichte es un hombre con suerte —exclamó Rockenthien—. En esta casa tengo que encargarme de treinta y dos identidades.

—A papá nada le preocupa —dijo George—. Hoy, mientras el jardinero lo buscaba desesperadamente para que le dijese qué hacer con las zanjas obstruidas, él estaba cazando en la nieve.

—Yo serví en el ejército, no en una huerta —dijo Rockenthien con buen humor—. En cuanto a la caza, no se trata de ninguna pasión. Salí temprano con la escopeta para alimentar a mi familia.

Con aire de prestidigitador, sacó del bolsillo algo que se le había olvidado, una ristra de pajarillos muertos unidos por un trozo de hilo. La ristra —un par de pajarillos se atascaron, por lo que tuvo que dar un tirón— parecía interminable.

—¡Jilgueros! No van a dar para mucho —gritó George—. Me los zamparía de tres en tres.

—Todos dicen que nunca tengo nada que hacer —dijo Herr Rockenthien—, pero lo cierto es que este es uno de los momentos de más ajeteo, y he de ocuparme de que todo esté en orden durante la feria de Adviento.

—¿Dónde es esa feria? —preguntó Fritz.

«No es para *fichtear* aquí», pensó, «mejor no decir una palabra más».

—En Greussen, a tres kilómetros —exclamó Sophie—. Es lo único interesante que tiene lugar aquí, además de las ferias de verano y otoño, que también se celebran en Greussen.

—¿Nunca has estado en la feria de Leipzig? —le preguntó Fritz.

No, Sophie ni siquiera había estado en Leipzig. Solo de pensar en ello se le iluminaron los ojos y entreabrió la boca.

¿A qué o a quién se parece?, pensó Fritz, con ese bonito pelo y esa graciosa nariz, tan distinta de la de su madre. Como también eran distintas las cejas arqueadas. En el volumen tercero de los *Physiognomische Fragmente* de Lavater había un grabado, tomado de una lámina de Johann Heinrich Lips, del autorretrato de Rafael a los veinticinco años. Aquel retrato le recordaba enormemente a Sophie. En la lámina, evidentemente, no se distinguía el color o la tonalidad de la piel, pero la expresión era espiritual y bondadosa, y los grandes ojos, negros como la noche.

Durante su primer cuarto de hora, junto a la ventana del salón, Fritz ya había abierto su corazón a Sophie. Ahora tengo que conocerla, pensó. ¿Me resultará difícil?

—Si vamos a pasar nuestra vida juntos —le dijo—, me gustaría saberlo todo acerca de ti.

—Sí, pero no deberías tratarme con tanta familiaridad.

—Está bien, así será hasta que me des tu permiso.

Fritz pensó que valía la pena intentarlo, aunque era posible que prefiriera jugar con sus hermanos pequeños. Estos se encontraban en la gran terraza que había entre la casa y el jardín, que estaba casi libre de nieve. Mimi y Rudi, jóvenes y ruidosos, corrían a su lado con sus aros de hierro.

—*Laß das, Freiherr*, no sabe hacerlo rodar —exclamó Rudi, pero Fritz sí sabía, pues se había criado en una casa con muchos aros, y golpeó primero uno y luego el otro con tanta fuerza y habilidad que salieron rodando hasta casi perderse de vista.

—Ahora dime qué piensas acerca de la poesía.

—Nada en absoluto —respondió Sophie.

—Pero seguro que no te gustaría herir los sentimientos de un poeta.

—No me gustaría herir los sentimientos de nadie.

—Hablemos de otra cosa. ¿Cuál es tu comida preferida?

—La sopa de repollo —dijo Sophie— y la anguila ahumada.

—¿Qué piensas del vino y del tabaco?

—También me gustan.

—¿Entonces fumas?

—Sí, mi tío me dio una pipa.

—¿Y la música?

—Me encanta. Hace unos meses vinieron unos estudiantes a la ciudad y dieron una serenata.

—¿Qué tocaron?

—Tocaron «*Wenn die Liebe in deinen blauen Augen*». Evidentemente no iba destinada a mí, mis ojos son negros; pero fue muy bonito.

El canto, sí. La danza, sin duda, pero no le dejarían asistir a los bailes públicos hasta los catorce años.

—¿Recuerdas la pregunta que hice cuando te conocí, junto a la ventana?

—No, no la recuerdo.

—Te pregunté si habías pensado alguna vez en el matrimonio.

—Eso me da miedo.

—Cuando hablamos junto a la ventana no dijiste eso.

—Me da miedo —repitió Sophie.

Rudi regresó al lugar en que se encontraban ellos, pero fue despachado nuevamente, con Mimi lloriqueando tras él. («¡Pobrecillos! ¡Se están quedando sin aliento!», dijo Sophie). Fritz le preguntó entonces acerca de la fe, y Sophie respondió de buena gana. Respetaban los días de penitencia, por supuesto, e iban a misa los domingos, pero ella no creía todo lo que allí se decía. No creía en la vida después de la muerte.

—Pero Sophie, ¡Jesucristo regresó al mundo!

—Mejor para Él —dijo Sophie—. Respeto a Jesucristo, pero sería ridículo que yo pudiese caminar y hablar después de muerta.

—¿Qué dice tu padrastro cuando le cuentas que no crees en eso?

—Se ríe.

—Pero cuando eras más pequeña, ¿qué te decía tu maestro? Porque supongo que habrás tenido un maestro.

—Sí, hasta los once años.

—¿Quién era?

—El señor Kegel, de la escuela de Grüningen.

—¿Le prestabas atención?

—Una vez se enfadó conmigo.

—¿Por qué?

—No se creía que yo entendiera tan pocas cosas.

—¿Qué era lo que no entendías?

—Las cifras y los números.

—Los números no son más difíciles de entender que la música.

—El caso es que Kegel me pegó.

—No me lo creo, Sophie.

—Es cierto, me golpeó.

—¿Y qué dijo tu padrastro?

—Fue un compromiso para él. Hay que obedecer a los profesores.

—¿Qué hizo el señor Kegel?

—Pidió el dinero que se le debía y se marchó.

—Pero ¿qué dijo?

—«*On revienda, mam'zelle*».

—Pero no volvió, ¿o sí?

—No, ahora soy demasiado mayor para aprender nada. —Lo miró con cierto nerviosismo y añadió—: A lo mejor, si presenciara un milagro, como pasaba antiguamente, tendría más fe.

—¡Los milagros no hacen que la gente crea! —exclamó Fritz—. El milagro es la fe.

Fritz se dio cuenta de que Sophie, a pesar de que lo había hecho lo mejor que había podido, estaba un poco decepcionada; entonces prosiguió:

—Sophie, escúchame. Te voy a contar lo que sentí la primera vez que te vi junto a la ventana. Cuando contemplamos ciertas figuras y rostros..., sobre todo ciertas miradas, expresiones, movimientos..., cuando oímos ciertas palabras, cuando leemos ciertos pasajes, los pensamientos se convierten en leyes..., una imagen de la vida fiel a sí misma, sin alienación. Y el yo se libera, temporalmente, de la presión constante del cambio... ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sophie asintió con la cabeza.

—Sí, lo entiendo. Ya lo había oído antes. Algunas personas nacen una y otra vez.

Fritz insistió:

—No me refería exactamente a eso. Pero a Schlegel también le interesa la transmigración. ¿Te gustaría volver a nacer?

Sophie dudó un instante.

—Sí, si tuviera el pelo rubio.

Herr von Rockenthien insistió para que el joven Hardenberg se quedara más tiempo. Si se daba cuenta de que aquel hijo de una noble familia estaba cortejando a

su hijastra, no se oponía a ello en absoluto, antes bien, podía decirse que su temperamento lo llevaba a fomentar prácticamente cualquier cosa. Frau von Rockenthien, serena y en apariencia de excelente salud, aunque recostada en innumerables cojines, también asentía benévola. Mencionó, sin embargo, que la hermana mayor de Sophie, Friederike von Mandelsloh, vendría pronto a Gröningen para pasar una larga temporada, y le haría compañía a Söphgen.

—Que vuelvan todos a casa con nosotros, proclamo —dijo Rockenthien—. ¡Las despedidas son dolorosas! ¿No es eso lo que cantan en Jena a final de curso, cuando se marchan los estudiantes?

—Sí —dijo Fritz, y Rockenthien, con una voz más profunda que la tercera galería de una mina de cobre, aunque con una alegría poco adecuada para la ocasión, comenzó a cantar la quejumbrosa canción: «*Scheiden und meiden tut weh...*»—. Ahora que debo abandonar su acogedor techo, quisiera pedirle permiso para escribirle una carta a su hijastra Sophie —dijo Fritz. Rockenthien interrumpió su canción y, volviendo a sentir el peso de la responsabilidad, dijo que por su parte no había objeción alguna, siempre y cuando la madre de Sophie abriera la carta y la leyera primero.

—Por supuesto. Y también me gustaría, si le parece bien, que se le permitiera contestar a mi carta.

—¡Permiso! ¡Si eso es todo lo que necesitas, te doy mi permiso!

No consigo entenderla

Fritz anotó en su diario: «No consigo entenderla, no soy capaz de tomarle la medida. Amo algo que no comprendo. Ella me tiene, pero no está segura de quererme. Su padrastro ejerce una gran influencia sobre ella, y ahora comprendo que la alegría es tan implacable como la piedad. De hecho, ella me dijo que le gustaría verme siempre alegre. Él también, por supuesto, le dio una pipa de fumar.

»August Schlegel escribió que “la forma es mecánica cuando, por medio de una fuerza externa, se comunica solo como un añadido accidental, sin referencia a su cualidad: por ejemplo, cuando damos una forma determinada a una materia blanda para que la conserve al endurecerse. La forma orgánica es innata: se despliega desde dentro y adquiere su determinación al mismo tiempo que el desarrollo perfecto del germen”.

»Eso, seguramente, es lo que le está sucediendo a Sophie. Yo no quiero que cambie, pero reconozco que me gustaría poder hacerla cambiar si fuera necesario. Pero en doce años, durante los cuales desconocía mi existencia, ha “adquirido su determinación”. Sería más feliz si pudiera ver un pequeño resquicio que me permitiera llegar hasta ella.

»¡Mira que decir que no cree en la vida futura! ¡Qué insolencia, qué barbaridad!

»Ella dijo: “De verdad que me gustas”.

»Quiere complacer a todo el mundo, pero sin tener que adaptarse. Su cara, su cuerpo, su manera de disfrutar la vida, su salud, aquello de lo que le gusta hablar. Sus perritos. ¿Se habrá formado ya su carácter? Su miedo a los fantasmas, su gusto por el vino. Su mano en la mejilla».

En la casa de Kloster Gasse su madre seguía convaleciente tras el nacimiento de Christoph, que crecía muy despacio a pesar de las dimensiones de la nodriza traída de una de las aldeas vecinas. Ajena como de costumbre a su propia persona, sus únicas preocupaciones en aquel momento eran el bebé y der Bernhard. Temía que estuviera desilusionado por algo (todas las Navidades sentía el mismo temor) que le hubiera hecho dejar de creer en Knecht Rupert.

—No recuerdo que der Bernhard creyese nunca en Knecht Rupert —le dijo Fritz a Sidonie—. Siempre supo que se trataba del viejo Dumpfin, el de la panadería, con una barba postiza.

Fritz solo había confiado su secreto a Karoline Just, a Erasmus y a Sidonie, quien opinaba que no era el momento oportuno de inquietar a su madre.

Fritz arrastró a Sidonie hacia su habitación, donde tomó el tercer volumen de los *Fragmentos fisiognómicos* de Lavater.

—Este es el vivo retrato de mi Söphgen. Es el autorretrato de Rafael, naturalmente... Pero ¿cómo puede parecerse una niña de doce años a un genio de veinticinco?

—Muy sencillo —dijo Sidonie—. No puede.

—Pero si ni siquiera la has visto.

—Cierto. Pero la veré, me imagino, y cuando la vea te diré exactamente lo mismo.

Fritz cerró el libro.

—Tengo los bolsillos llenos de cosas. —Comenzó a sacar de ellos galletas de jengibre, alfileteros, agua de Colonia, un reclamo y una catapulta—. ¿Dónde puedo ponerlas, Sidonie? No sabes cómo me molestan. ¡Menudo suplicio!

—En la biblioteca, que es donde voy a repartir los regalos.

Sidonie, aunque atenta a las tímidas y quejumbrosas llamadas procedentes de la habitación de su madre, estaba enteramente al frente de la casa. Ya había ordenado a los mozos de establo que trajeran ramas de abeto y que las apilaran en la biblioteca. Ella misma guardaba la llave. Cuando abría la puerta, un penetrante olor a madera se colaba por el pasillo, como si el bosque hubiera entrado en la casa.

—Compré todo esto durante el viaje, en Freiberg —dijo Fritz—. Me imagino que te sigues levantando antes del amanecer, como solías, para hacer tus labores.

—Odio la costura —dijo Sidonie—, y no se me da bien ni nunca se me dará; pero sí, sigo madrugando para coser.

¿Dónde estaba Erasmus? Karl ya había llegado, Anton estaba allí, el barón había tenido que acudir a las minas de sal de Artern, pero estaría de vuelta para Nochebuena.

—Eso es lo raro, Fritz: Asmus partió a caballo hacia Grüningen para encontrarse contigo.

—¡A caballo! ¿En qué caballo?

—Oh, el ordenanza de Karl trajo otro caballo de la remonta.

—Qué suerte.

—No para Asmus, que no sabe manejar a ese animal y ya se ha caído dos veces de él.

—Alguien le ayudará a levantarse: los caminos están llenos de gente ahora que se está derritiendo la nieve. Pero ¿por qué ha ido a Grüningen? ¡*Weiss Gott*, menuda tontería!

Sidonie reordenó una y otra vez la pila de objetos que Fritz había traído consigo.

—Creo que quería ver con sus propios ojos cómo es tu Sophie.

Los hermanos

—¡Fritz!

Erasmus alcanzó a su hermano en los escalones de la entrada principal, corriendo tras él por el tramo de la derecha y apartando a Lukas, el mayordomo, y a su escoba.

—¡Fritz, la he visto, sí, he estado en Grüningen! Hablé con tu Sophie, con una amiga suya y con la familia.

Fritz se quedó petrificado, y Erasmus exclamó:

—¡Querido hermano: no puede ser!

Se abrazó a su hermano, bastante más alto que él.

—No puede ser de ningún modo. Es agradable, sí, pero no está a tu altura intelectual. Fritz, tú eres un filósofo, un poeta.

Lukas desapareció con su escoba y se dirigió corriendo a la cocina para contar lo que había oído.

—¿Quién te dio permiso para presentarte en Grüningen? —preguntó Fritz, que aún conservaba la calma.

—¡Fritz, Sophie es estúpida!

—¡Erasmus, estás loco!

—¡No, no estoy loco, querido Fritz!

—Te acabo de preguntar que quién te dio permiso...

—Tiene la cabeza hueca.

—¡Será mejor que te calles!

—Más hueca que un jarrón, Fritz...

—¡Silencio!

Erasmus insistía. Y allí, en la entrada de la casa de Kloster Gasse, los dos hermanos estaban dando un espectáculo, y una vez más la gente de Weissenfels que pasaba por delante de la casa se escandalizó, como se había escandalizado cuando der Bernhard se escapó al río. Se trataba de los dos hermanos mayores, el orgullo del barón, y estaban casi golpeándose.

Erasmus era con diferencia el que más enfadado estaba de los dos. Su aliento se transformaba en vapor en contacto con el frío invernal. Sin gran esfuerzo, Fritz, intentando tranquilizarlo, lo inmovilizó contra el pasamanos de hierro.

—Tu intención es buena, *Junge*, estoy seguro de ello. Tus sentimientos son los de un hermano. Crees que me he dejado engatusar por una cara bonita.

—No, no lo creo —protestó Erasmus—, lo afirmo; pero no por una cara bonita. Fritz, Sophie no es guapa, ni siquiera atractiva. Te repito que Sophie tiene la cabeza hueca y, además, con solo doce años, tiene papada.

—Señorita, sus hermanos se están golpeando en las escaleras —anunció Lukas—. Han olvidado la paz y el compañerismo, y están dando un espectáculo en Kloster Gasse.

—Voy en seguida —dijo Sidonie.

—¿Informo al barón?

—No seas bobo, Lukas.

Erasmus había sido recibido cálidamente en su inesperada visita a Grüningen. Fue bienvenido por ser hermano de Fritz, y además a Frau Rockenthien le producían una ternura especial los jóvenes pequeños e insignificantes, pues pensaba que, dándoles mucho de comer, podían convertirse en muchachos altos y robustos. Pero Sophie — descubrió Erasmus horrorizado— no era más que una niña escandalosa, muy distinta de sus propias hermanas. Durante las dos horas escasas que duró la visita, Sophie y una amiga suya, una tal Jette Goldacker, lo invitaron a pasear con ellas junto al río Helbe, ya que no les estaba permitido ir solas, para ver a los húsares, que estaban bastante borrachos y no hacían más que caerse sobre el hielo, incluido el sargento del regimiento. Fue Jette quien se fijó en un cabo que se estaba desabrochando la pelliza, pero Sophie no se lo reprochó. En lugar de *morgen*, Sophie decía *morchen*, en lugar de *spät*, *späd*, en lugar de Hardenberg, «Hardenburch». Bueno, a Erasmus le importaba un bledo su forma de hablar. No pretendía erigirse en profesor de dicción. Pero nunca había conocido a una joven de buena familia tan desenfadada.

Fritz debía de haber perdido el juicio.

—Estás beodo. Es solo un *Rausch*, piensa en ti como si estuvieras *im Rausch*. Ya se te pasará con el tiempo.

Debido a las fiestas navideñas y a que el barón podía regresar en cualquier momento, los dos hermanos no se dijeron nada más, y, al fin y al cabo, la discusión no fue producto de la enemistad sino del amor, aunque no por ello iba a ser más fácil de zanjar. Se pactó una tregua.

—Sé que estoy recibiendo gracia moral. ¿Cómo va a ser eso embriaguez? — escribió Fritz.

¿Voy a estar lejos de ella para siempre?

La esperanza de unirse

con lo que reconocimos como nuestro

pero no pudimos poseer del todo,

¿es eso embriaguez?

La humanidad entera será, a su tiempo, lo que Sophie

es ahora para mí: la perfección humana; la gracia moral,

el significado último de la vida, ya no se

confundirá con los sueños de un borracho.

Navidad en Weinsseiss

¿Qué dicen los muchachos? —preguntó la baronesa intrigada.

Se le había permitido pasar, con el bebé, del viejo y espacioso dormitorio marital a una habitación mucho más pequeña del piso superior, casi un ático, que se utilizaba en ocasiones para almacenar manzanas, de modo que, a pesar del frío, nunca perdía su agrisado olor a fruta. Solo el ama de cría y una doncella que había venido con la baronesa de casa de sus padres cuando se casó podían subir —además de Sidonie, naturalmente— de puntillas hasta allí.

—Ah, Sidonie, cariño, me pareció que alzaban la voz, aunque no tanto como ayer... Dime, ¿de qué habla Fritz?

—De la gracia moral, madre.

Ante esta consigna de los Hermanos moravos, la baronesa se reclinó con alivio sobre las almohadas almidonadas.

—¿Tienes lista la biblioteca? Ya sabes que a tu padre le gusta que...

—Por supuesto, por supuesto —dijo Sidonie.

—¿Crees que Christoph está mejor?

Sidonie, toda una experta, levantó varias capas de chales y miró atentamente a su frágil hermano. Este frunció el ceño con determinación, y la cara de Sidonie se iluminó.

—Sí, desde luego, está mucho mejor.

—Gracias a Dios, gracias a Dios; no debería decirlo, pues es un alma cristiana, pero no me gusta nada el ama de cría.

—Hablaré con ella en seguida —dijo Sidonie— y la enviaré de vuelta a Elsterdorf.

—¿Y luego...?

Sidonie pensó que su madre estaba preocupada por la sustituta, pero se dio cuenta de que no era así.

—Estás pensando en volver a instalarte en tu dormitorio. No, todavía no estás recuperada. Mandaré que te traigan café.

El barón mantenía la vieja costumbre, abandonada por casi todas las familias, de la reconciliación navideña. La madre hablaba a sus hijas, el padre a sus hijos, y les decían primero lo que les había disgustado y luego lo que más les había agradado de su conducta durante el año que estaba a punto de concluir. Además, se instaba a los jóvenes Hardenberg a que confesaran todo aquello que les hubieran ocultado a sus padres. La baronesa no iba a estar en condiciones de realizar esta labor, y el barón, parecía, iba a llegar de Artern más tarde de lo previsto. Pero llegó exactamente

cuando había calculado.

El día de Nochebuena fue luminoso y apacible. La aldaba de la cocina resonó en los patios durante todo el día. Nadie que pidiese caridad en casa de los Hardenberg se iba con las manos vacías, pero en este día podían esperar algo más sustancial. En Oberwiederstedt la presión había sido mucho mayor. La casa estaba muy cerca de la frontera y muchas personas que no tenían permiso para entrar en Prusia, y que de hecho no eran especialmente bienvenidas en ninguno de los estados —vagabundos, viejos soldados, compañías ambulantes, buhoneros—, se acumulaban en la frontera como los desperdicios en las orillas de un río. En Weissenfels solo estaban los pobres del pueblo y los locos, y más tarde las muchachas con embarazos indeseados, que no podían pagar los servicios del «hacedor de ángeles», el practicante local de abortos. Estas muchachas no acudían a la puerta de la cocina hasta que se hacía de noche.

En la biblioteca habían puesto velas, a la espera de ser prendidas, en las puntas de cada una de las apiñadas ramas de abeto. Las mesas —una para cada miembro de la familia— lucían manteles blancos. En cada mesa se había colocado un nombre, hecho con pasta de almendras. Los regalos no estaban etiquetados. Cada uno debía adivinar, tal vez sin llegar a saberlo nunca, quién los hacía.

—¿Qué vamos a cantar en Nochebuena? —preguntó Karl.

—No lo sé —dijo Sidonie—. A papá le gusta el «Bienvenidos a este valle de lágrimas» de Reichardt.

—Bernhard —dijo Karl—, no te comas las cartas de pasta de almendras.

Der Bernhard se sintió ofendido. Hacía ya casi dos años que no se veía tentado por los dulces.

—Seguro que este es el último año que me hacen cantar un solo de tiple —dijo—. La adolescencia está a las puertas.

—Lo que me gustaría saber es lo siguiente —exclamó Erasmus—: Me gustaría saber, querido Fritz, qué le vas a decir a papá cuando te pregunte qué has hecho durante el año. Sabes lo que ya te he dicho por escrito, que puedes confiar en mí para cualquier cosa. Pero ¿vas a decirle, como me dijiste a mí, no que estás enamorado, que para eso se requiere tan poca excusa como la que necesita un pájaro para volar, sino que te has comprometido con una niña de doce años que se ríe tapándose la boca al ver a un borracho en la nieve?

—No me habíais contado nada de eso —dijo Karl en tono de reproche.

Bernhard, aunque muy apegado a Fritz, estaba encantado con la perspectiva de todo tipo de sonrojos.

—No le contaré nada que sea indigno de Sophie —afirmó Fritz—. Su nombre significa sabiduría. Ella es mi sabiduría, ella es mi verdad.

—Señorita, las luces... —dijo Lukas, entrando apresuradamente—. Su señor padre se aproxima a la biblioteca.

—Entonces échame una mano, Lukas. —Este había dejado la puerta abierta y desde allí podían ver a los sirvientes reunidos al otro lado, con sus delantales blancos

destacándose entre las sombras del vestíbulo. En Grüningen los criados habrían estado excitadísimos en una fiesta como esta, pero en Kloster Gasse las cosas no eran así.

En la librería, la miriada de brillantes puntos de luz arrojaba las amplias sombras de las ramas de abeto sobre las altas paredes e incluso sobre el techo. La calidez del ambiente magnificaba el olor a resina y la sensación de verdor. Sobre las mesas, la luz iluminaba las nueces doradas, los pajaritos en sus jaulas, los lirones en sus nidos, las muñecas de miga de pan, los libros de himnos, los alfileros y las botellitas de *Kölnischwasser* de Fritz, los bordados de Sidonie, las figuritas de sauce y abedul, las navajas, las tijeras, las pipas, las cucharas de madera con mangos curiosos que las hacían prácticamente inservibles, las estampas religiosas montadas sobre láminas de hojalata... A diferencia de tanto brillo y ostentación, ¡qué aspecto tan triste y ojeroso tenía la cara del barón von Hardenberg al entrar en la sala! Cuando se detuvo en la puerta para dar instrucciones a Lukas, Fritz le dijo a Karl:

—Está viejo, pero no puedo facilitarle las cosas.

El barón entró en la biblioteca y, en contra de su costumbre, se sentó en la silla de brazos. Todos los miembros de la familia lo miraron consternados. En Nochebuena siempre se situaba, de pie, detrás del escritorio forrado de cuero, despejado de regalos y velas, que había en el centro de la habitación.

—¿Por qué hace eso? —murmuró Erasmus.

—No lo sé —dijo Fritz—. Schlegel me dijo que Goethe se ha comprado una silla de esas, pero que cuando se sienta en ella no puede pensar.

El barón comenzó a hablar dando golpecitos en el brazo de la silla, como marcando el tiempo.

—Esperáis que analice la que ha sido vuestra conducta a lo largo del año que ya termina: tanto vuestros progresos como vuestras recaídas. Esperáis que os pregunte todo lo que me habéis ocultado. Tenéis la intención (en realidad, el deber) de responderme con sinceridad. Suponéis todas esas cosas, pero estáis equivocados. En esta Nochebuena, la Nochebuena de 1794, no quiero confesiones ni interrogatorios. ¿Cuál es la razón? Bueno, lo cierto es que mientras estaba en Artern, recibí una carta de un viejo amigo, el antiguo predicador de los hermanos de Neudietendorf. Era una carta navideña en la que me recordaba que ya tengo cincuenta y seis años y que, por naturaleza, solo me cabe esperar unos pocos más de vida. El predicador me instaba a que, por una vez, no reprendiese a nadie, sino que me limitase a recordar que este es un día de una felicidad indecible en el que todos los hombres y las mujeres deberían ser ni más ni menos que niños. Y, por lo tanto —añadió el barón, observando lentamente las mesas iluminadas, las cucharas de madera, las nueces doradas—, yo mismo me he vuelto, en este momento sagrado, un niño.

Difícilmente podía imaginarse nada menos infantil que los ojos y la cara curtida y reseca del barón, que mostraba una perplejidad rayana en la angustia bajo sus pobladas cejas. Probablemente, el predicador no había intentado siquiera

imaginársela. Los Hermanos moravos eran unos expertos en el «sentimiento de alegría», pero tal vez olvidaban lo difícil que es alcanzar ese sentimiento y lo desconocido que resulta para muchas personas. El barón levantó con dificultad la mirada de la mesa:

—¿Es que no va a haber música?

Der Bernhard, decepcionado por la blandura de su padre, pero contento por el desconcierto de sus hermanos, se encaramó a la escalerilla de la biblioteca y comenzó a cantar con una voz que seguía siendo de una pureza absolutamente infantil. «Ha nacido ya, amémoslo». La voz angelical fue interpretada por el servicio doméstico como una señal para entrar, portando consigo a la pequeña Amelie, que con sus dos años avanzaba decidida hacia cualquier objeto brillante, y un amasijo de mantillas entre las cuales iba el recién nacido Christoph. Las velas comenzaron a arder lentamente y las ramas prendieron; se produjeron unos chasquidos y surgieron estelas de humo aromático cuando Sidonie las extinguió. La habitación estaba en silencio, entre luces y sombras, mientras cada uno se dirigía a su mesa.

Erasmus estaba al lado de Fritz.

—¿Y ahora qué le vas a decir a papá?

26

Mandelsloh

Nada. Fritz aceptaría lo que el azar y el destino le deparasen, y aprovecharía la oportunidad para no decir nada. La distancia entre él y Erasmus le preocupaba mucho más que una posible discusión con su padre.

En Neudietendorf había aprendido, incluso cuando pensaba que se estaba negando a aprender, a respetar el azar. El azar es una de las manifestaciones de la voluntad de Dios. Si se hubiera quedado con los Hermanos moravos, incluso su propia mujer habría sido elegida por sorteo. El azar había llevado la carta del predicador a Artern antes de lo que cabía esperar, haciendo posible demorar la cuestión de su matrimonio con Sophie hasta un momento más próximo al de su independencia económica. Pero el azar, como él bien sabía, podía devolver en cualquier momento a su padre a su estado habitual de furiosa impaciencia. Al fin y al cabo, solo había hablado de estar alegre un día.

El día de Año Nuevo, seis días después de Navidad, Fritz recibió una carta de Sophie.

Querido Hardenberg:

En primer lugar doy las gracias por tu carta, en segundo lugar por tu mechón de pelo y en tercer lugar por el simpático alfiletero, que me ha producido mucha alegría. Me pides permiso para escribirme. Puedes estar seguro de que siempre es agradable leer cartas tuyas. Ya sabes que no debo escribir más.

Sophie von Kühn

—Ella es mi sabiduría —dijo Fritz.

En una nueva visita a Grüningen, el día de Año Nuevo de 1795, Fritz preguntó al señor Rockenthien:

—¿Por qué no debe escribir más? ¿Acaso soy peligroso?

—Mi querido Hardenberg, no debe escribir más porque apenas sabe cómo hacerlo. ¡Ve a buscar a su maestro y pregúntaselo! Sin duda, Sophie debería haber estudiado más, ¡ja, ja! Entonces habría podido escribirle una carta de amor como es debido.

—No busco corrección, simplemente me gustaría que sus cartas fueran bastante más largas —dijo Fritz.

La siguiente carta de Sophie decía: «Me enviaste un mechón de pelo, lo envolví

en un trocito de papel y lo guardé en el cajón de una mesa. El otro día, cuando quise volver a verlo, tanto el mechón de pelo como el trocito de papel habían desaparecido. Por favor, vuelve a cortarte un mechón de pelo, sobre todo de pelo de la cabeza».

La siguiente vez que Fritz fue a Grüningen, una joven robusta y rubia entró en la habitación con un cubo en la mano.

—Vaya por Dios, he olvidado para qué traía yo esto —dijo, dejándolo caer de golpe sobre el suelo de madera pintada.

—Esta es Friederike, mi hermana mayor —dijo Sophie con entusiasmo—. Es la Frau Leutnant Mandelsloh.

No se parece a su madre, pensó Fritz, y mucho menos a su hermana.

—Frieke, Fritz quiere que le escriba otra carta.

Fritz dijo:

—No, Frau Leutnant, quiero cientos de cartas.

—Bueno, el intento se hará —dijo la Mandelsloh—, pero necesitará tinta.

—¿No hay tinta en la casa? —pregunto Fritz—. Lo mismo nos pasa a nosotros: a veces se nos acaba la sopa o alguna otra cosa habitual.

—Aquí hay de todo —dijo la Mandelsloh—. Hay tinta en el despacho de mi padre y en otras habitaciones. En todas partes podemos disponer de lo que queramos. Pero Söphgen no suele usar tinta a diario.

Sophie había salido de la habitación. Una vez a solas con aquella fornida criatura rubia, Fritz, siguiendo su instinto, decidió pedirle consejo:

—Frau Leutnant, ¿cree conveniente pedir consentimiento a su padrastro para que yo inicie un noviazgo con...?

—Respecto a esa cuestión, no puedo darle consejo alguno —dijo ella con calma—. Usted debe considerar hasta dónde llega su valor. La dificultad no estriba en saber qué hay que pedir, sino en saber cuándo pedirlo. Me imagino que también habrá que tener en cuenta a su padre de usted.

—En efecto —dijo Fritz.

—En ese caso, tal vez ambos se sienten cómodamente a charlar fumándose una buena pipa. —Fritz intentó, sin conseguirlo, imaginar esa situación—. De ese modo, las cosas se arreglarían sin sufrimiento. Mi marido era huérfano. No hubo de consultar con nadie cuando tuvo que tratar con mi padrastro, si descontamos a su hermana soltera, a quien, por otra parte, tenía que mantener.

—Le agradezco sus consejos —dijo Fritz—. Creo, de hecho, que las mujeres entienden mejor la vida que los hombres. Nosotros somos moralmente superiores, pero ustedes pueden alcanzar la perfección y nosotros no. Y ello a pesar de que las mujeres particularizan y nosotros generalizamos.

—Ya había oído decir eso antes. ¿Qué tienen de malo los detalles? Alguien ha de ocuparse de ellos.

Fritz comenzó a pasear por la habitación. La conversación le producía el mismo efecto que la música.

—Además, creo que las mujeres poseen algo que Schlegel echa en falta en muchos hombres: un alma hermosa. Lo que ocurre es que con frecuencia permanece oculta.

—Es muy probable que sea así —dijo la Mandelsloh—. ¿Qué opina usted de mi alma?

Después de decir esto, ella se sobresaltó, como si hubiera hablado otra persona. Fritz, que se había acercado todo lo posible a ella y al cubo, se detuvo y clavó en su rostro su brillante y extraña mirada.

—¡No me mire con tanto interés! —gritó la Mandelsloh—. Yo soy muy aburrida. Mi marido es muy aburrido. Los dos somos aburridos. Solo de pensar en nosotros podría usted llorar de aburrimiento.

—Pero no creo que...

Ella se tapó los oídos con las manos.

—¡No, no lo diga! Las gentes grises aceptamos que las personas inteligentes gobiernen el mundo, y trabajamos seis días a la semana para que ellos puedan pensar.

—No estamos hablando de mí —exclamó Fritz—. Estamos hablando de su alma, Frau Leutnant.

Sophie regresó sin la tinta, sin el papel ni la pluma. Al parecer, había estado jugando con unos gatitos en la despensa de las criadas.

—De modo que están allí —dijo la Mandelsloh. Entonces recordó que el cubo de agua era para ahogar a aquellos gatitos. Los criados no se atrevían a cumplir ese cometido.

Friederike von Mandelsloh había vivido en la ciudadela de Langensalza con su marido, un teniente destinado en el regimiento del príncipe Clemens. Había vuelto a Grüningen, situada a unos quince kilómetros de distancia, porque su marido había sido enviado a Francia con el destacamento de Rheinfeld. Se lamentaba de no haber podido vivir en ningún sitio el tiempo suficiente para lucir una alfombra como es debido (y, de hecho, poseía una gran alfombra turca). Pero la realidad era que estaba casada con un militar. Aunque no era, claro está, pariente de sangre de Hausherr Rockenthien, sí era en cambio, de todos los jóvenes, su favorita. A pesar de sus bruscos modales pseudomilitares, que había ido adquiriendo desde que se casara a los dieciséis años, sus ojos azules reflejaban la seguridad y la serenidad de su madre.

—Eres la mejor —le dijo Rockenthien a Friederike—. No deberías haberte marchado de casa. Fue una crueldad para conmigo.

Todo hombre, pensaba Rockenthien, merecía tener una persona así en su hogar. La Mandelsloh comprobaba la calidad de los vinos, llevaba las cuentas de la casa, ahogaba a los gatitos y vigilaba, en caso necesario, a Söphgen. Y Friederike se hacía cargo de todas esas cosas no por compasión o ansiedad (como era el caso de Sidonie en Weissenfels), sino simplemente como consecuencia de la pasmosa habilidad de su madre para imponer su autoridad con una sonrisa. La única acción positiva de Frau Rockenthien desde el nacimiento de Günther y la aparición de Hardenberg había sido

la de lograr que Friederike volviera a casa. Aparte de eso, no obstante, nada era absolutamente necesario.

Erasmus visita a Karoline Just

Karoline Just nunca había visto a Erasmus, pero incluso en la puerta, antes de que el criado lo anunciara, intuyó de quién se trataba. Era bajo y delgado, tenía la cara redonda, sus ojos no eran grandes ni brillantes, pero era el hermano de Fritz. También sabía, por lo que le habían contado de él, que debería haber vuelto, quizá hace tiempo, a Hubertusberg para reanudar sus estudios.

Coelestin y Rahel Just habían salido. En aquel momento estaban muy ocupados con la compra de un terreno situado a poca distancia de su casa. Querían plantar en él espárragos y melones, y construir un invernadero: una especie de paraíso en la tierra. Habían ido a tomar café con sus vecinos y a discutir el proyecto, del que todo el mundo estaba ya enterado. Karoline, naturalmente, había sido invitada. Pero no salía mucho últimamente.

—Me temo que soy la única que puede darle la bienvenida —dijo—. Su hermano sigue alojándose con nosotros, pero ha ido de visita a Grüningen.

Erasmus había acudido a la casa de los Just movido por un arrebatado de ternura y un impulso de hacer justicia a Karoline o, al menos, a la Karoline que él se imaginaba, aunque ese impulso debiera haber correspondido en realidad a Fritz. También necesitaba compartir su desasosiego con alguien que probablemente le comprendería, por la intromisión en su propia vida de una criatura como Sophie. Al mismo tiempo, esperaba llegar a conocerla mejor dado que la disputa con su hermano les impedía seguir discutiendo la cuestión ni siquiera por escrito.

—Fräulein, le hablo con plena sinceridad.

Ella le pidió que la llamase Karoline.

—Probablemente usted debe de conocer el Schloß Grüningen bastante bien. Su tío Just acude allí con frecuencia, y ha debido de llevarla con él en más de una ocasión.

—Sí, me ha llevado —dijo Karoline—. ¿Qué desea saber acerca de Grüningen?

Pero Erasmus la interrumpió:

—¿Qué piensa de ella? ¿Quién es ella, en realidad?

—Como es lógico, yo era más amiga de su hermana mayor, que se ha casado y ya no vive allí.

—Hábleme con sinceridad, Karoline.

Esta le preguntó:

—¿No ha conocido personalmente a Sophie von Kühn?

—Sí. Fui al Schloß Grüningen y llamé a la puerta, como he llamado a la de usted. He perdido los buenos modales y no tengo explicación para mi conducta. Tal vez me

esté volviendo loco.

—De modo que la ha visto. En ciertos aspectos es muy madura para su edad. Camina con elegancia. Tiene un hermoso pelo negro: ese es un dato positivo. —Por primera vez miró con franqueza a Erasmus—. ¿Cómo habrá sido capaz Fritz?

—Esperaba que respondiera eso. Vine aquí con la esperanza de oírle decir eso, y también porque...

Karoline reunió fuerzas para tocar la campanilla.

—Diré a los criados que nos traigan un refrigerio, aunque en realidad no nos apetezca.

—Evidentemente, no nos apetece —dijo Erasmus, que, sin embargo, comió grandes cantidades de *Zwieback* y bebió un poco de vino.

Solo tiene veinte años, pensó Karoline. Le doy pena. Nunca volverá a sentir tanta compasión por otra persona a la que ni siquiera conoce. Pero ella no quería ser objeto de compasión.

—Espere aquí un momento. Erasmus permaneció sentado, sin saber muy bien qué hacer (no quería seguir comiendo mientras ella estaba fuera de la habitación), y Karoline regresó con los versos que Hardenberg le había enviado.

*Algún día, en la marea alta de la vida, nos sentaremos
ambos a la mesa,
los dos estaremos casados, con la persona amada a nuestro
lado,
y entonces miraremos atrás para recordar la mañana.
¿Quién lo habría imaginado? ¡El corazón nunca suspira
en vano!*

Erasmus seguía allí sentado, sintiendo una humillación y una vergüenza casi inenarrables.

—Ustedes son cuatro, Karoline, sentados alrededor de esta mesa. Entonces, hay alguien más al que usted conoce y por el que se preocupa.

—Eso es lo que dice la poesía —dijo Karoline con cautela—. Puede usted leerla si lo desea.

Karoline le entregó los versos, escritos briosamente en dos folios enteros, no sin agregar:

—¡Qué despilfarro! ¡No ha usado más que una cara del papel!

—Siempre escribe así.

—¿Creía usted que yo estaba enamorada de Hardenberg? —añadió Karoline.

—Que Dios me perdone, pero sí —dijo finalmente Erasmus—. Ha hablado tantas veces de usted... Supongo que admiro demasiado a mi hermano, y tiendo a pensar que el resto de la gente tiene que sentir lo mismo por él. Me alegro sinceramente de haberme equivocado, pero ambos seguimos sintiendo lo mismo acerca de... No debe

pensar que yo sería injusto con una joven, y debe comprender que, aunque siempre he compartido la vida de Fritz, también he sabido que llegará un momento en que pierda lo más importante de él. Siempre he deseado que cuando llegue ese momento yo sea capaz de contentarme con mi pequeña parte... Pero, Karoline, la desilusión ha de tener un límite... Sin duda, seguimos sintiendo lo mismo acerca de...

Karoline se tapó la cara con las manos.

—¿Cómo ha sido capaz? ¿Cómo ha sido capaz?

El diario de Sophie, 1795

8 de enero

Hoy hemos estado solos y no ha sucedido gran cosa.

9 de enero

Hoy estuvimos otra vez solos y no sucedió gran cosa.

10 de enero

Hardenburch llegó al mediodía.

13 de enero

Hoy se fue Hardenburch y me quedé sin entretenimiento.

8 de marzo

Hoy decidimos ir a misa pero el tiempo nos lo impidió.

11 de marzo

Hoy estuvimos todos solos y no sucedió gran cosa.

12 de marzo

Hoy fue como ayer y no sucedió gran cosa.

13 de marzo

Fue un día de penitencia y Hartenber estuvo presente.

14 de marzo

Hoy Hartenber recibió una carta de su hermano.

Una nueva lectura

El 17 marzo de 1795 Sophie cumplió trece años. Dos días antes le había prometido a Fritz que se casaría con él.

El 16 de junio, el siempre servicial Karl envió dos anillos de oro desde Lützen (donde estaba destinado) a su hermano en Tennstedt.

El 21 de agosto escribió otra carta desde Lützen, donde, dijo, había estado «vegetando» desde que se firmó el tratado de Basilea. «Os envío el estribo de cuero y los dos sombreros de paja, a uno de los cuales le he dejado la cinta, que es la última moda. El otro puede lucirse a gusto de cada cual». Uno era para que Erasmus se lo diese a Karoline, el otro era para Sophie; Fritz se haría cargo del reparto. Había también un costurero para la madre y, por segunda vez, mandó el anillo de Fritz, que este había devuelto a Lützen para que le grabasen una S. No habría podido realizar la inscripción ningún joyero de Tennstedt —un lugar tan pequeño en el que evidentemente no conocían la moda de los sombreros de paja— y mucho menos de Weissenfels, donde habría suscitado todo tipo de comentarios. Al barón von Hardenberg no se le había pedido autorización. Ni siquiera se le había mencionado el nombre de Sophie von Kühn.

La autorización de los Rockenthien, por otra parte, apenas había sido necesaria. Estaban entusiasmados, en primer lugar, por la felicidad que aquello suponía para la casa. A Fritz se le ofreció ser el padrino del pequeño Günther. George le dijo que si estaba pensando en casarse, sería absolutamente necesario que se comprase un caballo: el *Gaul* podría utilizarse para alimentar a los gatos.

El Hausherr, sorprendentemente, pareció no ofenderse por la insinuación de que los Rockenthien no estaban a la altura de los Hardenberg. «Todavía es demasiado joven. Ni siquiera creo que tenga el periodo con regularidad. Cuando cumpla los quince, podremos resolver estos problemas». Fritz pensó que a Coelestin Just, buen amigo de su padre, se le podía confiar el secreto y pedirle que actuase como una especie de intermediario entre Weissenfels y Grüningen. «No creo que sirviera», dijo Herr Rockenthien con amabilidad. «El Kreisamtmann, como habrás notado, me toma por tonto».

Casi en cuanto le hubo ofrecido el anillo a Sophie, y la vio llevarlo colgado del cuello —puesto que no podía lucirlo abiertamente—, Fritz le pidió permiso para leerle el primer capítulo de *La flor azul*.

—Es la introducción —le dijo— de una historia que todavía no puedo escribir. No sé siquiera cómo va a ser. He hecho una lista de ocupaciones y profesiones, así como de tipos psicológicos. Pero a lo mejor al final no es una novela. Los cuentos

populares son, quizá, más verídicos.

—A mí me gustan los cuentos populares —dijo Sophie—, pero no cuando las personas se convierten en ranas, pues eso no es divertido.

—Te leeré la introducción y tú tienes que decirme qué significa.

Sophie se sintió abrumada ante tamaña responsabilidad.

—¿Tú no lo sabes? —preguntó con poca convicción.

—A veces creo que sí.

—Pero ¿no la ha leído nadie más?

Fritz hizo memoria.

—Sí, Karoline Just.

—Ah, ella es muy lista.

La Mandelsloh entró en la habitación, dijo que ella también escucharía la lectura y entregó a Sophie sus labores de costura. Incluso en una próspera familia como esta estaban remendando las sábanas y las fundas de las almohadas para que durasen al menos otros diez años. Sophie se fijó un momento en el alfilerero.

—Esto me lo diste tú, querido Hardenberg... —y luego quedó en silencio.

«Sus padres estaban ya acostados y dormían, el reloj de pared repetía su monótono tictac, el viento hacía vibrar los cristales de la ventana. De cuando en cuando, la habitación se iluminaba con el resplandor de la luna. El joven, inquieto, permanecía tumbado sobre la cama y se acordaba del forastero y de sus historias. “No fue la idea del tesoro lo que suscitó en mí esa inexplicable nostalgia”, se dijo a sí mismo. “No me atrae la riqueza, pero anhelo ver la flor azul. Permanece incesantemente en el fondo de mi corazón, y no puedo imaginar ni pensar otra cosa. Nunca me había sentido así. Es como si hasta ahora hubiera estado soñando o como si el sueño me hubiera transportado a otro mundo. Pues en el mundo en el que estaba acostumbrado a vivir, ¿a quién le importaban las flores? Semejante pasión por una flor era allí un hecho insólito. Pero ¿de dónde procede este forastero? Ninguno de nosotros había visto antes a un hombre como él. Y, sin embargo, no sé por qué fui yo el único que se sintió verdaderamente atraído por lo que nos contó. Todos los demás oyeron las mismas palabras que yo, pero no les prestaron atención»».

Sin saber hasta dónde iba a seguir leyendo, las dos mujeres permanecían sentadas sin hablar, con las labores de costura sobre el regazo. Sophie estaba pálida, y su boca era de una palidez rosada. Entre el color de la cara y el de la boca, ligeramente entreabierta, dulce, fresca, de labios llenos y descoloridos, había una gradación casi imperceptible. Era como si nada hubiera alcanzado aún su color o su plenitud, excepción hecha de la cabellera negra.

La Mandelsloh, que había estado escuchando atentamente la lectura, dijo:

—Esto es solo el comienzo de la historia. ¿Cómo termina?

—Me gustaría que me respondieras tú a eso —fue la respuesta de Fritz.

—De momento, es una historia para niños.

—Eso no la hace desmerecer —exclamó Sophie.

—¿Por qué crees que ese joven no puede dormir? —le preguntó Fritz con urgencia—. ¿Es por la luna? ¿Es por el tictac del reloj?

—Oh, no, eso no lo mantiene despierto. Solo lo percibe porque no está dormido.

—Efectivamente —dijo la Mandelsloh.

—Pero ¿habría podido dormir bien si el forastero no le hubiera hablado de la flor azul?

—Pero ¿por qué le interesa una flor? —preguntó Sophie—. No es una mujer ni un jardinero.

—Oh, porque es azul y nunca ha visto nada igual —dijo la Mandelsloh—. El lino, supongo, y la raspilla con sus nomeolvides; pero son muy corrientes y no tienen nada que ver con el asunto: la flor azul es algo muy diferente.

—Por favor, Hardenberg, ¿cómo se llama la flor? —preguntó Sophie.

—Él lo supo en una ocasión —dijo Fritz—. Le dijeron cómo se llamaba, pero se le olvidó. Daría su vida por recordarlo.

—No puede dormir porque está solo —continuó la Mandelsloh.

—Pero hay mucha gente en la casa —dijo Sophie.

—Pero él está solo en su habitación. Le gustaría tener una compañera en su cama.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Fritz, dirigiéndose a Sophie.

—Ciertamente, me gustaría saber lo que va a ocurrir a continuación —dijo Sophie de manera dubitativa.

Fritz dijo:

—Si una historia comienza con un hallazgo, debe terminar con una búsqueda.

Sophie no poseía demasiados libros. Tenía su himnario, su Evangelio y una lista, atada con una cinta, de todos los perros que había tenido su familia, aunque algunos habían muerto hacía tanto tiempo que no se acordaba de ellos. A este repertorio añadía ahora la introducción del relato de la flor azul. Su ejemplar estaba escrito por Karoline Just, que copiaba a mano todos los trabajos de Fritz.

«A Söphgen le gusta escuchar historias», escribió Fritz en su cuaderno. «No quiere sentirse avergonzada por mi amor. Mi amor la abrumea con frecuencia. Se preocupa más por los sentimientos de otras personas que por los suyos. Pero insiste en mostrarse fría».

—Lo que he escrito sobre ella no tiene sentido —le dijo a la Mandelsloh—. Hay muchas contradicciones. Te voy a pedir que me escribas una descripción de Sophie puesto que la conoces desde pequeña: un retrato de ella, tal como la ve una hermana.

—Imposible —dijo la Mandelsloh.

—¿Es pedirte demasiado?

—Más que demasiado.

—¿No llevas un diario? —le preguntó él.

—¿Eso qué más da? Tú llevas un diario, pero ¿podrías describir a tu hermano Erasmus?

—Él se describe a sí mismo —dijo Fritz. Su aflicción seguía viva. No había

siquiera un retrato pasable de Sophie en toda la casa, a excepción de una horrible miniatura donde aparecía con unos ojos saltones como grosellas (o como los de Fichte). Solo el pelo, que caía provocadoramente sobre su vestido de muselina blanca, era digno de contemplar. Aquella miniatura provocaba las carcajadas de toda la familia, especialmente las de Sophie.

Fritz pidió permiso al Hausherr para llamar a un retratista, pagándolo de su bolsillo, a fin de que hiciese un retrato de Sophie tal como era en realidad. El retratista tendría que quedarse unos días para hacer bocetos, pero el retrato podría terminarlo en su estudio.

—No me extrañaría que al final tuviera que pagarlo yo de mi bolsillo —dijo Rockenthien aquella noche a su mujer—. No estoy seguro de que, de momento, Hardenberg esté ganando dinero.

Él tampoco había ganado dinero en su vida, si exceptuamos su irregular salario como capitán de infantería. Pero estaba felizmente casado con una mujer que poseía valiosas propiedades.

El retrato de Sophie

Fritz deseaba encontrar a un pintor joven. Deseaba encontrar uno que pintase con el corazón, y se decidió por Joseph Hoffmann, de Colonia, que le había sido recomendado por Severin.

Hoffmann llegó a Grüningen a finales de verano, cuando los caminos estaban aún en buen estado y la luz del atardecer era buena, llevando consigo su mochila, su maletín, sus pinceles y una cartera. Su tarifa iba a ser de seis táleros, que Fritz intentaría reunir vendiendo parte de sus libros. Fritz no se hallaba en Grüningen, pues se había puesto a trabajar como un loco, aunque pensaba regresar lo antes posible. El pintor llegó tarde porque la diligencia llevaba retraso. Los Rockenthien estaban ya sentados a la mesa. Se hicieron las presentaciones, pero no se les había ocurrido esperarle.

Los criados habían comenzado a servir las sopas: una era de cerveza, azúcar y huevos; otra de escaramujo y cebolla; otra de pan y agua de col; otra de ubres de vaca aromatizadas con nuez moscada. Había pasta mezclada con aceite de hayuco, arenques escabechados, ganso con salsa de melaza, huevos cocidos y numerosos bollos rellenos. Es peligroso —en esto, al menos, coincidían todos los médicos alemanes— no tener el estómago lleno en todo momento.

¡Buen provecho!

Una montaña de patatas cocidas, que despedía estelas de vapor, fue colocada en el centro exacto de la mesa para que todos pudieran alcanzarla con sus tenedores de plata. Rápidamente, como si se hubiera producido una avalancha, desapareció de su vista.

—No quiero que me observe ahora, Herr Maler —dijo Sophie desde el otro extremo de la mesa—. No me estudie ahora, estoy a punto de llenarme la boca.

—Encantadora Fräulein, yo nunca haría tal cosa a los pocos minutos de haberla conocido —dijo Hoffmann con tranquilidad—. Me limito a echar un vistazo a la mesa y comprobar la presencia, o ausencia, de alma en el semblante de todos los presentes.

—*Ach Gott*, no creo que suelen invitarlo a cenar dos veces en la misma casa —dijo la Mandelsloh.

—Le daré un consejo —dijo Herr Rockenthien, inclinándose hacia delante para servirse más patatas—. Esta es mi hijastra mayor. No conteste si lo que le dice le resulta ofensivo.

—¿Por qué iba a resultarme ofensivo? Creo que la Frau Leutnant no está acostumbrada a los artistas.

—Conocemos a Hardenberg —dijo la Mandelsloh—. Es un poeta, lo que viene a ser lo mismo que un artista. Aunque es cierto que todavía no estamos muy acostumbrados a él.

Tanto el Hausherr como su mujer eran «de la tierra». Era gente del campo. El pintor Joseph Hoffmann había nacido y se había criado en un barrio de Colonia. Su padre fue un zapatero de señoras que se dio a la bebida y perdió toda su habilidad como artesano. Hoffmann había acudido a la academia de Dresde siendo un estudiante muy pobre, y ahora era poco más que eso; se ganaba la vida vendiendo dibujos sepia de paisajes lejanos y curvas de un río con ganado paciendo en sus orillas. Después de sus salidas al campo, se apresuraba a volver corriendo a la estimulante y grasienta presión de su ciudad natal. En el Schloß Grüningen se sentía como un extraño. No podía comer aquellas cantidades pues no estaba acostumbrado, y no conocía a la mayoría de los que estaban sentados a la mesa. Pero no se dejó desconcertar por esta situación. Esta es mi oportunidad, pensó, y voy a aprovecharla. El mundo verá de lo que soy capaz.

Había decidido pintar a Fräulein Sophie de pie bajo el sol, justo al final de la infancia y a punto de alcanzar la madurez femenina, e incluir en el retrato a la Mandelsloh, su hermana, la mujer del militar, con probabilidades de enviudar, sentada en la sombra, víctima del destino de las mujeres. Iba a pedirles que posasen para él junto a uno de los numerosos monumentos que había al borde de la calzada, dedicados a la memoria de próceres y terratenientes locales, en los que se había fijado de camino a Grüningen. Esos monumentos servían de punto de referencia, y el ganado los usaba para rascarse. La inscripción del monumento aparecería en el retrato, pero sin mucha nitidez debido a la forma en que caía la luz. La presión de estas ideas, que lo asaltaban con la fuerza de la poesía, le hicieron dejar sobre la mesa el cuchillo y el tenedor y decir claramente, sin prestar la menor atención al vocerío que lo rodeaba:

—Sí, allí, exactamente allí.

—¿Dónde? —preguntó Frau Rockenthien, que ya lo veía como otro objeto de compasión más.

—Me gustaría pintar a sus dos hijas cerca de una fuente, sentadas en las escaleras de piedra... Una piedra rota y gastada por el tiempo. A lo lejos, un reflejo del mar.

—Estamos a bastante distancia del mar —dijo Rockenthien expresando sus dudas—. Yo diría que a unos trescientos kilómetros. Ese siempre será uno de nuestros problemas estratégicos.

—La estrategia no me interesa —dijo el joven pintor—. El derramamiento de sangre no me interesa. Aparte de eso, ¿qué les sugiere el mar?

Pero a ninguno de los presentes les sugería más que agua salada. De hecho, ninguno de ellos, salvo Rockenthien, que había estado destacado con el regimiento hannoveriano en Ratzeburg, había visto nunca el mar.

Frau Rockenthien dijo pacíficamente que cuando ella era joven se pensaba que el

aire del mar era muy malo para la salud, aunque desconocía la opinión de los médicos al respecto en el momento actual.

No puede pintarla

Toda la familia se preguntaba cómo iban a lograr que Sophie posara quieta durante el tiempo necesario. El miniaturista, un pariente anciano, no había necesitado que posase quieta, pues le había bastado con esbozar su sombra sobre un trozo de cartón blanco. Hoffman, sin embargo, realizó solo unos cuantos bocetos sobre la marcha: Fräulein von Kühn corriendo, Fräulein von Kühn vertiendo leche de una jarra... Después de esto pareció entrar en una especie de trance, y empezó a pasar mucho tiempo en su habitación.

—Cómo me gustaría que Hardenberg estuviera aquí —dijo Rockenthien—. Este pintor es bienvenido, y pensé que habíamos hecho bien en darle uno de los secaderos del piso superior como estudio, pero no parece que se encuentre a gusto. Las mujeres, sin embargo, son las que tienen que encargarse de estas cosas.

Por «las mujeres» se refería, naturalmente, a la Mandelsloh, pero esta tenía poca paciencia con Hoffmann.

—Ha sido entrenado, me imagino, como se entrena a un zapatero a remendar zapatos o a un soldado a disparar a sus enemigos. Que coja sus lápices y pinceles, y ¡manos a la obra!

—Sí, pero a lo mejor no es capaz de captar el parecido —dijo Rockenthien—. Es un truco, ¿sabes? No es algo que se aprenda, sino que es un don innato. Así es como hicieron su dinero todos esos señores: Durero, Rafael y muchos más.

—No creo que Hoffmann haya hecho mucho dinero de momento —dijo la Mandelsloh.

—Insisto, ese es el truco. Tienen mucho más dinero del que aparentan, si es que son capaces de captar el parecido, claro está.

Sophie sentía lástima de Hoffmann, y el instinto consolador heredado de su madre la indujo a pedirle que le mostrase todos los dibujos que había traído en su cartera, alabándolos uno por uno pues ciertamente los consideró maravillosos. Finalmente, Hoffmann suspiró:

—Estoy seguro de que usted también ha estudiado dibujo, encantadora Fräulein. Debe enseñarme lo que ha dibujado.

—Eso no va a ser posible —dijo Sophie—. En cuanto el profesor de dibujo se marchó, rompí todos mis trabajos.

No es tan tonta, pensó Hoffmann.

Martes, 11 de septiembre

Hoy el pintor no bajó a desayunar. Mi madrastra envió a uno de los

criados a su dormitorio con el café, pero él contestó a través de la puerta, literalmente, que le dejasen pensar.

Miércoles, 12 de septiembre

Comenzamos a encurtir las frambuesas.

Jueves, 13 de septiembre

Hoy hizo calor y hubo tormenta y no sucedió nada y Hardenburch no vino.

Viernes, 14 de septiembre

Hoy no vino nadie y no pasó nada.

Sábado, 15 de septiembre

El pintor no bajó a beber aguardiente con nosotros.

Domingo, 16 de septiembre

El pintor no vino a misa con nosotros.

Lunes, 17 de septiembre

Mi padrastro dijo: «¿Sigue ahí arriba ese pintor? Esperemos que no se haya llevado a una de las criadas con él a la cama».

Deseoso de saber si ese era el caso, George cogió una escalera de los establos y la apoyó contra la ventana del pintor, que estaba abierta de par en par. Eso habría sido imposible en Weissenfels. Por otra parte, George, a diferencia de Bernhard, nunca habría curioseado en el equipaje de un invitado.

Un mozo de establos sujetó la escalera, y George ascendió por ella.

—¿Ve usted algo? —gritó el mozo, con el que George compartía casi todas sus actividades.

—No estoy seguro, está muy oscuro. Espera un momento, Hansel, me parece oír el crujido del colchón.

Pero Hansel se puso nervioso y no esperó. La escalera cayó de lado, despacio al principio y luego cada vez más deprisa. George, pidiendo ayuda a gritos, tuvo la sensación de ir a caer limpiamente, pero se golpeó la parte posterior de la cabeza contra las losas. Los botones de latón de los faldones de su casaca chocaron contra las piedras, y al cabo de un momento su cabeza se golpeó fuertemente contra ellas, como un paquete arrojado al vacío. Tuvo suerte de romperse solo una clavícula, pero no estuvo presente cuando el pintor, al día siguiente, abandonó el *Schloß Grüningen*.

Esperando tristemente en el vestíbulo, Hoffmann, de nuevo con su maletín, su cartera y sus pinceles, fue despedido con auténtica amabilidad por Rockenthien, quien dijo:

—Siento que no haya podido hacer más, Herr Maler. Permítame recompensarlo por el tiempo que ha estado aquí.

—No, no, el encargo lo realizó Hardenberg y ya me las arreglaré con él. En cualquier caso —añadió con firmeza—, no crea que carezco de recursos.

Esto confirmó la idea de Rockenthien de que los pintores conocían algún que otro truco, lo que le hizo sentirse menos intranquilo.

—Siento que haya tenido que permanecer tanto tiempo en el piso de arriba. Pero le subieron todo lo que solicitó, ¿no es cierto? Le dieron de comer, ¿no es cierto?

—Me han brindado ustedes una gran hospitalidad —dijo Hoffmann—. Espero que el señorito George se recupere lo antes posible.

George se recuperó pronto, pero estaba furioso porque, mientras estuvo convaleciente, el cochero mayor propinó una soberana paliza a Hansel, que iba a ser despedido. Nadie, ni siquiera el Hausherr, se atrevía a contradecir las decisiones del cochero mayor.

—En esta casa no hay justicia —exclamó George—. Este artista es completamente incapaz de pintar a mi hermana, y lo único que recibe son cumplidos. En cuanto a Hansel, solo hizo lo que se le mandó.

—Nadie le mandó soltar la escalera —dijo el Hausherr.

Weissenfels quedaba en el camino de vuelta a Dresde. Aunque no bebía demasiado, Hoffmann sintió la necesidad de tomar un estimulante, y, cuando la diligencia se detuvo, entró en el Wilde Mann, donde encontró a Fritz.

Esto no es lo que quería, pensó, y, sin embargo, en algún momento tendré que dar explicaciones. Fritz le dio un abrazo.

—¡El retratista!

—Vine aquí porque pensé que si estaba en Weissenfels, se encontraría usted en su casa: no me atrevía a encararme con usted.

—No esté tan triste, Hoffmann. He recibido una nota de la misma Sophie, y ya sé que ni siquiera empezó usted el retrato. ¿Pido que le traigan aguardiente?

—No, no, solo un vaso de cerveza, si es tan amable.

Hoffmann nunca tomaba bebidas fuertes por temor a seguir el mismo camino que su padre.

—Está bien, charlemos. Por lo menos habrá hecho algunos bocetos.

—En efecto, y son suyos si los quiere, pero no estoy contento con el resultado.

—Evidentemente, no debe de ser fácil dibujar a mi Sophie. ¿Conoce el grabado del autorretrato de Rafael que aparece en el tercer volumen de los *Fragmentos fisiognómicos* de Lavater?

—Sí, lo conozco.

—¿Y no le parece que Rafael es la viva imagen de mi Sophie?

—No —dijo Hoffmann—. Salvo por lo que se refiere a los ojos, que son oscuros en ambos casos, el parecido es casi inexistente.

Su mente se tranquilizaba a medida que sorbía la anodina *Einfaches*, que se

parecía al agua de cocer las judías.

—Hardenberg, espero que no ponga en duda mis cualidades. Estudié ocho años en Dresde antes de ser admitido en las clases de pintura al natural. Pero lo cierto es que he sido derrotado por Fräulein von Kühn. Al principio me preocupaba el escenario, el fondo, pero en seguida dejó de interesarme. Lo que me confundía era la encantadora Fräulein.

—El sentimiento del artista lo justifica —dijo Fritz—. Eso debe de ser cierto siempre, pues el arte y la naturaleza se rigen por las mismas reglas.

—Así es. Las sensaciones puras no pueden estar en contradicción con la naturaleza. ¡Nunca!

—Yo mismo no consigo comprender del todo a Söphgen —prosiguió Fritz—. Por eso encargué un buen retrato suyo. Pero tal vez no deberíamos haber esperado que usted...

—Oh, yo veo en seguida quién es Sophie —lo interrumpió Hoffmann con vehemencia—. Una sajona decente y de buen corazón, alimentada a base de patatas, con la fragancia de trece primaveras y el tenue resplandor de trece inviernos. —Acalló cualquier intento de protesta por parte de Fritz o, más bien, lo desoyó debido a la intensidad de su deseo de ser comprendido—. Hardenberg, en todas las cosas creadas, tanto si están vivas como si se trata de lo que solemos llamar seres inanimados, hay un intento de comunicación, incluso en aquellas que son totalmente mudas. Se hace una pregunta, una pregunta diferente para cada entidad, que en la mayoría de los casos nunca será expresada mediante palabras ni siquiera por aquellos que saben hablar. La pregunta se repite incesantemente: la mayoría de las veces, sin embargo, de manera casi imperceptible, como la campana de una iglesia que se oye a través de los campos. Lo mejor que puede hacer el pintor, después de haber mirado, es cerrar los ojos, los ojos físicos, que no los del espíritu, para oírla con más claridad. Hardenberg, usted debió de escuchar la pregunta de Fräulein Sophie. Usted intentó descifrarla, aunque, como me parece más que probable, ni ella misma sabe cuál es.

—Estoy intentando entenderle —dijo Fritz.

Hoffmann se había puesto la mano en la oreja, en un gesto muy curioso para un hombre joven.

—Yo no pude oír su pregunta y por lo tanto no pude pintarla.

El camino conduce hacia el interior

Fritz no se arriesgó a llevar al pintor a Kloster Gasse, donde sin duda les diría algo a sus padres acerca de Sophie. No había más remedio que verlo partir desde el Wilde Mann en la diligencia con destino a Colonia.

No deseaba volver directamente a casa, por lo que se alejó de la ciudad en dirección al cementerio que conocía tan bien. Eran las últimas horas de una tarde — azul pálido sobre amarillo claro— que brillaba con la ardiente claridad de los cielos nórdicos, que se hacen cada vez más transparentes. Como si fueran a terminar en una revelación.

La entrada del cementerio era una gran verja de hierro con letras doradas y entrelazadas. El ayuntamiento de Weissenfels tenía previsto construir también una valla de hierro, pero de momento la verja se apoyaba en unas estacas de madera que servían más o menos para mantener alejadas de las tumbas a las vacas del terreno colindante. Hundidas hasta las rodillas en el estiércol de la casa parroquial, las vacas miraban a los paseantes sin demasiada curiosidad. Fritz caminaba entre los montículos de hierba que, junto con los verdes pasillos que los dividían, comenzaban a desaparecer entre la niebla. Como sucede en casi todos los cementerios, había una serie de objetos tirados por el suelo —una escalera metálica, una cesta para comida e incluso una pala—, como si el trabajo estuviese siempre en marcha, con la posibilidad de ser interrumpido. Las cruces —de hierro y piedra— parecían brotar de la tierra, y las más pequeñas se esforzaban por alcanzar la altura de las demás. Algunas se habían caído. No se podía decir que el cementerio, por donde paseaban las familias los días festivos, estuviera descuidado, pero tampoco que estuviera muy bien atendido. Había malezas y unos cuantos gansos. Los insectos procedentes de los muladares y del camposanto se arremolinaban formando densas nubes en el aire cálido.

El ruido de las vacas podía oírse aún desde el interior del cementerio, donde las tumbas y los espacios todavía vacíos, ahora separados entre sí por la niebla, se habían convertido en verdes islas oscuras, en verdes cámaras de meditación. Sobre una de ellas, a poca distancia de él, un joven, casi un niño, permanecía de pie en la semioscuridad, con la cabeza inclinada, tan blanco, inmóvil y silencioso como una estatua. Aquella imagen sirvió de consuelo a Fritz, que sabía que el joven, aunque viviente, no era humano, pero también que en ese momento no había separación entre ellos.

Dijo en voz alta: «El mundo exterior es el mundo de las sombras. Proyecta sus sombras sobre el reino de la luz. ¡Qué diferentes se verán cuando esta oscuridad

desaparezca y el conjunto de sombras se extinga! El universo, al fin y al cabo, está dentro de nosotros. El camino conduce hacia el interior, siempre hacia el interior».

Cuando regresó a Kloster Gasse, con la intención de contarle a alguien lo que había visto, Sidonie le preguntó en seguida quién era aquel hombre con el que había estado hablando tan apasionadamente en el Wilde Mann (Gottfried los había visto).

—¡Ah, así que era el pobre pintor!

—¿Por qué pobre? —preguntó Fritz.

A Gottfried le había parecido que tenía lágrimas en los ojos.

—Bueno —preguntó Erasmus—, ¿ha pintado el retrato?

—No —dijo Fritz—, no ha tenido éxito. —Fritz había hecho todo lo posible por perdonar a Erasmus. Lo normal era que ya no discutieran acerca de Sophie, y Erasmus había terminado por considerar a su hermano un pagano impenitente.

—¿No hay ningún boceto tampoco? —preguntó Sidonie.

—Sí, unos cuantos —le dijo Fritz—. Pero son solo una especie de notas: unas cuantas líneas, unos mechones de pelo... Hoffmann dice que Sophie es imposible de dibujar. Lo que me molesta es lo de mi anillo, pues iba a llevar una versión en miniatura del retrato en su interior, cuando estuviera listo. Ahora habré de conformarme con esa espantosa miniatura.

—¿No puedes dejar en paz ese anillo? —preguntó der Bernhard, que acababa de llegar, sin hacer ruido, del colegio—. Siempre grabándolo y volviéndolo a grabar. Estaría mucho mejor sin nada.

—Tú no lo has visto —dijo Sidonie—. Ninguno de nosotros lo ha visto. —Sonrió a su hermano mayor—. Supongo que en realidad no te entristece nada pensar que tu Sophie es imposible de dibujar.

Sidonie estaba nerviosa, haciendo todo tipo de conjeturas acerca de Gottfried. Si le preguntaran algo más sobre el forastero del Wilde Mann, le resultaría imposible, al ser interrogado, no decirle la verdad al barón. En todo caso, Gottfried no sabía que el hombre al que había visto era un pintor, y Sidonie se tranquilizó también al pensar que su padre solo prestaba atención a un solo asunto a la vez. Últimamente, para consuelo de su madre, había vuelto a permitir la presencia del *Leipziger Zeitung* en la casa. De momento, estaba deseando escuchar qué había sacado en claro Fritz de su visita a las minas de sal de Artern, y luego deseaba discutir, o más bien dar su opinión, sobre Bonaparte, quien, en general, pensaba él, daba ciertos signos de competencia. Eso los mantendría ocupados por lo menos hasta el día siguiente.

Fritz recorrió los oscuros y gastados pasillos de la casa, desde donde se oían los cantos de los primeros himnos de la tarde a través de las puertas de las cocinas. Primero se dirigió adonde estaban su madre y el pequeño Christoph, delgado como una sombra debido a la fiebre.

—¿Te encuentras bien, Fritz? ¿Necesitas algo? ¿Eres feliz?

Le habría gustado pedirle que le diera algo, o que le contara algo, pero no se le ocurría nada. Su madre preguntó súbitamente:

—¿Le ocultas algo a tu padre?

Fritz le cogió la mano.

—¡Confía en mí, madre! Se lo contaré todo, es decir, todo lo que...

Con una energía desacostumbrada, su madre exclamó:

—¡No, por el amor de Dios, no hagas eso!

33

En Jena

Antes de empezar a trabajar en serio, pero habiéndose dado cuenta en Artern de lo que eso supondría cuando comenzase, Fritz fue a visitar a sus amigos de Jena. El *Gaul* podría recorrer los cincuenta kilómetros de distancia, aunque sin demasiado entusiasmo. Llevaba siglos sin ir a visitarlos, decía Caroline Schlegel.

—Esperamos oírle hablar, como solía hacer, antes de doblar la esquina de Grammatische Straße —dijo Dorothea Schlegel—, murmurando algo sobre el Absoluto.

Johann Wilhelm Ritter, invitado en su casa como de costumbre, le recordó que a Hardenberg no se le podía juzgar con criterios tradicionales, ni siquiera con los criterios tradicionales de Jena, donde se decía que quince de cada veinte habitantes eran catedráticos.

—Para él no hay una frontera real entre lo visible y lo invisible. Toda la existencia se diluye en un mito.

—Pero ese es el problema —lo interrumpió Caroline—. Solía decir que cada día el mundo se acercaba más al infinito. Y ahora, por lo que nos cuentan, se interesa por la extracción y el refinado de la sal y el carbón, que no pueden diluirse en un mito, por mucho que lo intente.

—El propio Goethe administró una mina de plata para el duque de Sajonia-Weimar —dijo su marido.

—Con escaso éxito. La mina de Goethe quebró. Sin embargo, creo que Hardenberg gestionará la suya con eficacia, y eso es lo que no puedo perdonarle. *Enfin*, se volverá completamente *merkantilistisch*. Se casará con la sobrina del Kreisamtmann y a su debido tiempo él mismo se convertirá en un Kreisamtmann.

—Me da lástima que no le importe convertirse en objeto de burla —dijo Ritter.

—Eso no se debe a su filosofía, o a su manía por la sal. Es porque tiene unas manos y unos pies tan grandes... —dijo Caroline—. Todos lo queremos.

—Lo queremos de verdad —dijo Dorothea.

En Jena, durante el otoño, los grupos de amigos paseaban por los pinares que hay sobre la ciudad, o por el Paraíso, nombre que recibe el camino de sirga a lo largo del Saale. En ocasiones, era posible ver a Goethe, que solía pasar los veranos aquí, paseando también por el Paraíso con las manos enlazadas a la espalda, soñando. Ahora contaba cuarenta y seis años de edad, y las Schlegel se referían a él como Su Antigua y Divina Majestad. A Goethe no le gustaba reunirse con demasiada gente a la vez. Cuando caminaba, los grupos de paseantes se disolvían hábilmente antes de que se viese obligado a encontrarse con ellos. Fritz se detuvo, pues no aspiraba a llamar la

atención de una persona tan importante.

—Y, sin embargo, tienes muchas cosas que decir —le dijo Caroline—. Podrías hablar, como joven, como poeta en ciernes, con alguien que parece casi indestructible.

—No tengo nada valioso que contarle.

—No importa —dijo Caroline—. Puedes hablar conmigo, Hardenberg. Háblame de la sal.

Las veladas musicales y las *conversazioni* de Jena estaban siempre abarrotadas, pero no todo el mundo decía cosas brillantes, si es que llegaban a decir algo. Algunos invitados se sentían incómodos porque, aun habiendo sido convocados, les parecía que la gente no recordaba sus nombres.

—¡Dietmahler!

—¡Hardenberg! Te reconocí en cuanto entraste en la sala.

—¿Cómo entro yo en una sala?

A Dietmahler no le parecía adecuado responder: «Sigues teniendo un aspecto ridículo, y todo el mundo se alegra de verte». Sentía, como una herida, la distancia irrecuperable entre los días de estudiante y el resto de la vida.

—¿Ya eres médico? —le preguntó Hardenberg.

—Aún no, pero pronto lo seré. Como ves, no me he alejado mucho de Jena. Cuando me licencie, no me irá tan mal. Mi madre aún vive, pero no tengo hermanos pequeños ni hermanas.

—*Gott sei Dank*, a mí me sobran —exclamó Fritz impulsivamente—. Ven a pasar una temporada a Weissenfels. Querido amigo, haznos una visita.

Fue aquel día cuando Dietmahler presencié la Gran Colada en Weissenfels y le dijo al barón von Hardenberg, con toda sinceridad, que no tenía la menor noticia de que su hijo estuviera liado con una joven de clase media ni con ninguna otra mujer.

La caseta del jardín

Erasmus, que le escribió desde Hubertusberg, era su único aliado. «Estoy dispuesto a resignarme, como ya te he explicado, a ocupar un lugar mucho menos importante en la vida de Fritz», le dijo, «al menos creo que estoy dispuesto de verdad a hacerlo. Pero no a que se nos lo lleve una niña avariciosa. Dado que Sophie von Kühn es una niña, no permanecerá constante, sino que cambiará de opinión. Y, sin embargo, tampoco esa idea me agrada».

Fritz regresó a Tennstedt y entró por la cocina, alegando que estaba demasiado sucio a causa del polvo del camino como para entrar por la puerta principal.

—¿Dónde está el Kreisamtmann? ¿Dónde está Frau Rahel?

«¿Qué importa dónde estén?», estuvo a punto de contestarle Karoline. «Has estado fuera durante tanto tiempo que ahora tienes la oportunidad de hablar con alguien que realmente te comprende. ¿No dijiste en una ocasión que éramos como dos relojes sincronizados?». Entonces añadió en voz alta:

—Están en la caseta del jardín. ¡Por fin está terminada!

—Tengo que verla —dijo Fritz. Se estaba lavando la cara y las manos bajo la bomba, pero cuando ella se puso el chal, Fritz añadió con gran ternura—: Querida Justen, no creas que he olvidado todo lo que hablamos no hace tanto tiempo. — Karoline creía que lo había olvidado todo o casi todo. Luego, mientras se secaba, repitió—: Justen, el corazón nunca suspira en vano —y ella no sabía muy bien si sentirse infeliz o no. En su boca había algo amargo, que sabía como las aguas de la muerte.

Karoline iba a estar veinte minutos a solas con él en el trayecto hasta el jardín, que se hallaba en una zona de las afueras llamada la Runde. Él le ofrecería el brazo. Pero por el camino tendrían que detenerse a charlar también con muchos vecinos y conocidos, todos los cuales dirían: «Ah, barón, de modo que ha vuelto de Jena». «Sí, de Jena». «Nos alegramos de que tenga buena salud, nos alegramos de que haya regresado». Muchas de estas personas se levantarían por la mañana en Tennstedt y se irían a la cama en el mismo lugar al cabo del día, tal vez unas dieciocho mil veces en total.

—Qué bonito es estar vivo —dijeron varios de ellos— con este tiempo tan hermoso.

La parcela de los Just era pequeña, y carecía de árboles, pero la habían comprado ya cultivada y tenía verduras, madreselvas y rosas. La caseta del jardín era del tipo habitual, de las que se podían encargarse a cualquiera de los dos maestros carpinteros de Tennstedt, y estaba hermosamente enmarcada con madera labrada. Su nombre era

bien visible: *Der Garten Eden*.

Los Just estaban sentados en medio de una nube de humo procedente de la pipa del Kreisamtmann, uno al lado del otro, en el banco nuevo de la nueva entrada. No había sitio para nadie más. Ello era parte del diseño tradicional de una casa de jardín. Contemplaban felizmente la Runde, medio asfixiados por la fragancia de las enredaderas, las madreselvas y el tabaco.

—¡Hola, bendita pareja! —gritó Fritz desde lejos.

Just, como él muy bien sabía, había estado entregado últimamente casi hasta el absurdo a los detalles del diseño y la construcción. Había llevado a Fritz a Artern, como parte de su aprendizaje, para que escuchase las distintas versiones de un enfrentamiento entre diversas hermandades de mineros. Pero, aunque le había dicho a Fritz que tomase notas detalladas, había vuelto con impaciencia a la cuestión de la colocación exacta del Vorbau, o porche, de la caseta del jardín. ¿Desde qué ángulo recibiría más luz por la mañana? El sol del atardecer, naturalmente, debía evitarse.

Incluso ahora, mientras Rahel le preguntaba por sus antiguos amigos de Jena (aunque, pensó Fritz, sin el punto de mordacidad que la caracterizaba), el Kreisamtmann volvió a referirse al asunto del *Vorbau*. Fritz siempre había pensado que Coelestin Just sabía lo que era la satisfacción, pero no la pasión, y por tanto podía considerársele un hombre feliz. Ahora se daba cuenta de su equivocación. Era la insatisfacción lo que, por fin, estaba haciendo feliz a Just. Aunque, a menos que se derribase y reconstruyese toda la caseta, nada podía hacerse ya con respecto al *Vorbau*; Just ya no quedaría satisfecho con él. No dejaría nunca de construirlo y reconstruirlo en su mente. El universo, al fin y al cabo, está dentro de nosotros.

Sophie está helada

De Sophie a Fritz:

«... tengo tos y estornudos, pero me encuentro bien cada vez que pienso en ti. Tu Sophie».

En el otoño de 1795, Fritz caminó trabajosamente hasta Grüningen y encontró a Sophie alegre y contenta. Estaba jugando con Günther, cuya experiencia de la vida debía de haber sido favorable hasta el momento, puesto que sonreía ante cualquier forma humana.

—Es mucho más fuerte que nuestro Christoph —dijo Fritz con pesar. Günther no hacía nada a medias. Se le había contagiado la tos del resto de la familia, pero la reservaba para la noche, cuando resonaba, como el ladrido de un gran perro, por todos los pasillos.

—Sí, nos sonríe y nos tose a todos por igual —dijo Fritz—, y, sin embargo, me halaga tanto cuando me llega el turno. Cuánto más agradable es engañarse a uno mismo.

—Hardenberg, ¿por qué no me has escrito? —preguntó Sophie.

—Queridísima Söphgen, te escribí todos los días de esta semana. El lunes te escribí para explicarte que, si bien Dios creó el mundo, este no tiene existencia real hasta que lo aprehendemos.

—De modo que todo este desorden impío es obra nuestra —dijo la Mandelsloh—. ¡Menudas cosas le dices a una jovencita!

—Las cosas del cuerpo no son obra nuestra —dijo Sophie—. Me duele el costado izquierdo, y eso no es obra mía.

—Bien, compartamos nuestras quejas —dijo Fritz, pero la Mandelsloh declaró que ella siempre se encontraba bien.

—¿No lo sabías? Todo el mundo dice que yo nací para estar siempre sana. Mi marido está completamente seguro de ello, al igual que el resto de la familia.

—¿Por qué no viniste antes, Hardenburch? —preguntó Sophie.

—Ahora tengo mucho trabajo —le dijo Fritz—. Si vamos a casarnos, tengo que aplicarme. Me quedo leyendo hasta altas horas de la noche.

—Pero ¿para qué lees tanto? Ya no eres un estudiante.

—Si fuera un estudiante no leería —dijo la Mandelsloh—. Los estudiantes no leen: beben.

—¿Y por qué beben? —preguntó Sophie.

—Porque desean conocer toda la verdad —dijo Fritz—, y eso les desespera.

Günther, que estaba medio dormido, se despertó y comenzó a lloriquear.

—¿Qué les costaría conocer toda la verdad? —preguntó Sophie.

—Ni se lo imaginan —dijo Fritz—, pero saben que pueden emborracharse por tres Groschen.

Tiene trece años, y tendrá catorce, quince, dieciséis... Lleva su tiempo. Se diría que Dios ha parado su reloj.

Pero está helada, completamente helada.

El doctor Hofrat Ebbhard

En Grüningen, cuando Fritz se hubo ido, la Mandelsloh preguntó por qué había mencionado Sophie el dolor en el costado.

—Me prometiste que no se lo diríamos a nadie.

—Él no lo sabrá.

—¿Entonces por qué lo mencionaste?

—Simplemente por el placer de comentarlo mientras él estaba aquí. No se dio cuenta, Frieke; me reí y entonces no se dio cuenta.

El dolor no había remitido a comienzos de noviembre. Era la primera enfermedad grave de Sophie; su primera enfermedad, en realidad. Al principio pensaron que era mejor no decírselo a Fritz, pero el 14 de noviembre, cuando este regresó al mediodía a casa de los Just, la criada Christel, al llevarle el café, le dijo que había llegado un mensajero preguntando por él. El mensajero venía de Grüningen. Los sentimientos de Christel eran confusos, pues ella deseaba que el barón permaneciese en la casa a toda costa. Fritz había venido a vivir con ellos, y lo consideraba parte de la casa, incluso parte de ella.

«Al principio no me asusté mucho», le dijo a Karl en una carta, «pero cuando me enteré de que estaba enferma —mi Filosofía estaba enferma—, se lo conté a Just (acabábamos de comenzar la contabilidad del año) y sin más dilación partí para Grüningen».

—¿Qué le voy a decir a Fräulein Karoline? —había preguntado Christel—. Ha ido al mercado.

—Dile lo que me dijiste a mí; se sentirá exactamente igual que yo —le respondió.

El dolor de Sophie era el primer síntoma de un tumor tuberculoso en la cadera. Ese tipo de dolor puede desaparecer, se dice, por sí solo. El médico, Hofrat Friedrich Ebbhard, confiaba tanto en esa posibilidad como en la experiencia. No había tenido la oportunidad de aprender nada acerca del brownismo.

En sus *Elementae Medicinae*, Brown presenta una «tabla de excitabilidad para los trastornos mayores», cuyo correcto equilibrio coincide con el número 40. La tisis, primera fase de la tuberculosis ósea, aparece en su tabla muy por debajo del número 40. Brown, por tanto, en los casos de tisis, consideraría que la voluntad de sobrevivir debería ir acompañada de descargas eléctricas, alcohol, alcanfor y sopas nutritivas.

Ebbhard no conocía ninguno de estos datos, pero no erró en su diagnóstico, lo cual no era de extrañar, pues el veinte por ciento de sus pacientes moría de tuberculosis. Fräulein von Kühn era joven, pero en estos casos la juventud no era siempre una ventaja para el paciente. Ebbhard no había tenido ocasión de escuchar la introducción

de *La flor azul*, pero, si la hubiera tenido, habría dado en seguida una opinión sobre su significado.

¿Qué es el dolor?

La tos de Sophie pronto dejó a Günther en segundo plano. Salía con un movimiento convulsivo y sonoro que le recordaba al de la risa, de modo que le habría costado mucho no reírse si no fuera por el dolor.

¿Qué sucedería si no existiera el dolor? Cuando eran todos pequeños en Grüningen, Friederike, que aún no era la Mandelsloh pero ya estaba al mando, solía reunirlos después de la misa de la tarde para contarles una historia piadosa.

«Había una vez un comerciante honrado», decía, «que, a diferencia de todos nosotros, no sentía el dolor. No lo había sentido nunca, de manera que cuando enfermó al cumplir los cuarenta y cinco años, no tenía la menor idea de que estaba enfermo y no se le ocurrió llamar al médico; hasta que una noche oyó cómo se abría la puerta de su habitación, se incorporó en la cama y vio, bajo el resplandor de la luna, que un desconocido entraba en su dormitorio... Y ese desconocido era la Muerte».

Sophie había sido incapaz de entender el significado de la historia.

—Qué suerte tuvo, Frieke.

—Todo lo contrario —le replicó—. El dolor le habría avisado de que estaba enfermo, pero de ese modo no tuvo aviso alguno.

—No necesitamos que nos avisen —le dijo la niña—. Queremos afrontar los problemas tal como vienen.

—Pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre su vida ni para arrepentirse.

—El arrepentimiento es cosa de viejas y de pánfilos —gritó George.

—George, eres inaguantable —dijo Friederike—. Deberían azotarte en el colegio.

—Ya me azotan en el colegio.

El Hofrat recomendó la aplicación de cataplasmas de linaza en la cadera de Sophie, pero escaldaban tanto que le dejaban marcas en la piel. La linaza olía a bosque, a muebles, a las botas lubricadas del guarda nocturno —que le fueron entregadas especialmente por los concejales porque tenía que patrullar la zona hiciese el tiempo que hiciese—, a pino y a picea. Sin lugar a dudas, Sophie comenzó a mejorar.

«*Liebster, bester Freund*», le escribió Rockenthien a Fritz. Y a continuación: «¿Cómo te encuentras? Aquí sigue todo igual. Söphgen baila, brinca, canta, pide que la lleven a la feria de Greussen, come como una mula, duerme como un lirón, camina erguida como una estaca, ha dejado de tomar el suero y las medicinas, ha de tomar dos baños al día por prescripción facultativa y se siente más feliz que un pez en el agua».

«A veces me gustaría ser el Hausherr», le escribió Fritz a Karl desde Tennstedt; «para él, el mundo no es un problema y, sin embargo, en esta ocasión lo que dice es verdad. Mi querida e idolatrada Filosofía pasó noches de insomnio, tuvo fiebres altísimas, le practicaron dos sangrías y estaba tan débil que no se podía mover. El Hofrat —que, por cierto, a lo mejor es un inepto— habló de una inflamación del hígado. Y ahora, desde el 20 de noviembre, nos dicen, y de hecho podemos verlo con nuestros propios ojos, que el peligro ha pasado». Le pidió a Karl que enviase a Grüningen, por medio de un mensajero fiable, doscientas ostras —como exquisitez para la convaleciente—, y a Tennstedt, los calzones de invierno de Fritz, sus medias de lana, sus bufandas, tela para una casaca verde, cachemir blanco para un chaleco y unos calzones, un sombrero y las charreteras doradas de Karl. Más adelante explicaría por qué necesitaba todas esas cosas, e iría a Weissenfels y arreglaría cuentas mientras der Alte estaba reunido con sus viejos amigos, como sucedía una vez al año, en la feria de Dresde.

Karoline en Grüningen

Hasta Tennstedt tenía su propia feria, cuya especialidad era el *Kesselfleisch*: orejas, morro y tiras de grasa del cuello del cerdo, todo ello hervido en aguardiente de menta. Unas grandes ollas de hierro dispersaban el olor del cerdo y de la menta. Sonaba una especie de música, y los vendedores ambulantes que habían llegado de toda la región bailaban para combatir el frío. Karoline estaba acostumbrada a acudir a la feria con su tío, luego con su tío y su tía política, y este año volvía a ser así. Seguía siendo una joven atractiva; ¡qué lástima que no tuviese un prometido que la invitase a comer morro de cerdo!

Su tío dijo:

—Seguro que te apetece ir al Schloß Grüningen para darles la enhorabuena por la mejoría de su hija. ¿Por qué no vienes conmigo la semana que viene, puesto que tengo que ver a Rockenthien por asuntos de negocios?

Karoline nunca le había preguntado, ni le preguntó en ese momento, qué opinaba del compromiso de Hardenberg, aunque sin duda tenía conocimiento de él, ni qué le parecía el hecho de que se mantuviese al barón tan alejado de todo ese asunto. Karoline estaba segura de que debía de resultarle doloroso ocultarle algo a su viejo amigo, y en este caso el barón le había confiado, al fin y al cabo, la instrucción de su hijo mayor. Pero también sabía que su tío, como la mayoría de los hombres, pensaba que lo que no había sido expresado con palabras ni expuesto por escrito no tenía demasiada importancia.

Para su visita a los Rockenthien, Coelestin había alquilado un caballo y un cabriolé. Interrumpieron el viaje en Gebesee, cuya casa solariega pertenecía, le dijo a Karoline, a la familia von Oldershausen, la familia de la primera mujer del barón, muerta hacía ya mucho tiempo.

—Ahora la propiedad está en ruinas. No han tenido suerte.

En El Niño Negro mandó comprar aguardiente, y observó a su sobrina con atención por primera vez desde hacía meses, porque, aunque la seguía queriendo tanto como siempre, su salud y bienestar quedaban ahora en manos de Rahel. Pensó que debería, tal vez, sentir pena por algo.

—Querida, debes de estar un poco harta de oír hablar de mi jardín y de mi caseta.

Karoline sonrió. Así que ese no era el problema, pensó Just. A cada edad las mujeres tenían problemas diferentes, pero siempre les ocurría algo.

—Quería decirte que hace unas semanas, en Treffurt, vi a tu primo Carl August. Le devolvió la misma sonrisa.

—Y mi hermana, tu tía Luisa, y yo...

—Pensasteis que nosotros dos podíamos hacer una buena pareja. Pero hace años que no veo a Carl August, y además es más joven que yo.

—Nadie lo diría, Karolinchen. Siempre estás bastante pálida, pero...

Karoline echó un poco de agua caliente y un azucarillo en su vaso.

—No hagas planes respecto a mí con la tía Luisa, tío. Espera hasta que se desvanezca toda esperanza, hasta que el océano embravecido de la juventud ruja a mis espaldas.

—¿Eso es de alguna poesía? —preguntó Just.

—Sí, de una. A decir verdad, no me gusta mi primo.

—Cariño, acabas de decir que hace tiempo que no lo ves. Creo poder decir exactamente cuándo lo viste por última vez.

En uno de los bolsillos interiores de su abrigo, Just guardaba un diario, escrito con letra diminuta, de los últimos cinco años, y comenzó a dar golpecitos en el exterior del bolsillo, como esperando que el diario le respondiese.

—Mi primo era muy irritante entonces, y supongo que lo seguirá siendo ahora —prosiguió Karoline—. Seguro que se enorgullece de su constancia.

—No debes mostrarte demasiado dura, Karoline —dijo su tío, con cierto dolor, y ella pensó que Just estaba siendo un poco más sincero de lo que pretendía, y que no debería hacerle pensar que había herido sus sentimientos. Pero no resultaba difícil distraer su atención.

—Supongo que Hardenberg me ha malacostumbrado —dijo Karoline—. Me imagino que el trato con un poeta me ha trastornado la cabeza.

Al llegar al Schloß Grüningen se sintió aliviada al comprobar que Rockenthien ya se había retirado a su despacho, adonde lo acompañó el Kreisamtmann. Karoline presentó sus respetos a la apacible señora de la casa y admiró a Günther, a quien había enviado un mordedor de marfil, junto con una bombonera de porcelana para Sophie, mazapán y *Pfefferkuchen* para Mimi y Rudi, y un par de liebres para los criados.

—Eres una chica buena y generosa —dijo Frau Rockenthien—. Tu inquilino, Hardenberg, está aquí, así como su hermano Erasmus. A veces trae a uno de sus hermanos con él.

El corazón de Karoline pareció abrirse y cerrarse.

—Espero que Hardenberg regrese con nosotros a Tennstedt esta tarde —dijo.

—Ach, bueno, ahora están en el cuarto del desayuno. Todos son bien recibidos, no importa quién venga —dijo Frau Rockenthien, y, en realidad, a ella no le importaba—. Lo que no entiendo es por qué Hardenberg ha enviado tantas ostras. ¿Te gustan las ostras, querida? Se estropean en seguida.

El cuarto del desayuno. Allí estaban Hardenberg, Erasmus, Friederike Mandelsloh y George, intentando, aparentemente por primera vez, tocar la flauta; un grupo de perritos, y Sophie, vestida con un traje de color rosa claro. Cuando Karoline la vio por última vez, consideró que era una niña pequeña, y seguía considerándola

una niña pequeña. Todas las noches rezaba para que le fuera concedida la posibilidad de no tener hijos, aunque, tal vez, no pensara en hijos como Sophie.

Hardenberg estaba sentado junto a su Filosofía, con sus grandes pies metidos debajo de la silla. Erasmus se acercó en seguida a Karoline, entusiasmado, pues no esperaba encontrársela allí. Sophie estaba realmente emocionada con su caja de bombones; de ahora en adelante iba a dejar de mascar tabaco por completo: solo tomaría bombones.

—Te producirán un cólico —dijo la Mandelsloh.

—*Ach*, ya tengo un cólico. Le digo a Hardenburch que tiene que llamarme su pequeña charlatana.

Karoline se volvió a Erasmus, como si se tratara de otro superviviente de un naufragio. «Esto es todo lo que necesito», pensó, «un momento con alguien que se siente como yo» y Erasmus tomó la mano de Karoline en la suya y, cuando parecía que iba a decir algo, se volvió hacia Sophie con una sonrisa indulgente, casi involuntaria, como la de un borracho.

Karoline se dio cuenta de que Erasmus también se había enamorado de Sophie von Kühn.

39

La disputa

En la poesía que compuso para su decimotercer cumpleaños, Fritz escribió que apenas podía imaginar que hubiera habido un tiempo en el que no conocía a Sophie y en el que él era «el hombre de antaño», despreocupado, irresponsable, etcétera. El hombre de antaño había tomado, definitivamente, el buen camino.

—Pero se ha portado horriblemente mal conmigo —le dijo Sophie a la Mandelsloh—. Hemos reñido, se acabó todo.

Aquello era tremendamente injusto porque Sophie había provocado esa primera riña siguiendo los consejos de su amiga Jette Goldacker, quien le metió en la cabeza que era necesario que riñese con Hardenberg. Eso era lo que hacían los enamorados, le había dicho la Goldacker, para que luego los lazos entre ellos fueran más fuertes. Pero ¿sobre qué podemos discutir?, se preguntaba Sophie. Sobre cualquier nimiedad, cuanto más insignificante mejor. Cuando llevaban charlando media hora, quizá un poco menos, su Hardenberg se puso en pie como si algo lo inquietara poderosamente:

—Sophie, tienes trece años. ¿Cómo ha sido tu vida hasta ahora? El primer año supongo que lo pasarías sonriendo y mamando, como el pequeño Günther. Durante el segundo año, como las niñas son más espabiladas que los niños, aprenderías a hablar. ¿Cuáles fueron tus primeras palabras?: «¡Quiero!». A los tres años te volviste más glotona y te bebías el vino dulce que quedaba en los vasos de los mayores. A los cuatro años empezaste a reír y, al encontrarlo agradable, te reías de todo y de todos. Cuando cumpliste los cinco empezaron a intentar educarte. A los once, sin haber aprendido nada, descubriste que te habías convertido en una mujer. Estarías asustada, supongo, y acudiste a tu bondadosa madre, quien te dijo que no te preocupases. Luego te diste cuenta de que esas provocadoras miradas tuyas te excusaban de pensar, y mucho menos de decir, nada con sentido. Y ahora, naturalmente, estás llorando, de pura sensibilidad, supongo. Veamos cuánto tiempo eres capaz de llorar, mi Filosofía...

Había sido un maleducado, se lamentaba Sophie entre lágrimas. Era lo que le decían a ella cuando hacía algo malo, el reproche más duro que conocía. Fritz replicó que él había estudiado en las universidades de Jena, Leipzig y Wittenberg, y que sabía más de modales que una cría de trece años.

—¡Una cría de trece años, Frieke! ¿Te lo puedes creer, te cabe en la cabeza?

—¿Qué razones te dio él?

—Dijo que yo era un fastidio para él.

En las siguientes cartas a Sophie, Fritz dijo que su comportamiento había sido imperdonable y que era un ignorante, un ingrato, un insolente, un maleducado, un

impertinente y un depravado.

La Mandelsloh le aconsejó que lo olvidase.

—Fuese cual fuese la causa del problema, Sophie ya lo había olvidado.

—No hubo ninguna causa —le dijo Fritz.

—Eso complica las cosas, pero, aun así, ella lo ha olvidado todo.

Fritz le envió una petición al príncipe Federico Augusto III, en Dresde, para solicitar el puesto de inspector de las minas de sal del electorado de Sajonia.

Como se dirige una mina de sal

Fritz seguía encargándose de redactar las actas y aprender lo que podía, en silencio, durante las reuniones de la junta directiva, que se celebraban en las oficinas de la sal en Weissenfels. El barón von Hardenberg presidía las reuniones, asistido por el director Heun y el inspector Senf. A der Bernhard le encantaba el nombre de este último —inspector «mostaza» de las minas de sal— y él era el único, aunque fuera de dominio público, que hablaba abiertamente del desgraciado episodio por el que, como consecuencia de una serie de licencias de obras falsas y de cobros indebidos, Senf había sido condenado a dos años de cárcel, reducidos posteriormente a ocho semanas de arresto menor.

—Es una pena —dijo der Bernhard—. Podríamos haber hablado con él del asunto. Habría sido interesante saber lo que es estar a pan y agua.

—Puedes realizar el experimento aquí mismo cuando quieras —dijo Sidonie.

El carácter de Heun era muy distinto del de Senf. Siendo solo unos pocos años mayor que sus dos colegas, parecía de otra época, y se llamaba a sí mismo «el viejo Heun, el archivo viviente de las minas de sal». Vestido con su largo abrigo de tosco paño, del que el polvo parecía formar parte, semejaba uno de esos espíritus de las cuevas y túneles del interior de la tierra que solo abandonan su guarida a regañadientes y con malos presagios. Esa impresión era causada quizá por la palidez de su rostro y por su constante pestañeo y crujir de dientes. «A lo mejor el archivo viviente tiene un poco de reuma». Heun, si se le daba tiempo, era capaz de responder a cualquier cuestión. Solo consultaba los libros de contabilidad para comprobar que confirmaban los detalles y las cantidades que él había facilitado. «No osarían llevarle la contraria», pensó Fritz.

Senf, por otra parte, ardía con la energía anulada de un hombre muy inteligente que, debido a un error de cálculo, probablemente nunca podría volver a aprovechar su inteligencia. En determinadas fechas, cualquier persona vinculada a las minas de sal podía sugerir mejoras por escrito. Mediante un elaborado proyecto, al que esperaba que su nombre se viera algún día vinculado, Senf había propuesto que ya no se evaporase la sal de Turingia y de Sajonia en pailas de hierro sobre fuego de leña a ochenta grados centígrados, sino que se sometiese exclusivamente al calor del sol. Se necesitarían muchos menos trabajadores, y estos no tendrían que vivir en las inmediaciones de las minas. Desestimados sus proyectos de energía solar, Senf presentó una nueva propuesta para duplicar el número de ruedas de las poleas que sacaban el agua salada a la superficie. «Cuando el director, el barón von Hardenberg, estudió este proyecto», escribió Fritz en el acta, «su comentario fue: *Quod fieri potest*

per pauca, non debet fieri per plura (Arréglatelas con lo mínimo posible)». El inspector Senf replicó cordialmente que aquel no era el camino correcto y que todas esas absurdas economías generaban solo inercia y estancamiento. En cualquier caso, con la llegada del siglo XIX —época en la que, como Kant había anunciado, los hombres habrían aprendido por fin a gobernarse a sí mismos—, las poleas y las ruedas de cabillas probablemente ya no tendrían ninguna utilidad. El director Heun señaló que, en ese caso, no tenía sentido seguir discutiendo sobre ellas. El inspector Senf dijo que estaba obligado a aceptar las decisiones del director, pero que no podía compartirlas.

—Me he esforzado en cumplir todo lo que me pediste —le dijo Fritz a su padre—, y me esforzaré aún más en el futuro. Pero no puedes pedirme que en unos meses me ponga a la altura del viejo Heun.

—Por desgracia, ni puedo pedírtelo ni te lo pido —dijo el barón—. Aunque tengas una larga vida, no creo que llegues a parecerte a Wilhelm Heun.

Antes, cuando cabalgaba campo a través, Fritz admiraba las viejas montañas. Ahora se fijaba en las estribaciones y las formaciones carboníferas como un explorador en busca de cobre, plata y lignito. Pretendía ser un ingeniero de campo y descendía siempre que le era posible a los pozos de los *Bergwerke*, vestido con tabardo y calzones de minero.

—A tu hijo le gustaría vivir bajo tierra —le dijo Just al barón—. Solo a regañadientes sale a la luz del día... Le aconsejé, como es natural, que no les diera la mano a los mineros, pues estos lo tomarían como una mala señal. Ese consejo no le agradó lo más mínimo.

Fritz rellenaba folio tras folio con proyectos para descubrir nuevas capas de lignito y mejorar la supervisión de los hornos de tejas y de las caleras, con informes meteorológicos que pudieran contribuir a perfeccionar el refinado de la salmuera, y con notas sobre los aspectos legales de la manufactura de la sal. Pero Fritz también se veía a sí mismo como un geognosta, un científico de la naturaleza que, tal como lo expresaba él, había llegado «a una tierra virgen y a unas estrellas oscuras». La minería, para él, no era una ciencia sino un arte. ¿Podía alguien que no fuese un artista, un poeta, comprender la relación entre las rocas y las constelaciones? Las cordilleras y las estribaciones con su carga de metales preciosos, carbón y sal gema eran tal vez los vestigios de los antiguos caminos abiertos por las estrellas y planetas que visitaron esta tierra.

«Lo que ha sido, volverá a ser», escribió. «¿En qué momento de la historia volverán a estar entre nosotros?».

Karoline escuchaba pacientemente todo lo que Fritz había aprendido y necesitaba comunicar a otra inteligencia. Ella seguía cosiendo mientras Fritz releía la *Continuación del informe sobre la adquisición de terrenos carboníferos en Mertendorf*.

—Cuando se comprueben estos datos, no habrá la menor duda respecto al futuro

plan de adquisición, en virtud del cual nos damos perfecta cuenta de que los campesinos, con toda probabilidad, exigirán cantidades mucho más elevadas que las antiguas...

—Por supuesto que sí —dijo Karoline—, pero ¿cuándo has redactado ese informe?

—No lo he redactado yo, tiene ya algún tiempo. Practico haciendo informes sobre informes. Eso, al fin y al cabo, es lo que me enseñó a hacer tu tío.

—Tú has sido su mejor alumno. De hecho, no creo que quiera volver a tener otro.

—Y, sin embargo, creo que mi padre todavía no me toma en serio.

—Tú no lo tomas en serio a él —dijo Karoline.

—Mi padre es quien tiene que presentar la solicitud ante la administración para poder optar a un puesto remunerado. Al principio podría ganar unos cuatrocientos táleros. —Karoline hizo una pausa para volver a enhebrar la aguja—. Justen, ¿cuántas veces habrás intentando calcular si tú o él podríais mantener la casa con una determinada cantidad de dinero!

Karoline se dio cuenta de que la imaginación de Fritz iba muy por delante de la suya, y de que la cruel separación entre ella y el Indeseado se había convertido en una cuestión de dinero. El Indeseado, evidentemente, no tenía un puesto remunerado. Eso le molestaba. La quimera, por mucho que se hubiese arrepentido de ella desde el primer momento, seguía siendo suya. Ella había creado, aunque no hubiera sido su intención, al Indeseado, y deploraba que hubiera resultado un fracaso (pues debía de tener más de treinta años) y que no la pudiera mantener. Tenía la sensación de haberlo desairado. Tenía ganas de desconcertar a Hardenberg.

Habitualmente, eso era bastante fácil. Karoline le dijo, sinceramente, que, aunque le deseaba todo lo mejor, desde el fondo de su corazón, tenía ciertas dudas sobre la profesión que iba a ejercer. Erasmus iba a ser un funcionario forestal si terminaba sus estudios en San Hubertusberg. Karl y Anton iban a ser militares, y sobre eso nada sabía y nada podía opinar, pero la minería, la extracción de minerales y sales del interior de la tierra... Bueno, ella había estado en más de una ocasión en las refinerías de sal de Halle y Artern, y había visto, y oído, el humo amarillento procedente de las azoguerías próximas a Freiberg, y no podía dejar de pensar en ellas como una ofensa contra la naturaleza, la cual sería incapaz de crear algo tan feo.

—Cuántas veces, Hardenberg, habremos hablado de la Naturaleza. El miércoles por la tarde, sin ir más lejos, decías que, aunque la industria y la cultura humanas se desarrollen, la Naturaleza sigue siendo la misma y que nuestra primera obligación consiste en averiguar qué exige de nosotros. —Corriendo un riesgo al que nunca había querido exponerse, prosiguió—: Mencionaste a Sophie como si se tratase de la misma Naturaleza.

Karoline cerró los ojos como queriendo no ver el efecto de sus palabras.

—No, Justen, no lo has entendido. La minería no es una violación de los secretos de la naturaleza, sino su liberación. Imagínate que en las minas te aproximas a los

hijos primordiales de la Madre Tierra, a la vida inmemorial, recluida en el suelo bajo tus pies. Yo he imaginado este proceso como un encuentro con el Rey de los Metales, que aguarda bajo la superficie, esperando oír el sonido de los picos, mientras el minero hace tremendos esfuerzos por sacarlo a la luz del día. ¡Una liberación, Justen! ¿Qué sentirá el Rey de los Metales cuando sus ojos vean por primera vez la luz del sol?

Karoline estuvo a punto de decirle: «¿Has expuesto todas esas ideas a la junta directiva?», pero no tuvo ánimos para formular la pregunta. Reconoció la voz con la que Fritz había leído la introducción de *La flor azul*. Entretanto, Fritz abrió otra carpeta y sacó otra hoja escrita con su fina letra ganchuda, otro informe sobre un informe, un sumario en esta ocasión, en forma de tabla, sobre los puntos de ebullición de la sal de cocina y de los fertilizantes salinos.

Sophie a los catorce años

Dos días antes del decimocuarto cumpleaños de Sophie, el 15 de marzo de 1796, es decir, el aniversario de su compromiso —todavía no discutido con su padre—, Fritz acudió al joyero de Tennstedt para que hiciese una nueva modificación en el anillo. Debía incluir un diminuto retrato de Sophie, le explicó al joyero, tomado de la miniatura que no le gustaba a nadie: eso era inevitable. Su expresión sobresaltada y ansiosa estaba por fin allí, así como su mezcla de oscuridad y nitidez. En el reverso, le dijo al joyero que grabara las siguientes palabras: *Sophie sey mein Schuz Geist*, Sophie, sé mi espíritu guardián. En su poesía de cumpleaños escribió:

Encontré lo que buscaba:
lo que encontré me buscó.

En junio de 1796, Fritz escribió a su padre y a su madre.

Querido padre:

No sin gran desasosiego, te envió esta carta que desde hace tanto tiempo deseaba escribirte, sin atreverme a ello. Hace mucho que te la habría enviado si no hubiera surgido una serie de circunstancias desfavorables. Todas mis esperanzas dependen de tu cariño y comprensión. No hay nada turbio en mi corazón, pero se trata de una cuestión en la que padres e hijos no suelen entenderse. Sé que siempre quieres ser guía y amigo de tus hijos, pero tú eres un padre, y con frecuencia el amor paterno va en contra de las inclinaciones filiales.

He elegido a una mujer. Tiene pocas riquezas y, aunque está a la altura de la nobleza, no es de antiguo linaje. Se trata de Fräulein von Kühn. Sus padres, de los cuales la madre es la dueña de todas las propiedades, viven en Grüningen. La conocí en una visita de trabajo a la casa de su padrastro. Me agrada la amistad y la confianza de toda la familia. Pero el sí de Sophie estuvo en el aire durante mucho tiempo.

Hace mucho que habría buscado tu consejo y consentimiento, pero a comienzos de noviembre Sophie cayó gravemente enferma y aún ahora sigue recuperándose lentamente. Tú puedes devolverme la paz. Te pido que des el visto bueno a mi elección.

A ser posible de palabra. De ti depende que esta sea la época más feliz de

mi vida. Ciertamente, esta unión reducirá mi esfera de actividad, pero confío en el esfuerzo, la voluntad y el ahorro, así como en la inteligencia y en la buena gestión de Sophie. No ha sido educada ostentosamente (se contenta con poco), y yo solo necesito lo que necesita ella. Dios bendiga este momento tan importante, arduo e inquietador. Siempre es bueno expresar lo que uno lleva dentro, pero tú puedes hacerme feliz con tu simple consentimiento.

Fritz

Querida madre:

Te espero el miércoles a las nueve de la noche dentro de dos semanas, a solas en nuestro jardín de Weissenfels. No necesito pedirte más, pues conozco la bondad de tu corazón.

Fritz

Es cierto que Hofrat Ebhard no sabía qué hacer a continuación, pero estaba acostumbrado a aquellas situaciones. Le extrañaba que en el Schloß Grüningen su paciente tuviera tanta compañía, tanta agitación, tantos perritos y pajarillos enjaulados, tantas visitas del incansable hablador Hardenberg. La envió durante unos días a Weissensee, una casa de reposo en la que él mismo tenía participación. Por desgracia, el lugar era más húmedo y menos aireado que el Schloß Grüningen. «La casa está desierta», se quejó Rockenthien, pues también George, que se estaba haciendo un hombrecillo, iba a marcharse a estudiar a Leipzig. Solo quedarían veintiséis personas en casa. Arrinconó sus preocupaciones en el fondo de su mente como se guarda una ratonera en un armario cuando ya no se necesita.

—Y bien, ¿qué dice el barón? —preguntó la Mandelsloh.

—Le escribí una carta —dijo Fritz—, y también a mi madre, y les expliqué que...

—... lo que sin duda ya sabían. Una vez me dijiste que incluso cuando tu amigo de Jena, el médico Dietmahler, pasó unos días en vuestra casa, tu padre le hizo preguntas al respecto. Quizá cuando reciba tu carta lo único que ignore es el nombre de Söphgen.

—Quisiera preguntarte algo —dijo Fritz con urgencia—. Hablemos francamente. Imagínate que mi padre no me da su autorización. Imagínate que intenta separarme de mi Filosofía, de la sangre de mis venas. Tú, como vives en este paraíso, no debes de saber lo que es la injusticia.

—Sé lo que es estar separada —dijo la Mandelsloh.

—Mi padre ha estado casado dos veces. Tengo veinticuatro años y en el electorado de Sajonia no hay ninguna ley que se pueda invocar contra mí si me caso sin su consentimiento, del mismo modo que tampoco se podría invocar ninguna ley contra mi Sophie una vez haya cumplido los catorce años. ¿Se vendría conmigo,

Friederike? ¿Crees que desafiaría al mundo y renunciaría a todo con tal de estar a mi lado?

—¿De qué viviríais?

—Yo ganaría lo suficiente como soldado, como copista, como periodista, como vigilante nocturno.

—Todos estos trabajos le están vedados a la nobleza.

—Con un nombre falso...

—... y, me imagino, en otro país, si conseguís la documentación... ¿No te gustaría ir al sur?

—Ah, Frieke, el sur, ¿lo conoces?

—Ni por asomo —dijo la Mandelsloh—, ¿quién me iba a llevar hasta allí? Tendré que esperar a que el regimiento sea destinado al lugar donde florecen los limoneros.

—Sí, pero no me has contestado.

—Pretendes que abandone su hogar, donde están todos sus recuerdos... ¡Por el amor de Dios...!

—Entonces, ¿no crees que tenga valor para ello?

—El valor, cuando no sabes a lo que te enfrentas, es peor que la ignorancia.

—¡Traición, Frieke! El valor es mucho más que la resistencia o el aguante, es el poder de crear tu propia vida a pesar de todo lo que los hombres o Dios te puedan imponer, de manera que todos los días y todas las noches sean como tú las quieras imaginar. El valor nos convierte en soñadores, en poetas.

—Pero no convertiría a Söphgen en una buena ama de casa —dijo la Mandelsloh.

Fritz desoyó esto último y repitió con vehemencia:

—¿Se vendría conmigo? ¿Sería capaz de renunciar a esto? Mi amor lo haría todo más fácil... ¿Vendría conmigo?

—Que Dios me perdone, pero me temo que sí.

—¿De qué tienes miedo?

—Te prohíbo que se lo preguntes.

—Me prohíbes...

—... si no soy yo, será otra persona.

—¿Quién?

—¿Es posible que no lo sepas?

La baronesa en el jardín

El barón von Hardenberg escribió al Kreisamtmann Just:

¿Quién era ese von Kühn, el verdadero padre de la tal Sophie? Me dicen que es el hijo de Wilhelm Kühn, que adquirió en 1743, digamos hace cincuenta años, el derecho de propiedad de Grüningen y Nieder-Topfstedt, y posteriormente se las compuso para obtener una patente de nobleza. Más tarde, su hijo, el padre de esta Sophie, se instala en Grüningen. Su primera mujer se llama Schmidt, y muere. La viuda se une a un tal capitán Rockenthien, del regimiento del príncipe de Schwarzburg, creo, convirtiéndose así en el señor de Grüningen y Nieder-Topfstedt. No creo que Rockenthien se haya atrevido de momento a solicitar una patente de nobleza.

El Kreisamtmann Just respondió al barón von Hardenberg:

Solo puedo repetir lo que ya he dicho antes, que le he enseñado a tu hijo todo lo que necesita saber para su oficio, y que las charlas con él me han abierto también nuevos horizontes.

Del barón von Hardenberg al Kreisamtmann Just:

Otea los horizontes que te plazca, pero, en nombre de Dios, ¿por qué lo llevaste a casa de los Rockenthien?

Llevó la carta de Fritz a Leipzig y se reunió con sus viejos amigos en el club reservado para la nobleza, donde hacía un calor sofocante en verano, pues los socios prohibían a los camareros que abriesen las empañadas ventanas que daban a la calle. Allí consultó con sus amigos cómo responder a su hijo mayor. Cogió por banda al viejo conde Julius von Schweinitz y al marqués von Loeben y les preguntó qué harían ellos si sus hijos mayores se empeñaran en casarse con la hija de un tendero. Su mente, quizá, comenzaba a ceder un poco.

Fritz le había pedido a su madre que se reuniese con él en el jardín con la simple intención de que no los viese su padre, sin caer en la cuenta de que aquello era una acción extraordinaria para ella. Auguste prácticamente no salía de casa: nunca sola, nunca de noche y, por supuesto, nunca sin el consentimiento del barón. Cuando le dijo a su doncella que sacase el chal negro porque iba a salir sola al jardín, aquella comenzó a rezar. No obstante, cuando la baronesa hubo bajado las escaleras traseras,

la alarma había corrido entre todos los criados que se encontraban en la cocina y en el patio. Al pie de los escalones que conducían a la parte superior del jardín, el jardinero mayor estaba esperando con una linterna para abrir la verja. Fue una buena idea, porque Auguste no tenía llave y no había pensado en cómo entrar en el jardín.

En circunstancias normales, se habría excusado o habría explicado su presencia allí, pero no aquella noche. Estaba como ida, pero no por lo que pudiera sucederle a Fritz, sino por la gratitud que sentía al ser necesitada y requerida para reunirse con él en el jardín.

Permaneció de pie en el interior del recinto, escuchando los extraños y continuos chasquidos que hacen los pájaros por la noche durante su duermevela. Se alojaban en el gran cerezo, que producía cien kilos de fruta en un buen verano, de modo que con la primera luz del día comenzaban a atiborrarse hasta que llegaba el ayudante del jardinero. Las cerezas estaban casi negras, pero todavía se distinguían de la masa de hojas que se agitaban suavemente pese a la aparente ausencia de viento.

Fritz ya estaba allí, y se dirigió hacia ella por el sendero que ascendía desde el jardín inferior.

—Madre, sabes que no te haría esperar.

Las innumerables veces que le había hecho esperar ya no contaban.

—Querido Fritz, ¿has ido a ver a tu padre? —fue la pregunta de su madre.

—Todavía no.

Se sentaron en dos viejas sillas de madera que estaban todo el verano debajo del cerezo. Cuando nació Fritz, enfermizo y retrasado, la habían culpado a ella de tal desgracia, y ella había aceptado la culpa con resignación. Cuando, tras muchos meses de fiebre baja, Fritz se convirtió en un niño alto y delgado y, según decían todos, en un genio, Auguste no recibió ningún elogio, ni tampoco lo esperó. Fritz le preguntó por qué llevaba puesto el chal de invierno.

—Estamos en junio, madre. Si no, no te habría pedido que te reunieras conmigo aquí fuera.

Auguste se dio cuenta entonces de que el chal resultaba ridículo.

—Pero Fritz, me siento segura con él puesto. —Él sonrió, y no tuvo necesidad de decir «Estás segura conmigo».

A la baronesa se le ocurrió la extraordinaria idea de que podía aprovechar aquel momento, aquella fragante penumbra que le parecía casi sagrada, para hablar con su hijo acerca de ella misma. Lo que tenía que decir podía expresarse brevemente: tenía cuarenta y cinco años y no sabía cómo iba a pasar el resto de su vida. Fritz se inclinó repentinamente hacia ella y dijo:

—Sabes que solo quiero preguntarte una cosa: ¿ha leído papá mi carta?

Auguste volvió en sí de inmediato.

—Fritz, lo más probable es que sí, pero no te lo puedo asegurar. Nunca me enseña sus cartas, pero yo, que Dios me perdone, tampoco le enseñé la que me enviaste tú. No obstante, mañana se va a reunir toda la familia para discutir una cuestión

importante.

—Pero madre, tú estás de mi parte, dime que es así. Apruebas lo que he hecho y lo que voy a hacer. Sigo los impulsos de mi corazón y de mi alma. No puedes estar contra mí.

Auguste exclamó:

—¡No! ¡No! —Pero cuando Fritz dijo, «En ese caso, ¿por qué no le dices a papá lo que piensas?», ella respondió—: Pero yo tengo que obedecerle, es ley de vida.

—Tonterías. En el mundo de la Naturaleza la mujer suele ser más fuerte que el hombre, y lo domina.

—Te refieres a los pájaros y a los insectos —dijo la baronesa tímidamente—. Pero Fritz, son simples animalillos.

Fritz, observando la sencilla ternura de su madre, dijo:

—Tienes que decirle a mi padre que no basta con que dé su consentimiento a mi compromiso. Tenemos que encontrar un sitio donde vivir, Sophie y yo, solos y juntos. Tú me comprendes, no eres tan mayor como para haber olvidado esas cosas.

Auguste se permitió recordar lo que había sentido cuando ella y el barón estuvieron por primera vez solos y juntos. Pero lo que importaba ahora era su hijo: casi un extraño en aquella impresionante noche de verano.

—Sí, claro, Fritz, por supuesto.

Auguste sacó con dificultad un pequeño paquete que llevaba escondido en el bolsillo de las enaguas.

—Fritz, cariño, esta es mi pulsera de oro. ¡Bueno! Tengo otras, pero esta es mía de verdad. No me la regaló tu padre, sino que la recibí de mi madrina cuando hice la confirmación, a los doce años. Desde entonces, la han agrandado un poco, pero quiero que la llesves a un joyero y hagas con ella los anillos de compromiso.

—Los anillos ya están hechos, madre. ¡Mira!

Sophie sey mein Schuz Geist.

—De verdad, madre, no puedo aceptar tu pulsera, no la necesito. Guárdala para ti o, en todo caso, para Sidonie.

La reflexión puede ser mucho más dolorosa que la negligencia. La baronesa, sin embargo, había tenido muy pocas oportunidades para aprenderlo.

De nuevo en su habitación, que seguía estando en el piso más alto, Auguste pensó que nada la haría más feliz en este mundo que la presencia de Fritz en casa, aunque fuera con una nueva mujer. Luego pidió perdón a Dios porque había descuidado, siquiera por un momento, el bienestar de der Bernhard.

Der Bernhard, sin embargo, pensaba en ello sin cesar.

—¿Qué será de nosotros, Sidonie? —preguntó en tono lastimero—. ¿Con quién te casarás tú? Tú eres una persona difícil: no sentiste nada en absoluto por aquel médico que vino el día de la colada, aunque él no dejaba de mirarte. Tal vez termines siendo una solterona. Karl y Anton ya tienen la vida resuelta, y Asmus se supone que ya ha aprobado los primeros exámenes en la academia...

—Sí que los he aprobado —dijo Erasmus—. El director me felicitó, al igual que mi padre y que Fritz, que me envió un ejemplar de *Robinson Crusoe*.

—Entonces préstamelo, por favor.

—Está en inglés —dijo Erasmus—. Tú no sabes inglés.

—Es verdad —dijo Bernhard con un suspiro—. Me pierdo en esos bosques de palabras.

—De todos modos —dijo Anton—, nunca se presta un libro ni una mujer. No hay obligación de devolver ni lo uno ni la otra.

—Anton, intentas hablar como Karl —dijo Sidonie—. Pero no lo has cogido del todo bien.

—Tengo la impresión de que dentro de poco se va a tomar una decisión sobre mí —dijo Bernhard, poniéndose en pie entre sus hermanos con el aire de la imagen del niño Jesús entre los ancianos que había en una estampa de su habitación.

—Ya sabes que vas a ser paje —dijo Anton—. Las cortes electorales de Turingia y Sajonia no saben lo que les espera.

—Apelo a todos vosotros —exclamó en ese instante der Bernhard—. ¿Quién en su sano juicio me imagina a mí como paje? No sé lo que hace un paje, pero seguro que yo no podría hacerlo.

A Bernhard se le saltaron las lágrimas, pero los otros Hardenberg siguieron tan tranquilos. Fritz, después de haber hablado con su madre, no se quedó ni una sola noche. El barón había salido de viaje durante unos días, acompañado por el devoto Gottfried. En toda la casa se podía sentir —como cuando en música se cambia el tono, pero no el tema— menos concentración en el alma y más en el cuerpo. Ese día, a las ocho y media de la mañana, aún estaban todos desayunando. La baronesa no había bajado de su habitación. Las ventanas estaban abiertas de par en par. El aire traía el olor de los cerezos —incluso de las guindas, que se cultivaban para fabricar kirsch y que no madurarían hasta el otoño— y, desde el otro lado de Weissenfels, el aroma de la primera siega del heno. Los cuatro hermanos, incluso der Bernhard, sabían que no eran infelices aquella mañana, pero eran demasiado sensatos como para mencionarlo.

El barón había ido a visitar a los hermanos de Neudietendorf para hacerle una consulta al predicador. Aun a riesgo de resultar demasiado locuaz, el barón habló de las propiedades de la familia: Oberwiederstedt, en bancarrota; las cuatro fincas perdidas, vendidas a extraños; y Schlöben, la querida Schlöben-bei-Jena con sus álamos y su aceña, donde él pensaba ir a vivir cuando se retirase, a punto de convertirse en un centro para los hermanos más ancianos.

—Entretanto, mi hijo mayor se desentiende de mis deseos. No sé qué haría si Oberwiederstedt y Schlöben quedaran en sus manos. Lo lógico es que se casara con una mujer rica de la nobleza. No me diga que siempre estoy pensando en el dinero. Se trata precisamente de que no quiero pensar en él para nada. Pero, desde que se produjeron los últimos acontecimientos en Francia, el mundo está patas arriba y a los

hijos ya no les importan las necesidades de sus padres.

El predicador asintió y dijo que le daría un consejo si se comprometía a seguirlo. El barón le dio su palabra. Al día siguiente cabalgó de vuelta a Weissenfels con Gottfried. No se detuvieron en ninguna posada e intercambiaron muy pocas palabras. El silencio era más elocuente:

Leipziger Zeitung, 13 de julio de 1796

**Christiane Wilhelmine Sophie v. Kuhn
Georg Philipp Friedrich v. Hardenberg
Grüningen Weissenfels**

La ceremonia de compromiso

Los criados se reunieron en la verja del patio de Kloster Gasse. El transportista había traído un piano, encargado por el barón, desde Leipzig.

Todo el mundo sabe cómo hay que mover un piano o, mas bien, cómo habría que moverlo. Por la escalera principal no, ¡bruto! Un poco hacia la derecha. Sería más fácil si pudiéramos desmontarle las patas.

Cuando el piano llegó a su lugar de destino en el salón, y le quitaron el embalaje de paja y arpillera, vieron un objeto hermoso, extraño para aquella familia tan austera. El instrumento, sin embargo, había causado ya bastantes problemas puesto que el padre, aunque hacía tiempo que había decidido sustituir el clavicémbalo, no sabía muy bien si encargárselo a Gottlieb Silbermann o a Andreas Stein.

«Los pianos de Silbermann son más sonoros», le dijo por carta el tío Wilhelm, «pero tienen peor tacto que los de Stein. Los de este último, por otra parte, hay que enviar a buscarlos a Viena».

—¡Que diga eso Wilhelm! —exclamó el barón—, que no distingue una nota de otra. Los caballos de su establo conocen más melodías que él.

Siguió pidiendo y rechazando consejos. «Los fabricantes franceses son los mejores», le aseguró el viejo Heun. «Huyeron de la desagradable situación de París y se refugiaron en Londres. Ahora viven en el Museo Británico. Puedes consultarles allí».

Si hubieran consultado a la baronesa, esta habría dicho que el pianoforte, como instrumento, no le interesaba en absoluto y que le parecía aburrido en comparación con el alegre sonido del clavicémbalo, que le recordaba a su niñez. El clavicémbalo, que ya habían retirado de la casa, era en realidad el que había llevado consigo a Oberwiederstedt cuando se casó. Era francés, y tenía un dibujo de un templo en ruinas a la luz de la luna en el interior de la tapa. Pero la implacable humedad de Weissenfels, donde el Saale decide aleatoriamente, en cualquier época del año, desbordarse, lo había ido carcomiendo con el tiempo. La pintura se había vuelto casi invisible, los martinetes eran como una hilera de dientes viejos, algunos de los cuales faltaban. Llegó un momento en que había que afinarlo todas las tardes, y a la mañana siguiente ya había perdido el tono. También se le habían desencajado algunas piezas.

—Seguro que me echan a mí la culpa —dijo der Bernhard. Y, en efecto, Karl se quejó de que le habían permitido al ángel hacer una *Pfuscherei* con el clavicémbalo mientras él estaba en el regimiento.

—De todas formas, tú no lo tocas tan bien como Anton —dijo der Bernhard—, y lo van a vender para leña.

El barón compró un piano fabricado por Johannes Zumpe, uno de los discípulos de Silbermann, que había salido anunciado en el Zeitung. De este modo, consiguió no seguir el consejo de su hermano Wilhelm.

Llamaron a Anton. Anton, cuyo único interés en la vida parecía ser el de seguir el ejemplo de Karl, era la persona que necesitaban. Toda la familia sabía tocar: Erasmus podía tocar cualquier cosa de oído y Sidonie amaba la música, pero ninguno tocaba como Anton.

El piano de Zumpe tenía un tercer pedal que permitía sostener las tres octavas más bajas, mientras que los tonos altos se amortiguaban de la manera habitual. Anton, rechazando cualquier tipo de ayuda, se sentó a solas en el salón. Si bien no había constituido una de las exigencias del barón cuando compró la casa, el salón de los Hardenberg había sido construido originalmente como sala de música, y la amplitud de la sala elevaba cada una de las notas, la equilibraba y la dejaba caer a regañadientes.

El barón le dijo a su mujer que escogiese una serie de invitados selectos de Weissenfels y sus alrededores para organizar una *soirée*.

—Tiene tan buen corazón, Sidonie. No estará tranquilo hasta que comparta la belleza de la nueva música.

Hardenberg salía tan poco, salvo a las reuniones de los hermanos o en viajes de inspección, que no se daba cuenta de que un piano no era ninguna novedad en Weissenfels. El juez decano von Lindenau tenía incluso un Broadwood traído de Inglaterra y encargado a medida.

—Sin duda, lo que estamos compartiendo es la sincera alegría de mi padre por el compromiso de Fritz —dijo Sidonie.

—Claro, cariño.

—La comitiva de Grüningen (no sabemos cuántos van a ser) no puede, evidentemente, regresar a su casa esa misma noche. Habrán de quedarse aquí, así que tienes que organizar lo de las habitaciones.

—¡Qué suerte que compráramos los cubos para el agua sucia!

Nadie en Weissenfels esperaba con demasiado entusiasmo las invitaciones de los Hardenberg. Eran tan escasas —lo que no se consideraba una forma de mezquindad: todo el mundo sabía de la devoción y caridad de la familia— y tan formales que en lugar de a una celebración parecían corresponder a un registro del lento paso del tiempo, como la misma mortalidad. La mayoría de los invitados serían regidores del consistorio, todos se conocerían entre sí. Pero ninguno de ellos, salvo los Just, conocía a los Rockenthien. Los Just eran los que venían desde más lejos, pero pasarían la noche en la casa del viejo Heun, que era tío de Rahel.

Lukas estaba en la puerta, y Gottfried a cargo del *Vorzimmer* que conducía al gran salón de recepciones del piso inferior. Su último viaje con el barón a Neudietendorf parecía haberle conferido una autoridad apacible, casi bondadosa, que no había sido tan perceptible hasta entonces. Erasmus pensó que podía haber estado bebiendo.

—Eso es inconcebible —dijo Sidonie—. Has estado demasiado tiempo fuera de casa.

Pequeños grupos de gente comenzaron a formarse en Kloster Gasse para contemplar la llegada de los invitados, y especialmente la de la esquivada nobleza rural. El viejo conde Julius von Schweinitz und Krain era transportado en un gran birlocho que parecía un ataúd. «Lléveme a algún lugar tranquilo». Gottfried lo llevó del brazo hasta el estudio.

En el salón de recepciones, los criados se movían lentamente ofreciendo a los invitados copitas de arca. Fritz estaba atento a aquellos a los que consideraba amigos suyos, y a aquellos que comprendían la poesía: por ejemplo Friedrich Brachmann, el abogado, que había estudiado con él en Leipzig. Brachmann era tullido de nacimiento, pero caminaba con tanto cuidado que no se le notaba (en Weissenfels todo el mundo sabía que era tullido). Brachmann confiaba en poder llegar a ser funcionario del Ministerio de Hacienda. Su cojera no tendría ninguna importancia allí, así como tampoco sus ideas sobre estética. Fritz lo cogió con un brazo, y con el otro a Frederick Severin.

—Amigo mío, te felicito —dijo Severin—. ¿Y cómo está tu hermanito al que tanto le gusta el agua?

—En teoría, no debería estar en el piso de abajo —respondió Fritz—, pero supongo que está allí.

Louise, la hermana de Brachmann, era íntima amiga de Sidonie, que se acercó a ella al ser anunciada por Gottfried. Louise tenía veintinueve años y era poeta.

Ambas jóvenes iban vestidas de blanco, y habían acudido al mismo sastre, pero Sidonie parecía flotar en una nube de blancura —delicada, ingravida, extraña para los habitantes de Weissenfels—, en tanto que Louise solo deseaba no escuchar, al menos ese verano, la sugerencia de que tal vez Fräulein Brachmann debería dejar de vestirse de blanco.

—Oh, Louise, Louise, he hablado con Fritz: va a enviarte tus poesías a Friedrich Schiller, pero tienes que quedarte con copias porque estos grandes hombres suelen perder lo que les envían.

El placer de agradar brillaba en los ojos de Sidonie. Louise no respondió.

—Pero ¿qué es lo que querías, Lu?

—¿Y no va a leer las poesías tu hermano?

Sidonie vaciló.

—Seguro que ya las ha leído.

—¿Qué te dijo de ellas? —Y añadió después de un momento—: No tiene importancia, son solo palabras, las palabras deslavazadas de una mujer.

Sidonie estaba deseando que llegase la comitiva de Grünigen para que todo el mundo se fijase en ella. Luego, seguramente, el piano los uniría a todos. Sabía que los Rockenthien ya habían partido, pues la Mandelsloh había tenido la precaución de enviar como mensajero al mozo de establos (el nuevo mozo de establos) en cuanto

salieron. Este, cubierto de polvo, acababa de llegar y estaba siendo cariñosamente atendido en la cocina. Entretanto, aquí estaban los Just: Coelestin, impresionante con el uniforme verde oscuro de ceremonias correspondiente a su rango. Heun, que había llegado con ellos, también tenía derecho a llevar uniforme, aunque no uno que le quedase bien, al parecer. Karoline, que rara vez bebía nada, tomó media copa de arac y se colocó junto a Fritz, Erasmus, Severin y Brachmann.

—¿Dónde está Sidonie? —preguntó.

—Con Louise, con la pobre Louise —dijo Erasmus—. Pero lo único que importa es que has llegado tú. Tú eres la mejor amiga que tenemos, con diferencia. Eres la conciliadora. Ni siquiera Sidonie sabe hacerlo tan bien.

—Es verdad —dijo Fritz—. Cuando Justen está presente, uno puede estar tranquilo.

—Entonces espero, *mademoiselle*, que visite usted mi librería —dijo Severin.

—¡Claro que la visitará! —exclamó Fritz—. Sabe de libros tanto como yo, y de música, mucho más.

—No hay nada que saber de música —dijo Karoline con una sonrisa.

—Más tarde tienes que tocar algo para nosotros.

—Ni en sueños.

Fritz hizo una pequeña inclinación con la cabeza y se disculpó, pues tenía otras obligaciones. Karoline miró lentamente a su alrededor, pero sin permitirse averiguar adónde iba Fritz. Veía a los invitados como hileras de color gris, negro y marrón, con los uniformes (pues la mayoría de los que los llevaban preferían hablar entre sí) como bultos brillantes que se hacían cada vez menos vistosos a medida que la luz del atardecer se iba difuminando. El crepúsculo, bendito sea Dios, misericordioso con todos nosotros. Los vestidos blancos, que eran ya los más visibles, permanecían en el borde exterior de los grupos, excepto en el caso de Sidonie. Esta se había situado apresuradamente junto a Senf, que estaba solo y llevaba, como para dejar constancia de su antigua desgracia (aunque tenía mucha ropa de calidad), una levita con remiendos. Sidonie se reía moviendo la cabeza. Aquello resultaba extraordinario, pues Senf nunca decía nada divertido. Parecía sorprendido, incluso hechizado.

Fritz estaba en aquel momento con Louise, inclinándose torpemente sobre ella pero con un instinto de auténtica bondad. La poeta lo miraba boquiabierta.

Brachmann llevó a Erasmus aparte, cerca de las ventanas, y le dijo:

—No conocía a Fräulein Just. Ya no es demasiado joven, pero tiene una gran valía y serenidad. —Hizo una pausa—. ¿Crees que se casaría con un cojo?

Erasmus, pasmado, consiguió responder:

—Oh, pero su cariño ya está comprometido... No sé dónde ni con quién, pero sé que es así.

Qué pareja más embarazosa, pensó, estos dos hermanos. Sería mucho más sencillo si pudieran casarse entre sí.

—Usted preguntó por der Bernhard —dijo Karoline, que se había quedado a solas

con Severin—. Creo que Hardenberg siente verdadero interés por su joven hermano. En realidad, le gustan mucho los niños.

—Es muy posible —dijo Severin—. En cuanto a Bernhard, tenga en cuenta que no todos los niños son infantiles.

La novia

Tal vez no volvería a haber otra tarde como aquella en Weissenfels. Los invitados esperaban pacientemente, a pesar de no estar acostumbrados a ello. Incluso en aquella sala tan espaciosa, casi todas las caras habían ido adquiriendo ya un color rojizo afrutado, pero eran incapaces de iniciar la habitual inspección de los trajes de los demás, seguida de un cambio de impresiones, un ligero avance, una ligera retirada, movimientos, repeticiones, cotilleos, y, luego, la degustación de los muslos de ganso en escabeche, el jamón, los licores de frutas, los dulces, más licores, una agradable vuelta a casa, un inseguro ascenso al dormitorio... Aquella noche no podían tener la seguridad de nada. La incertidumbre y la expectación se propagaban entre los invitados como los primeros síntomas de una fiebre, afectando incluso a los más imperturbables.

Los Rockenthien y la prometida seguían sin llegar. En la cocina, el cocinero convenció al mozo de establos, que se sentía en cierto modo culpable, para que se arrodillase y rezase por la pronta llegada de su amo.

—Van a venir —lloriqueó—, pero a Fräulein Sophie no se le puede meter prisa porque ha estado enferma.

El barón permanecía impasible pues nunca se le había pasado por la cabeza, desde el día en que dio su consentimiento al compromiso, alterar los planes que había hecho. Al cabo de quince minutos subirían a oír el piano, luego comenzaría la cena, durante la cual él no se sentaría en la cabecera de una de las mesas, sino que iría cambiando de sitio, ahora en una silla, luego en otra, mientras que Fritz y su prometida sí se sentarían juntos. Luego habría música y, si la salud de Sophie lo permitía, baile. Faltaban seis minutos y medio para que acudiesen a la sala de música. Se permitió hacer entonces una breve visita a su viejo amigo Schweinitz und Krain, que seguía medio dormido donde Gottfried lo había dejado.

—Hardenberg, ¿qué es esto que estoy bebiendo? ¿Es lo que llaman ponche?

—Sí, creo que lo mezcló el propio Fritz.

—¿Hay que mezclarlo?

—Eso parece.

—Qué pérdida de tiempo, Hardenberg.

—Diré que te traigan otra cosa.

—Hardenberg, ¿quiénes son esos Rockenthien?

El barón sacudió la cabeza.

—¡Ay! ¡Mi viejo amigo! —dijo el conde.

Habían ascendido todos por la gran escalera central, y estaban sentados en

descoloridas y desvencijadas sillas traídas de todos los rincones de la casa. Habían apagado casi todas las velas. Anton, que todavía tenía catorce años, con las mangas subidas de su primer uniforme de cadete, estaba sentado ante el Zumpfe, en la zona más iluminada.

—Comenzaré con algo de Johann Friedrich Reichardt —anunció con desparpajo—. Tocaré una de sus canciones revolucionarias.

—¿Qué estás diciendo, muchacho? —gritó entonces el barón.

—Anton, comenzarás con música religiosa —exclamó la madre con la autoridad que confiere la angustia—. Tocarás «Wie sie so sanft ruhn».

Anton se volvió hacia ella y asintió. Entonces el piano alzó su voz, tan apacible, tan clara.

La suave melodía siguió sonando, aislada del ruido de Kloster Gasse. Pero entonces se abrieron súbitamente las puertas de la sala de música y la luz entró a raudales desde el pasillo. Gottfried, claramente azorado por la interrupción, anunció a Frau von Rockenthien —hermosa pero visiblemente cansada—, al Hausherr y a un escarmentado George. Pero ¿dónde está ella?

—Me dijeron que subiera —bramó Rockenthien—. Mi hijastra está descansando al pie de las escaleras. —Se acercó a sus anfitriones, corpulento, curtido, dando palmadas.

—Parece que está espantando cuervos —susurró Louise Brachmann—. Que Dios nos asista, son como una partida de granjeros que llegan a la feria de ganado.

El barón recibió a la comitiva con gran cortesía y le hizo una seña a Gottfried para que encendiera las velas. Anton, al final de la siguiente frase, se detuvo en seco y entrelazó las manos. ¿Dónde estaba la prometida? Los invitados de mayor edad comenzaron a murmurar con lástima y enorme curiosidad. La traerían en volandas porque estaba muy débil.

Pero Sophie, seguida tranquilamente por la Mandelsloh, entró casi corriendo en la habitación, con su habitual impaciencia, pálida, eso sí, pero más ansiosa y estridente que nunca, con ganas evidentes de pasárselo bien. Llevaba un traje de seda bordada... Seda china, pensaron. ¿De dónde lo habría sacado? Su pelo se ocultaba bajo una cofia blanca, muy apropiada para una prometida. Lucía también una rosa blanca.

—¡Hardenburch!

Fritz estaba allí.

—Dijeron que no debería haber venido.

Todos pensaron que aquello suponía el fin del recital del joven Anton, pero la Mandelsloh, que había planeado su estrategia nada más entrar en la casa, llamó aparte a la baronesa y la convenció de la importancia de oír la pieza hasta el final. La primera fila de sillas se vació y se desplazó para hacer sitio a los recién llegados. Anton asintió con la cabeza y prosiguió con una selección de algunos de los himnos de Zinzendorf para los Hermanos moravos, interpretando después dos o tres *Singspiele* y el... ¿Cuál fue la pieza que tocó a continuación? ¿Habría improvisado

Anton aquella hermosísima pieza desconocida?

Nadie dijo conocerla, pero todos entornaron los ojos en señal de placer.

Terminó con una pieza de Johann Sebastian Bach: *Capricho por la marcha de su hermano*. Los asistentes suspiraron profundamente.

Algunos de ellos, al menos, esperaban presenciar también durante la cena un intercambio de anillos, tras el cual, el padre del novio, como anfitrión, enumeraría los bienes de que iba a hacer entrega (muebles, edredones, etcétera), así como también, quizá, una lista de propiedades. Pero los Hardenberg no hacían las cosas de esa manera. El barón solo se puso en pie para interrumpir brevemente el animado banquete, para expresar su felicidad y la de su mujer, para darles la bienvenida a todos y para rogarles que se sumasen a una breve plegaria.

También se suponía que después de la cena, a causa de la reciente enfermedad de Fräulein Sophie, no habría baile. Pero Sophie solicitó ardientemente la presencia de los músicos.

La Mandelsloh le recordó que el doctor Ebhard, satisfecho tal vez de poder dar una recomendación concreta, le había prohibido terminantemente que bailara.

—Ojalá estuviera aquí —exclamó Sophie—. Le haría bailar valsés hasta reventar.

Estaba sentada entre su propia madre y la de Hardenberg, la baronesa. Frau Rockenthien, como casi siempre, sonreía. Deseaba que Anton siguiera tocando, especialmente esa pieza, más bien hacia el final, cuyo nombre estaba convencida de haber conocido alguna vez, y deseaba tener al bebé con ella. No la avergonzaba que su marido hablase tan alto —su primer marido también era muy escandaloso—, y ninguno de los dos la había molestado más que un vendaval.

La baronesa, entretanto, luchaba a solas contra la timidez. La única copa de arac que había tomado no le sirvió de ayuda en absoluto. En el fondo de su corazón —aunque temía que aquello pudiera constituir un pensamiento pecaminoso— estaba muy decepcionada con el aspecto de su futura nuera. Sophie tenía un entusiasmo alegre y conmovedor, pero se trataba de una alegría infantil. Quizá porque nunca se había fijado mucho en sí misma, Auguste le daba gran importancia a la dignidad, a la traza y a la belleza aristocrática. Tal vez Sophie tuviese mejor aspecto si se soltase el pelo. Fritz le había dicho que era oscuro.

Puesto que su prometida no podía bailar, Fritz fue llamando, uno a uno, a los dignatarios de Weissenfels para presentárselos a Sophie, y entre ellos a los más jóvenes, sus propios amigos. «Tengo el placer de presentarle a Fräulein von Kuhn, que me ha hecho el honor de... Esta es Sophie, mi espíritu guardián en todas las cosas...».

—Oh, no le hagan caso —respondía ella cuando le daban la enhorabuena. Hacía esfuerzos por no dar golpecitos con los pies en el suelo. La música parecía ascender desde estos hasta todo el cuerpo: se sentía como una botella de sifón. Su cara había adquirido finalmente un débil tono rosado—. Oh, no le hagan caso... Cuando dice esas cosas me hace reír. —Y, efectivamente, se reía.

En general, Sophie dio una impresión favorable. No era en absoluto el tipo de mujer que habrían esperado para un Hardenberg. Pero era natural y espontánea, y eso resultaba agradable. La naturaleza siempre agrada.

¿Cuánto dinero aportaría?, se preguntaban los unos a los otros.

George, casi asfixiado por su primer cuello alto y la gorguera, pretendía unirse al baile en cuanto fuese conveniente, pero le parecía que no había comido aún lo suficiente para poder resistir semejante esfuerzo. En la penumbra del comedor, que estaba todavía sin recoger, se cruzó con un muchacho un par de años más joven que él con el aspecto (irritante para George) de un ángel. George comenzó a comer en silencio pastel frío de pichón, y cerró el puño izquierdo en su bolsillo, por si fuera necesario darle un escarmiento al ángel.

—¿No crees que mi hermana Sophie es muy guapa?

—¿Tú eres George von Kuhn? —preguntó el ángel.

—Eso es asunto mío.

—¿Tienes hambre?

—En mi casa se come más que aquí... Te he preguntado si no te parece que mi hermana, que va a casarse con tu hermano Fritz, es muy guapa.

—No puedo responder a eso. No sé si es guapa. Soy demasiado joven para juzgar esas cosas. Pero creo que está enferma.

George, que seguía engullendo pastel, se quedó desconcertado.

—Bueno, en todas las casas siempre hay algún enfermo.

Bernhard dijo:

—¿No crees que mi hermano Anton toca el piano muy bien?

—¿Los himnos?

—No han sido solo himnos.

—Sí, ha tocado bien —reconoció George—. ¿Adónde vas?

—Voy a pasear por el río en la oscuridad. Ese es el efecto que ha producido en mí la música.

George vació una copa de coñac, imitando en lo posible a su padrastro, y se tambaleó escaleras arriba para unirse al baile.

La Mandelsloh, contra todo pronóstico, era una excelente bailarina; la mejor, en realidad, de toda la sala. Pero como su marido no estaba con ella, y por respeto a Sophie, decidió no bailar aquella noche, ni siquiera con el joven George, a quien el año anterior había enseñado con dificultad los primeros pasos.

—¡No me lo pidas a mí! —le dijo a Erasmus, que se acercó confiado a ella.

—No te voy a pedir que bailes conmigo, sé que no puedo aspirar a ese honor, voy a pedirte que me ayudes.

—¿Qué es lo que quieres?

Erasmus dijo:

—Un mechón de pelo de Sophie.

La Mandelsloh giró despacio la cabeza y lo miró fijamente.

—¡También tú!

—Un mechón pequeñito, para llevarlo en mi cartera, cerca de mi corazón... ¿Sabes? Al principio no la comprendí, pero de repente me di cuenta de por qué mi hermano había hecho grabar en su anillo las palabras: «Sophie, sé mi espíritu guardián».

La Mandelsloh repitió:

—¡También tú!

—Un mechón de pelo, como recuerdo, no es pedir demasiado... Pensé pedirle a Karoline Just que hablase con Sophie, pero tú, naturalmente, eres la persona indicada. ¿Hablarás con ella?

—No —dijo la Mandelsloh—. Si lo que quieres es eso, tendrás que pedirselo tú mismo.

Erasmus eligió el momento cuidadosamente. Es posible que siempre haya alguien que elija por nosotros los momentos más adecuados. Los violines del salón de música, donde se desarrollaba el baile, empezaron a tocar un *Schottische*, y Erasmus tuvo la curiosa sensación de no entender muy bien qué eran, ni por qué estaban tocando. Le parecía pertenecer a dos mundos, uno de los cuales carecía por completo de importancia.

Ahora estaba de pie junto a la silla de Sophie, a escasos centímetros de su delicado cuerpo, que olía un poco a enfermedad. Ella lo miró con gesto radiante.

—Apenas me has hablado en toda la noche, Erasmus.

—He estado pensando en cómo expresar lo que quiero decir.

Por fin lo soltó atropelladamente. Por supuesto, él solo pedía un rizo, una pequeña cantidad de pelo, no como el *Ringellocke* que Fritz le había mostrado a comienzos de primavera, con el que iba a hacer una trenza para guardarla en un estuche o en una relojera.

—Una relojera —repitió—, pero, claro, no como la de...

Sophie se echó a reír. Lo cierto era que se había estado riendo casi toda la tarde, pero no con tantas ganas como ahora.

Erasmus, retirándose humillado, se topó con la Mandelsloh.

—Santo cielo, ¿no se lo habrás pedido?

—No te entiendo —dijo Erasmus—. Tú me dijiste... Te tenía por una persona franca y abierta...

—¿Esperabas que se quitase la cofia?

Erasmus no había pensado en eso.

—Se le fue cayendo poco a poco —le dijo la Mandelsloh— a causa de la enfermedad. Desde hace dos meses está calva...

Ella lo miró fija y acusatoriamente.

—Los Hardenberg lloráis con facilidad —dijo—. Ya he tenido ocasión de darne cuenta.

—Pero ¿por qué se rio? —preguntó el pobre Erasmus.

Tiene que ir a Jena

Fritz sabía que Sophie estaba calva, pero confiaba en que su negro pelo volviera a crecer. Sabía que Sophie no podía morir. «Lo que un hombre se propone, lo logra», le dijo a Coelestin Just, «y con más facilidad aún si se trata de una mujer». Pero no hay que dejar pasar el tiempo. Sophie necesitaba el mejor asesoramiento. Tenía que ir a Jena.

—Van a venir a la consulta de Stark. Pero ¿en casa de quién se pueden alojar? —preguntó Friedrich Schlegel—. Hardenberg tenía una tía aquí en Jena, pero murió hace más o menos un año. La Filosofía, creo, estará a cargo de su hermana, la mujer de un oficial.

—Y el padre de Hardenberg, *der Alte*, se pasará el día, me imagino, entrando y saliendo —dijo Caroline Schlegel—. Estará inquieto a causa de nuestras creencias y nuestra vida moral. ¡Ay de los libres! ¡Ay de aquellos que no tienen a nadie que rece por ellos!

El círculo de Jena, aunque no caritativo, era hospitalario. Pero el año académico había llegado a su fin, el calor empezaba a hacerse asfixiante, la tierra pronto comenzaría a secarse, y la aguja de la *Staatskirche* parecía vibrar con el calor del verano. Dentro de poco estarían todos de vacaciones, a excepción del pobre Ritter, que se refugiaba en su ático y se hacía invisible.

Sophie y la Mandelsloh, no obstante, ya habían alquilado alojamiento en Schaufelgasse. Las habitaciones eran pequeñas y había tres tramos de escalera, pero les recomendaron aquella casa porque la dueña, Frau Winkler, estaba acostumbrada a las jóvenes inválidas. Estaba claro desde el principio que aquella mujer se sentía atraída por la enfermedad y todo lo relativo a ella. Aquello resultaba irritante, pero significaba que le subiría jarras de agua caliente a cualquier hora del día o de la noche. «Forma parte del servicio, querida señorita», dijo Frau Winkler.

Por lo menos, pensó la Mandelsloh, ganando confianza, aquí no habrá ningún tipo de formalidades —tampoco es que hubiera muchas en Grüningen— y la pobre Sophie se sentirá como en su propia casa de muñecas, con las jarras de barro pintado esperando pacientemente en el abarrotado aparador. En realidad, sin embargo, no estaba demasiado segura de su elección, por lo que tuvo que armarse de valor para abrir la primera carta del barón. No podía saber que el tío Wilhelm, que había llegado inesperadamente a Weissenfels para ofrecer su consejo, había afirmado que en Jena no había alojamientos en modo alguno adecuados (con la excepción, tal vez, del antiguo palacio, donde solía residir Goethe) para la prometida de su sobrino mayor.

«Las habitaciones que alquilan allí están siempre en el piso más alto, y solo sirven

para criar palomas. Conozco la ciudad, sin duda alguna, mejor que cualquiera de vosotros. La hermana mayor, hacedme caso, se habrá contentado con un par de buhardillas. Las mujeres siempre se contentan con demasiado poco».

El barón escribió de inmediato a Frau Leutnant Mandelsloh diciéndole que esperaba poder ir a visitarla lo antes posible, pero que estaba seguro de que había elegido sabiamente.

Tiene que ir a Jena

Diario de Friederike, julio de 1796

Söphgen ha estado intentando escribir un diario, pero no debe seguir atormentándose con ese esfuerzo. Yo llevaré el registro.

Estamos bastante cómodas en nuestras pequeñas habitaciones. La comida de Sophie la preparo yo misma en lugar de encargarla a La Rosa, para no ofender a nuestra patrona. Pero el ambiente de Jena no me sienta bien y quizá no le sienta bien a nadie, pues todos los profesores y eruditos parecen estar enemistados entre sí. Hace mucho calor. Todo el mundo empieza a irse de vacaciones o a hacer pequeñas excursiones. Las calles donde residen están vacías.

El amigo de Hardenberg, Friedrich Schlegel (creo que todavía no es catedrático) nos visitó ayer por la tarde. También él prepara un viaje. Lo recibí yo sola. Sophie había salido con Frau Winkler a ver un desfile militar. Yo estoy harta de los desfiles. Pero así el dolor remite un poco; mi querida hermana se alegra con cualquier cosa. Vuelve a ser casi ella misma.

Friedrich Schlegel. Es filósofo e historiador. Su mirada melancólica no me desanimó en absoluto. Schlegel me dijo: «Frau Leutnant, su hermana, Fräulein von Kühn, intenta pensar de la misma manera que Hardenberg, lo que es como si alguien intentara enseñar a un pájaro adiestrado a cantar como una persona. No lo conseguirá, y las ideas que tenía antes estarán ahora en completo desorden».

Yo pregunté: «¿Ha visto alguna vez a mi hermana, Herr Schlegel?».

Él me respondió: «Todavía no, pero creo que es un tipo de carácter fácilmente reconocible».

Yo le dije: «Es mi hermana».

Más tarde, Sophie regresó con Frau Winkler, quien me dijo, algo decepcionada: «Esperaba que la joven se desmayara, pero no se desmayó».

Aunque Fritz había obtenido ya su primer puesto oficial como inspector agregado de las minas de sal, y solo podía disfrutar de breves períodos de permiso, los Rockenthien dejaron el tratamiento de Sophie enteramente en sus manos.

—Ningún sistema es tan fiable como el de Brown —le dijo Fritz a Karoline Just, no por primera vez—. Hasta cierto punto, el brownismo está basado en las ideas de

Locke sobre el sistema nervioso.

—Tenemos que creer en alguien —dijo Karoline—. En alguien, quiero decir, aparte de en nosotros mismos. De lo contrario, la vida tendría poco sentido.

—Me refería a las ciencias exactas, Justen.

Fritz salió muy temprano de Tennstedt. Cuando llegó a Jena, sin embargo, le resultó difícil ponerse en contacto con Stark, que se encontraba dando una conferencia en Dresde. No obstante, le dijeron que sería posible ver a Jacob Dietmahler, sustituto del catedrático.

—O sea que eres tú, ¡qué suerte! —exclamó Fritz—. A veces pienso que en todos los momentos decisivos de mi vida...

—También mi vida ha tenido sus momentos decisivos —dijo Dietmahler tranquilamente.

Fritz estaba abrumado.

—El amor me ha convertido en un monstruo.

—No te agobies, Hardenberg. Yo me alegro de haber obtenido esta plaza de sustituto, y me he resignado a recorrer con paciencia el largo camino que me espera.

—Lo siento de veras si...

—No perdamos el tiempo con eso. ¿Por qué has venido?

—Dietmahler, el doctor Ebhard le habrá escrito al catedrático una carta explicativa. Mi Sophie está enferma.

—Muy enferma, supongo. Como es natural, no puedo dar ninguna opinión hasta que regrese el profesor Stark, pero Ebhard menciona su tez, lo que nos proporciona un importante indicio sobre...

—Es como una rosa.

—La carta dice: «amarillenta».

Pero Sophie quería salir. Tenía la perseverancia de los verdaderos amantes del placer. En Gröningen se podían hacer tan pocas cosas... Además, nunca le habían cantado una serenata. Aquí, por lo menos, Dietmahler podía ofrecerle ayuda práctica inmediata. En Jena quedaban muchos estudiantes de medicina, sin un centavo, que seguían trabajando durante las vacaciones con la esperanza de obtener el título un poco antes o de poder unirse a un regimiento en calidad de cirujanos menores para componer huesos o curar heridas. ¿Sabrían tocar y cantar? Por supuesto que sí. ¿De qué otra forma, si no era con la música, iban a pasar el tiempo libre los necesitados? Delante de la casa, en el cálido crepúsculo que iluminaba Schaufelgasse, comenzaron con breves aires, breves canciones populares, y luego un trío. Cuando la Mandelsloh bajó los tres tramos de escalera, monedero en mano, y les preguntó «¿Para quién tocáis?», ellos contestaron: «Para la Filosofía».

Diario de Friederike:

Ahora parece que el gran hombre va a venir de verdad a visitarnos, que Goethe va a estar entre nosotros. No nos enteramos por Hardenberg sino, una

vez más, por medio de Erasmus, quien, al final, no ha ido a Zillbach, sino que de momento tiene una habitación en una cervecería estudiantil, donde dice que duerme sobre un lecho de paja. Eso es sin lugar a dudas asunto suyo, no mío. También me cuenta que es bien sabido que Goethe no soporta las lentes y que ha llegado a decir: «¿Qué voy a sacar de un hombre a cuyos ojos no puedo mirar mientras le hablo, y el espejo de cuya alma está velado por unas lentes que me desconciertan? Cuando se acerca a mí un extraño con anteojos en la nariz, me invade una sensación de falta de armonía».

Yo no solía llevar lentes, pero ahora las uso para coser y leer, y desde que estamos en Jena las he llevado puestas casi todo el tiempo. A veces, no obstante, hay que pasar por alto los antojos de los grandes hombres.

7 de julio, por la mañana

Primero pusimos en orden nuestro cuarto de estar. Con muebles tan miserables no se puede hacer gran cosa. Están pensados para profesores adjuntos, que se contentan con nada. Los frascos de las medicinas, las cataplasmas y las jeringas —que tanto le gustan a Frau Winkler— están en el dormitorio; las cosas de costura y los periódicos, debajo del canapé. En un día como hoy, gris y ventoso, las ventanas deben estar cerradas, pero no encajan bien. Hay una corriente, eso ya lo sabemos, pero yo me acerco y lo confirmo: es como una espada. El gran hombre de letras podría coger una neumonía y la culpa recaería siempre sobre nosotras.

Söphgen se olvida del dolor, incluso de la enfermedad, cuando hablamos de la corriente. El secreto consiste, dice Frau Winkler, en abrir las ventanas ahora, de par en par, solo un rato. Si el aire de la habitación alcanza la misma temperatura que el de la calle, no se notará corriente alguna. «Pero (le digo yo) la habitación resultará tremendamente inhóspita». «¡No importa!», exclama Söphgen, «lo cerraremos todo bien cerrado cuando se acerque a la casa». Y reúne las pocas fuerzas que le quedan y, antes de que pueda impedirselo, abre las ventanas de par en par. Entonces empieza a toser. «Tenías que haber dejado que lo hiciera yo. Ahora tu tos me perfora como los clavos de Cristo. La corriente no lo habría hecho mejor». Y Sophie se ríe.

Goethe sube por Schaufelgasse. ¡Todos a la ventana! Lleva una levita azul, y sobre ella un guardapolvo, una prenda noble que casi llega hasta el suelo, cubriendo los tobillos de sus espléndidas botas. Aparentemente, no viene ningún criado con él: es una visita privada.

Me quito las lentes y bajo las escaleras. Sophie también: no quiere quedarse atrás. Se prepara, como si no sintiera ningún miedo. Goethe se presenta, nos da la mano con amabilidad y nos pregunta si su criado puede quedarse en la cocina. Sí que venía acompañado, pero, al parecer, su criado camina siempre unos metros detrás de él, imitando, por respeto, sus gestos y

acciones. Sin duda, sería mucho más útil que caminase delante de él, asegurándose de que se dirigen a la dirección correcta.

Una vez arriba, Goethe se sienta en la silla más incómoda, diciendo, cariñosamente, que los poetas se crecen con la incomodidad. Sin embargo, en seguida se pone a caminar por la habitación.

No hay campanilla, pero he llegado con Frau Winkler al acuerdo de golpear con el pie uno de los tablones sueltos para indicarle que suba un refrigerio. El propio Goethe corta diestramente el bizcocho y descorcha la botella. Sugiere que se le lleve un vaso de vino a su criado, a lo que yo accedo, aunque no me parece que haya hecho demasiado para merecérselo. Entretanto, nos habla sobre la salud y la enfermedad. Algunas dolencias, dice, son un simple estancamiento que se resuelve con un par de vasos de agua mineral, pero no hay que dejar que duren: hay que ir al ataque, como en todo.

Debe de saber que el caso de nuestra paciente es muy otro. Era evidente que quería darle ánimos. Por desgracia, no conoce aún la poesía de Hardenberg; de hecho, este ha publicado todavía muy poco. Sophie, para quien la visita era probablemente un honor demasiado grande, no sabía qué decir. Finalmente, se le ocurrió comentar que Jena era una ciudad mucho más grande que Grüningen. Goethe hizo un ligero gesto de asentimiento y replicó que Weimar, también, era más grande que Grüningen.

Sophie no hizo mención a la historia de Fritz, *La flor azul* y Goethe, por lo menos, no hizo mención a la corriente de aire.

Erasmus, que sabía exactamente cuándo tendría lugar la visita, esperaba o, más bien, acechaba en la esquina.

—¡Excelencia! ¡Por favor, solo una palabra! Soy el hermano pequeño de Hardenberg, es decir, uno de sus hermanos. Estudio silvicultura, pero no aquí...

—Ya supongo que no será aquí —dijo Goethe—. No hay facultades de silvicultura en la universidad de Jena.

—Estudí en Hubertusberg. Quiero decir que acabo de marcharme de Hubertusberg. ¿Puedo caminar un rato a su lado?

Goethe sonrió y dijo que no había ninguna ley que lo prohibiera.

—Ha hecho una visita a Fräulein von Kühn —insistió Erasmus—, y a su hermana mayor, Frau Leutnant Mandelsloh.

—Ah, ¿así que es la hermana mayor? Una mujer de carácter. No había establecido el parentesco... —Puesto que a Erasmus, tosiendo y trotando a su lado, no se le ocurría nada más que decir, Goethe prosiguió—: Creo saber lo que querías preguntarme. Deseas saber si Fräulein von Kühn, cuando recobre la salud, será una verdadera fuente de felicidad para tu hermano. Probablemente tienes la impresión de que existe una gran disparidad de inteligencia entre ellos. Pero ten la seguridad de que no es la inteligencia lo que amamos en una joven. Amamos su belleza, su

inocencia, su confianza en nosotros, su donaire, su Dios sabe qué. Pero no la amamos por su inteligencia, y estoy seguro de que Hardenberg tampoco. Será feliz, al menos durante algunos años, con lo que ella pueda ofrecerle, y luego tal vez goce de la incomparable bendición que suponen los hijos, mientras que su poesía...

Erasmus cogió desesperadamente al gran hombre por el brazo a mitad de discurso, haciéndole girar como un objeto arrastrado por la marea.

—Pero ¡no es eso lo que quería preguntarle!

Goethe se detuvo y lo miró fijamente. (El criado, a veinte metros de distancia, se detuvo también y miró el interior de una peluquería).

—Entonces estaba equivocado. ¿No te preocupa la felicidad de tu hermano?

—¡La de él no! —exclamó Erasmus—. ¡Es la de ella, la de Sophie, la que me preocupa!

Visitas

Diario de Friederike, julio de 1796

Söphgen ha estado intentando escribir un diario, pero no debe seguir atormentándose con ese esfuerzo. Yo llevaré el registro.

Estamos bastante cómodas en nuestras pequeñas habitaciones. La comida de Sophie la preparo yo misma en lugar de encargarla a La Rosa, para no ofender a nuestra patrona. Pero el ambiente de Jena no me sienta bien y quizá no le siente bien a nadie, pues todos los profesores y eruditos parecen estar enemistados entre sí. Hace mucho calor. Todo el mundo empieza a irse de vacaciones o a hacer pequeñas excursiones. Las calles donde residen están vacías.

El amigo de Hardenberg, Friedrich Schlegel (creo que todavía no es catedrático) nos visitó ayer por la tarde. También él prepara un viaje. Lo recibí yo sola. Sophie había salido con Frau Winkler a ver un desfile militar. Yo estoy harta de los desfiles. Pero así el dolor remite un poco; mi querida hermana se alegra con cualquier cosa. Vuelve a ser casi ella misma.

Friedrich Schlegel. Es filósofo e historiador. Su mirada melancólica no me desanimó en absoluto. Schlegel me dijo: «Frau Leutnant, su hermana, Fräulein von Kühn, intenta pensar de la misma manera que Hardenberg, lo que es como si alguien intentara enseñar a un pájaro adiestrado a cantar como una persona. No lo conseguirá, y las ideas que tenía antes estarán ahora en completo desorden».

Yo pregunté: «¿Ha visto alguna vez a mi hermana, Herr Schlegel?».

Él me respondió: «Todavía no, pero creo que es un tipo de carácter fácilmente reconocible».

Yo le dije: «Es mi hermana».

Más tarde, Sophie regresó con Frau Winkler, quien me dijo, algo

decepcionada: «Esperaba que la joven se desmayara, pero no se desmayó».

Aunque Fritz había obtenido ya su primer puesto oficial como inspector agregado de las minas de sal, y solo podía disfrutar de breves períodos de permiso, los Rockenthien dejaron el tratamiento de Sophie enteramente en sus manos.

—Ningún sistema es tan fiable como el de Brown —le dijo Fritz a Karoline Just, no por primera vez—. Hasta cierto punto, el brownismo está basado en las ideas de Locke sobre el sistema nervioso.

—Tenemos que creer en alguien —dijo Karoline—. En alguien, quiero decir, aparte de en nosotros mismos. De lo contrario, la vida tendría poco sentido.

—Me refería a las ciencias exactas, Justen.

Fritz salió muy temprano de Tennstedt. Cuando llegó a Jena, sin embargo, le resultó difícil ponerse en contacto con Stark, que se encontraba dando una conferencia en Dresde. No obstante, le dijeron que sería posible ver a Jacob Dietmahler, sustituto del catedrático.

—O sea que eres tú, ¡qué suerte! —exclamó Fritz—. A veces pienso que en todos los momentos decisivos de mi vida...

—También mi vida ha tenido sus momentos decisivos —dijo Dietmahler tranquilamente.

Fritz estaba abrumado.

—El amor me ha convertido en un monstruo.

—No te agobies, Hardenberg. Yo me alegro de haber obtenido esta plaza de sustituto, y me he resignado a recorrer con paciencia el largo camino que me espera.

—Lo siento de veras si...

—No perdamos el tiempo con eso. ¿Por qué has venido?

—Dietmahler, el doctor Ebhard le habrá escrito al catedrático una carta explicativa. Mi Sophie está enferma.

—Muy enferma, supongo. Como es natural, no puedo dar ninguna opinión hasta que regrese el profesor Stark, pero Ebhard menciona su tez, lo que nos proporciona un importante indicio sobre...

—Es como una rosa.

—La carta dice: «amarillenta».

Pero Sophie quería salir. Tenía la perseverancia de los verdaderos amantes del placer. En Grüningen se podían hacer tan pocas cosas... Además, nunca le habían cantado una serenata. Aquí, por lo menos, Dietmahler podía ofrecerle ayuda práctica inmediata. En Jena quedaban muchos estudiantes de medicina, sin un centavo, que seguían trabajando durante las vacaciones con la esperanza de obtener el título un poco antes o de poder unirse a un regimiento en calidad de cirujanos menores para componer huesos o curar heridas. ¿Sabrían tocar y cantar? Por supuesto que sí. ¿De qué otra forma, si no era con la música, iban a pasar el tiempo libre los necesitados? Delante de la casa, en el cálido crepúsculo que iluminaba Schaufelgasse, comenzaron

con breves aires, breves canciones populares, y luego un trío. Cuando la Mandelsloh bajó los tres tramos de escalera, monedero en mano, y les preguntó «¿Para quién tocáis?», ellos contestaron: «Para la Filosofía».

Diario de Friederike

Ahora parece que el gran hombre va a venir de verdad a visitarnos, que Goethe va a estar entre nosotros. No nos enteramos por Hardenberg sino, una vez más, por medio de Erasmus, quien, al final, no ha ido a Zillbach, sino que de momento tiene una habitación en una cervecería estudiantil, donde dice que duerme sobre un lecho de paja. Eso es sin lugar a dudas asunto suyo, no mío. También me cuenta que es bien sabido que Goethe no soporta las lentes y que ha llegado a decir: «¿Qué voy a sacar de un hombre a cuyos ojos no puedo mirar mientras le hablo, y el espejo de cuya alma está velado por unas lentes que me desconciertan? Cuando se acerca a mí un extraño con anteojos en la nariz, me invade una sensación de falta de armonía».

Yo no solía llevar lentes, pero ahora las uso para coser y leer, y desde que estamos en Jena las he llevado puestas casi todo el tiempo. A veces, no obstante, hay que pasar por alto los antojos de los grandes hombres.

7 de julio, por la mañana

Primero pusimos en orden nuestro cuarto de estar. Con muebles tan miserables no se puede hacer gran cosa. Están pensados para profesores adjuntos, que se contentan con nada. Los frascos de las medicinas, las cataplasmas y las jeringas —que tanto le gustan a Frau Winkler— están en el dormitorio; las cosas de costura y los periódicos, debajo del canapé. En un día como hoy, gris y ventoso, las ventanas deben estar cerradas, pero no encajan bien. Hay una corriente, eso ya lo sabemos, pero yo me acerco y lo confirmo: es como una espada. El gran hombre de letras podría coger una neumonía y la culpa recaería siempre sobre nosotras.

Söphgen se olvida del dolor, incluso de la enfermedad, cuando hablamos de la corriente. El secreto consiste, dice Frau Winkler, en abrir las ventanas ahora, de par en par, solo un rato. Si el aire de la habitación alcanza la misma temperatura que el de la calle, no se notará corriente alguna. «Pero (le digo yo) la habitación resultará tremendamente inhóspita». «¡No importa!», exclama Söphgen, «lo cerraremos todo bien cerrado cuando se acerque a la casa». Y reúne las pocas fuerzas que le quedan y, antes de que pueda impedirselo, abre las ventanas de par en par. Entonces empieza a toser. «Tenías que haber dejado que lo hiciera yo. Ahora tu tos me perfora como los clavos de Cristo. La corriente no lo habría hecho mejor». Y Sophie se ríe.

Goethe sube por Schaufelgasse. ¡Todos a la ventana! Lleva una levita

azul, y sobre ella un guardapolvo, una prenda noble que casi llega hasta el suelo, cubriendo los tobillos de sus espléndidas botas. Aparentemente, no viene ningún criado con él: es una visita privada.

Me quito las lentes y bajo las escaleras. Sophie también: no quiere quedarse atrás. Se prepara, como si no sintiera ningún miedo. Goethe se presenta, nos da la mano con amabilidad y nos pregunta si su criado puede quedarse en la cocina. Sí que venía acompañado, pero, al parecer, su criado camina siempre unos metros detrás de él, imitando, por respeto, sus gestos y acciones. Sin duda, sería mucho más útil que caminase delante de él, asegurándose de que se dirigen a la dirección correcta.

Una vez arriba, Goethe se sienta en la silla más incómoda, diciendo, cariñosamente, que los poetas se crecen con la incomodidad. Sin embargo, en seguida se pone a caminar por la habitación.

No hay campanilla, pero he llegado con Frau Winkler al acuerdo de golpear con el pie uno de los tablones sueltos para indicarle que suba un refrigerio. El propio Goethe corta diestramente el bizcocho y descorcha la botella. Sugiere que se le lleve un vaso de vino a su criado, a lo que yo accedo, aunque no me parece que haya hecho demasiado para merecérselo. Entretanto, nos habla sobre la salud y la enfermedad. Algunas dolencias, dice, son un simple estancamiento que se resuelve con un par de vasos de agua mineral, pero no hay que dejar que duren: hay que ir al ataque, como en todo.

Debe de saber que el caso de nuestra paciente es muy otro. Era evidente que quería darle ánimos. Por desgracia, no conoce aún la poesía de Hardenberg; de hecho, este ha publicado todavía muy poco. Sophie, para quien la visita era probablemente un honor demasiado grande, no sabía qué decir. Finalmente, se le ocurrió comentar que Jena era una ciudad mucho más grande que Grüningen. Goethe hizo un ligero gesto de asentimiento y replicó que Weimar, también, era más grande que Grüningen.

Sophie no hizo mención a la historia de Fritz, *La flor azul* y Goethe, por lo menos, no hizo mención a la corriente de aire.

Erasmus, que sabía exactamente cuándo tendría lugar la visita, esperaba o, más bien, acechaba en la esquina.

—¡Excelencia! ¡Por favor, solo una palabra! Soy el hermano pequeño de Hardenberg, es decir, uno de sus hermanos. Estudio silvicultura, pero no aquí...

—Ya supongo que no será aquí —dijo Goethe—. No hay facultades de silvicultura en la universidad de Jena.

—Estudí en Hubertusberg. Quiero decir que acabo de marcharme de Hubertusberg. ¿Puedo caminar un rato a su lado?

Goethe sonrió y dijo que no había ninguna ley que lo prohibiera.

—Ha hecho una visita a Fräulein von Kühn —insistió Erasmus—, y a su hermana

mayor, Frau Leutnant Mandelsloh.

—Ah, ¿así que es la hermana mayor? Una mujer de carácter. No había establecido el parentesco... —Puesto que a Erasmus, tosiendo y trotando a su lado, no se le ocurría nada más que decir, Goethe prosiguió—: Creo saber lo que querías preguntarme. Deseas saber si Fräulein von Kühn, cuando recobre la salud, será una verdadera fuente de felicidad para tu hermano. Probablemente tienes la impresión de que existe una gran disparidad de inteligencia entre ellos. Pero ten la seguridad de que no es la inteligencia lo que amamos en una joven. Amamos su belleza, su inocencia, su confianza en nosotros, su donaire, su Dios sabe qué. Pero no la amamos por su inteligencia, y estoy seguro de que Hardenberg tampoco. Será feliz, al menos durante algunos años, con lo que ella pueda ofrecerle, y luego tal vez goce de la incomparable bendición que suponen los hijos, mientras que su poesía...

Erasmus cogió desesperadamente al gran hombre por el brazo a mitad de discurso, haciéndole girar como un objeto arrastrado por la marea.

—Pero ¡no es eso lo que quería preguntarle!

Goethe se detuvo y lo miró fijamente. (El criado, a veinte metros de distancia, se detuvo también y miró el interior de una peluquería).

—Entonces estaba equivocado. ¿No te preocupa la felicidad de tu hermano?

—¡La de él no! —exclamó Erasmus—. ¡Es la de ella, la de Sophie, la que me preocupa!

Tiene que ir a Jena

Salieron para Jena al día siguiente, a las cinco de la madrugada. Les sirvieron un café intragable en uno de los salones. Afuera, en la cima del valle, el cielo mostraba largas franjas de nubes que parecían esperar a que el calor de la mañana las derritiera. Schlöben, salvo por el centelleo del río, estaba en sombra.

—No te imaginas la extraña sensación que tengo —dijo Karl—. Me gustaría poder sentarme ante esta ventana hasta que todo el paisaje se ilumine.

—Este lugar nos cautiva —dijo Sidonie—. No nos daremos cuenta de la intensidad de nuestra tristeza hasta que nos hayamos ido. Hemos venido a ver al pobre Fritz y, sin embargo, estamos más lejos de él que nunca. Me avergüenzo de sentir tanta paz.

—*Satt!* —exclamó Erasmus, golpeando la mesa con la taza de café.

Saliendo temprano, podrían regresar a Schlöben aquella misma tarde, dando a los caballos ocho horas de descanso. En Jena, el barón había reservado para ellos una amplia habitación privada en La Rosa. A pesar de sus dificultades económicas, el barón siempre iba a las mejores posadas, pues no conocía otras.

—¡Ahí está Fritz! —gritó Karl, que conducía el primer carruaje y que entró directamente en el patio de La Rosa.

—¡No, ese no es mi hermano! —exclamó Sidonie. Corrió hacia él saltando del coche antes de que colocaran el escalón—. Fritzchen, casi no reconozco tu cara.

Una comitiva tan grande, lógicamente, no podía presentarse toda a la vez en casa de Frau Winkler. El barón iría primero y los otros más tarde.

—¿No será mejor que te acompañe yo, Heinrich? —preguntó la baronesa reuniendo todo el valor que le quedaba. No, el barón iría caminando con Fritz hasta allí. Saldrían en seguida. Los demás entraron en La Rosa y subieron al hermoso salón que daba a la plaza.

—Ahí van —dijo Karl, descorriendo una de las cortinas de lino blanco—. ¿Cuándo fue la última vez que los vimos caminar juntos de esa manera?

Cuando Fritz y su padre se perdieron de vista, llegó un grupo de prisioneros, encadenados por los pies, para limpiar la calle. En cuanto el vigilante se despistaba, soltaban las escobas y extendían la mano para pedir limosna. Sidonie arrojó su monedero desde la ventana.

—Se matarán por él —dijo Karl.

—No, seguro que tienen un sistema de reparto —dijo Erasmus.

—Probablemente, y los más jóvenes recibirán menos —dijo der Bernhard.

—¡Café, café para las respetables señoras y caballeros! —gritó el patrón, que

había subido con ellos hasta la sala.

Un camarero con un delantal a rayas les preguntó si querían vino.

—Todavía no —dijo Erasmus.

—Quiero que te acuestes —le dijo Sidonie a su madre—. Estos sofás parecen especialmente diseñados para que uno no pueda tumbarse en ellos, pero de todas formas quiero que lo intentes.

La baronesa se tumbó.

—Pobre Fritz, pobrecilla Söphgen. Pero se animará al ver a nuestro ángel. —Le pidió a der Bernhard que se acercara y que se sentara junto a ella. La habitación ya se había calentado un poco. Las gruesas cortinas colgaban completamente inmóviles.

El siguiente en llegar fue Dietmahler, enviado por el profesor Stark por si pudiera servir de ayuda. Vaciló al llegar a la puerta, y fue pasando la mirada de uno a otro en la penumbra de la habitación. Había subido hasta la sala de La Rosa sin ser anunciado. Estaban todos charlando; nadie se dio la vuelta, y Dietmahler confió imprudentemente en el niño rubio que se encontraba cerca de él, examinando el mecanismo de la cafetera.

—Tú eres Bernhard, ¿verdad? Soy un amigo de tu hermano Friedrich, y estuve en tu casa de Weissenfels. No sé si tu hermana Sidonie se acordará de mí.

—Seguro que no —le dijo der Bernhard—. Pero yo sí te recuerdo.

Sidonie, entreoyendo la conversación, se acercó a ellos, con una sonrisa en los labios. Claro que se acordaba de todo: el día de la colada, la alegría de su visita y, por supuesto, él era...

—Por supuesto —dijo der Bernhard.

—Ahora tengo el honor de ser el ayudante del profesor Stark —dijo Dietmahler—. Tal vez haya oído a Fritz mencionarme en sus cartas, en relación con el tratamiento de su prometida. —Dietmahler sacó su tarjeta de visita.

Eso le haría recordar su nombre, sin lugar duda. Pero los breves instantes durante los cuales ella no había podido recordarlo vinieron a confirmarle a Dietmahler lo que al fin y al cabo ya sabía: que él no era nada. Siempre podemos nombrar aquello que significa algo para nosotros. Hundíos, les dijo a sus esperanzas con cierta satisfacción. Hundíos como un cadáver arrojado al río. Me rechaza no por desagradable, ni siquiera por ridículo, sino por no ser nada.

—¡Dietmahler! —exclamó Erasmus. Entonces Sidonie se acordó y se tapó la cara un momento con las manos—. Dietmahler, gracias a Dios que estás aquí, así nos explicarás exactamente lo que está sucediendo. No llevas ejerciendo el tiempo suficiente como para saber mentir.

—Eso no es demasiado cortés —dijo Karl.

—Fräulein von Kühn sigue teniendo fiebre —dijo Dietmahler—. Las visitas largas quedan descartadas; media hora a lo sumo. Por desgracia, su tos está retrasando la cicatrización de la herida. Esta se abre. El profesor considera que si se le autoriza a practicar una nueva operación, cabría pensar en una recuperación completa

e inmediata.

—¿Y qué opinas tú? —preguntó Erasmus.

—Yo no cuestiono el diagnóstico del profesor.

Dicho esto, Dietmahler se disculpó por tener que marcharse. Debía atender, dijo, a otros enfermos.

—Por supuesto —exclamó Sidonie—. Y debe perdonarnos, porque estamos todos muy nerviosos. Incluso ahora no nos planteamos que pueda tener usted otro paciente que no sea la Söphgen de Fritz. Las personas angustiadas son increíblemente egoístas.

—Es lo mismo que me dijo su hermano.

—Entonces mostró más sentido común de lo habitual.

Sidonie estaba intentando desagraciarlo, aunque no sabía muy bien por qué. Cuando se hubo marchado, como no tenían otra cosa que hacer, se asomaron a la ventana para ver cómo se alejaba por la calle adoquinada.

La baronesa estaba durmiendo intranquila. El patrón volvió a preguntar si querían unas botellas de vino.

—Si lo hace feliz, sí —dijo Karl.

—¿Vino de la región, Herr Leutnant?

—¡Dios nos libre! Traiga vino del Mosela.

En cuanto el camarero se hubo marchado después de subir el vino, Erasmus dijo muy alterado:

—Papá está a punto de volver, ya que solo le han permitido una visita de media hora. Hemos actuado muy mal. ¿Cuál será el resultado de su visita? Sabéis que aunque haya dado su permiso o consentimiento, sigue pensando que se trata de un matrimonio desacertado...

—Es bastante desacertado —lo interrumpió der Bern-hard—. Nos corresponde a nosotros ver la belleza que hay en todo esto.

—No deberías haber venido, ángel del hogar —dijo Erasmus enfadado.

—Ni tú tampoco, me parece a mí —dijo Bernhard.

Dirigiéndose a Karl, Erasmus prosiguió:

—¿Por qué se le ha permitido a nuestro padre visitar tan pronto a Söphgen, cuyo estado, pobrecilla, ha afectado de tal manera a Fritz que ni su propia hermana lo reconoció? ¿Cómo debe de sentirse ahora? Como padre y como cristiano sentirá compasión por ella, pero, aparte de eso, pensará que su hijo mayor va a estar atado de por vida a una joven enferma que probablemente no pueda darle hijos. Tendrá que retirar su consentimiento. Nadie podría esperar que actuase de otro modo. Y luego será el pobre Fritz, el desgraciado Fritz, quien se verá obligado a desvelar la cruel verdad, a decir: mi querida Filosofía, siento que mi padre no te considere apta para compartir mi lecho...

—Mi madre se está despertando —dijo Sidonie.

En las escaleras se oyeron unos fuertes pasos que hicieron temblar las nuevas

ventanas de guillotina de la mejor habitación de La Rosa. El barón estaba ante ellos, con lágrimas en los ojos —a eso estaban acostumbrados durante los retiros espirituales: lágrimas de verdadero arrepentimiento—, sollozando con grotescos movimientos convulsivos, como si se hubiera atragantado con la comida.

—¡Pobre niña..., ay! ¡Pobre niña...! ¡Tan enferma..., ay...! Y no posee nada en el mundo...

Se apoyó —algo que no habían visto nunca— en el marco de la puerta, y se aferró a él con las dos manos.

—¡Le regalaré Schlöben!

48

A Schlöben

Entre Artern y Jena, Langensalza y Jena, Dürrenberg y Jena, Fritz recorrió los polvorientos caminos estivales, abarrotados de emigrantes y soldados. En su cuaderno anotó:

Soy como un tahúr que se lo ha jugado todo a una sola carta. No debo ver la herida.

Sophie fue sometida a otra operación para drenar el absceso el 8 de agosto de 1796. Hacia finales de agosto fue necesaria una tercera operación porque las dos anteriores resultaron un completo fracaso. El profesor Stark dijo que las cosas estaban saliendo todo lo bien que cabía esperar. Las fuerzas de la paciente no decaían, y el pus no era demasiado abundante. El otoño, sin embargo, era siempre una época peligrosa, especialmente para los jóvenes.

De Sophie a Fritz: «Querido Hardenberg, apenas puedo escribirte una línea, pero haz el favor de no preocuparte. Te lo pide con buena voluntad tu Sophie».

La tercera operación produjo un gran efecto en ambos padres. La estridencia de Rockenthien, su insistencia en ver siempre el lado bueno de las cosas, sus chistes verdes, todo eso desapareció, pero no gradualmente, sino de la noche a la mañana, como si una mano gigante le hubiera exprimido toda la esperanza. El barón, por el contrario, por primera vez en su vida, vaciló: no en su fe religiosa, sino en la cuestión de qué hacer a continuación. Hasta finales de agosto aplazó la posibilidad de ir a Jena. Luego decidió ir, acompañado de gran parte de su familia, y pasar las noches en Schlöben-bei-Jena. Esto era en parte una forma de deshacerse del tío Wilhelm, que seguía como invitado en Weissenfels.

—Me quedaré aquí, hermano, hasta que vea que mis consejos ya no son necesarios.

—Muy bien —dijo el barón—, entonces no vendrás con nosotros a Schlöben. —Dio instrucciones para que preparasen solo seis o siete dormitorios.

Para ellos y las provisiones de una semana necesitarían los dos carruajes, y cuatro de los sufridos caballos. Fritz ya estaba en Jena, Anton se encontraba en la escuela militar de Schulpforta, pero Karl estaba en casa —la mitad de los oficiales de su

regimiento se hallaban de permiso desde que Sajonia abandonara la coalición contra los franceses—, así como Sidonie y Erasmus. Der Bernhard no tenía muchas ganas de ir, pero tampoco le agradaba la idea de quedarse en Weissenfels con el bebé, los criados y su tío.

La baronesa, dando botes junto a Erasmus en el carruaje, sabía que no estaba bien, en medio del dolor que sentía por Sophie, experimentar siquiera un momento de felicidad. Y, sin embargo, su corazón comenzó a latir más deprisa cuando llegaron al valle familiar, y por primera vez en tres años pudo divisar las cuatro grandes chimeneas de Schlöben y las copas de los álamos. Siempre le había encantado aquel lugar. Tal vez fuera el hecho de que la casa estuviera densamente rodeada de árboles lo que le produjera esa desacostumbrada sensación de seguridad. Anton había nacido aquí, así como una niña, Benigna, que no había sobrevivido. Su marido, ella lo sabía, aunque últimamente venían tan poco, decía que por nada del mundo se desharía de Schlöben.

—¡Las chimeneas! —exclamó Sidonie, que estaba sentada junto al cochero.

Pasaron por delante del roble con las cuerdas de sus viejos columpios, que aún colgaban de una rama alta y otra más baja. A la derecha quedaba el empinado puente que cruzaba tanto el arroyo como el sendero, y que conducía a los edificios de la granja y a la capilla.

La mansión era oscura y húmeda, y estaba en tan mal estado de conservación que el tramo superior de la escalera principal ya no era seguro, por lo que los criados tuvieron que subir a sus dormitorios con escaleras de mano. El *Gutsverwalter* también se había trasladado a la casa grande, simplemente para refugiarse, pues su propia vivienda estaba en ruinas. Pero allí no encontrarían la solemne tristeza de Oberwiederstedt, sino más bien una vaga sensación, en aquel valle neblinoso, de relajación, de estar volviendo a casa después de haber realizado un gran esfuerzo y después de haberlo hecho todo lo mejor posible.

A Karl, sentimental como todos los militares, se le saltaron las lágrimas al pasar por delante de los restos de los columpios, de la vieja pista para trineos que bajaba desde lo alto del monte, y del estanque, seco ahora hasta el otoño. Recordó también los meses que había pasado allí no hacía mucho tiempo, después de que sus planes de casarse por dinero hubieran resultado un fracaso, teniendo que huir de una mujer furiosa e insultada.

—En invierno solíamos meternos paja dentro de las botas —dijo Sidonie.

—Y teníamos que quitárnoslas antes de entrar en casa —dijo Karl—. Qué blancos eran tus pies, Sido, igualitos que un pez, y muy distintos de los nuestros. ¿Te gustaría volver a ser una niña?

—Yo preferiría que fuéramos todos niños —dijo Erasmus—, así tendríamos un reino propio.

—Eso no coincide con mi experiencia —dijo der Bernhard.

Cuando era muy joven, der Bernhard creía que la diferencia de seis años que

había entre él y Sidonie iría desapareciendo gradualmente y que, de la misma manera que llegaría a ser tan alto como ella, o más alto, así también tendría su misma edad, o sería mayor que ella. Se había llevado una gran desilusión.

El cálido atardecer olía a tilos y a estiércol de gallina.

—Escuchad el arroyo —dijo Sidonie—. Lo oiremos susurrar durante toda la noche.

Der Bernhard replicó que él prefería vivir junto a un río.

Mientras descargaban lentamente el equipaje, se abrieron las puertas de la casa y el *Gutsverwalter*, Billerbeck, salió seguido de unas nerviosas aves de corral, que evidentemente también consideraban aquella casa como su hogar. Todos vivían en la parte de atrás. La entrada principal apenas se usaba. A través de la luz crepuscular que inundaba el vestíbulo podía verse la lejana cocina iluminada, al fondo de un pasillo cavernoso.

Entre el barón y su *Gutsverwalter* apenas había formalidades. Eran casi de la misma altura, y se dieron un caluroso abrazo.

—Hemos sufrido, estamos sufriendo, Billerbeck. Dios nos está poniendo a prueba.

—Lo sé, Excelencia.

Cuatro años antes, la última vez que estuvo en Schlöben, Bernhard era un niño muy pequeño y compartió con uno de sus hermanos —estaba casi seguro de que se trataba de Erasmus— una cama con dosel situada en una amplia habitación del primer piso. Aquella habitación, al igual que la mayoría de las que daban al norte, había resultado seriamente dañada desde aquel entonces a causa de las lluvias que entraban por las ventanas rotas. Cualquiera día de estos, repetía Billerbeck una y otra vez, comenzarán las reparaciones. Pero, entretanto, der Bernhard se vio alojado en el rincón de una de las habitaciones del segundo piso, en una cama solo un poco más grande que una cuna.

«Mi padre y mi madre ya están durmiendo», se dijo der Bernhard. «No hace viento, pero de vez en cuando la luna brilla e ilumina la habitación. De alguna parte, además, me llega el tictac de un reloj». Y así era, aunque no pudiese verlo. En la parte exterior del lado sur de Schlöben, a cierta altura, había una enorme y antigua esfera dorada. Se trataba de un reloj que daba la hora, aunque sin demasiada precisión, para todas las dependencias de la casa. El mecanismo del reloj se hallaba dentro de la pared de la habitación que le había sido asignada a Bernhard. «Estoy tumbado intranquilo en mi cama», prosiguió. «Todo el mundo ha oído lo mismo que yo, pero nadie le ha dado ninguna importancia».

Desde hacía algún tiempo pensaba que el capítulo inicial de la historia de Fritz no era nada difícil de entender. Nunca se lo habían enseñado ni se lo habían leído, pero en Weissenfels era imposible que escapase a su indagación cualquier cosa que pudiera interesarle. Todo lo veía.

Le había sorprendido —antes de volver a meter la historia en la maleta de Fritz—

una cosa en concreto: las palabras del forastero que habló de la flor azul durante el almuerzo fueron entendidas por una sola persona. Solo una. Esa persona tenía que ser distinta del resto de la familia. Era una cuestión de reconocer el propio destino y de recibirlo como algo conocido y natural cuando llegase.

En la rosa

Salieron para Jena al día siguiente, a las cinco de la madrugada. Les sirvieron un café intragable en uno de los salones. Afuera, en la cima del valle, el cielo mostraba largas franjas de nubes que parecían esperar a que el calor de la mañana las derritiera. Schlöben, salvo por el centelleo del río, estaba en sombra.

—No te imaginas la extraña sensación que tengo —dijo Karl—. Me gustaría poder sentarme ante esta ventana hasta que todo el paisaje se ilumine.

—Este lugar nos cautiva —dijo Sidonie—. No nos daremos cuenta de la intensidad de nuestra tristeza hasta que nos hayamos ido. Hemos venido a ver al pobre Fritz y, sin embargo, estamos más lejos de él que nunca. Me avergüenzo de sentir tanta paz.

—*Satt!* —exclamó Erasmus, golpeando la mesa con la taza de café.

Saliendo temprano, podrían regresar a Schlöben aquella misma tarde, dando a los caballos ocho horas de descanso. En Jena, el barón había reservado para ellos una amplia habitación privada en La Rosa. A pesar de sus dificultades económicas, el barón siempre iba a las mejores posadas, pues no conocía otras.

—¡Ahí está Fritz! —gritó Karl, que conducía el primer carruaje y que entró directamente en el patio de La Rosa.

—¡No, ese no es mi hermano! —exclamó Sidonie. Corrió hacia él saltando del coche antes de que colocaran el escalón—. Fritzchen, casi no reconozco tu cara.

Una comitiva tan grande, lógicamente, no podía presentarse toda a la vez en casa de Frau Winkler. El barón iría primero y los otros más tarde.

—¿No será mejor que te acompañe yo, Heinrich? —preguntó la baronesa reuniendo todo el valor que le quedaba. No, el barón iría caminando con Fritz hasta allí. Saldrían en seguida. Los demás entraron en La Rosa y subieron al hermoso salón que daba a la plaza.

—Ahí van —dijo Karl, descorriendo una de las cortinas de lino blanco—. ¿Cuándo fue la última vez que los vimos caminar juntos de esa manera?

Cuando Fritz y su padre se perdieron de vista, llegó un grupo de prisioneros, encadenados por los pies, para limpiar la calle. En cuanto el vigilante se despistaba, soltaban las escobas y extendían la mano para pedir limosna. Sidonie arrojó su monedero desde la ventana.

—Se matarán por él —dijo Karl.

—No, seguro que tienen un sistema de reparto —dijo Erasmus.

—Probablemente, y los más jóvenes recibirán menos —dijo der Bernhard.

—¡Café, café para las respetables señoras y caballeros! —gritó el patrón, que

había subido con ellos hasta la sala.

Un camarero con un delantal a rayas les preguntó si querían vino.

—Todavía no —dijo Erasmus.

—Quiero que te acuestes —le dijo Sidonie a su madre—. Estos sofás parecen especialmente diseñados para que uno no pueda tumbarse en ellos, pero de todas formas quiero que lo intentes.

La baronesa se tumbó.

—Pobre Fritz, pobrecilla Söphgen. Pero se animará al ver a nuestro ángel. —Le pidió a der Bernhard que se acercara y que se sentara junto a ella. La habitación ya se había calentado un poco. Las gruesas cortinas colgaban completamente inmóviles.

El siguiente en llegar fue Dietmahler, enviado por el profesor Stark por si pudiera servir de ayuda. Vaciló al llegar a la puerta, y fue pasando la mirada de uno a otro en la penumbra de la habitación. Había subido hasta la sala de La Rosa sin ser anunciado. Estaban todos charlando; nadie se dio la vuelta, y Dietmahler confió imprudentemente en el niño rubio que se encontraba cerca de él, examinando el mecanismo de la cafetera.

—Tú eres Bernhard, ¿verdad? Soy un amigo de tu hermano Friedrich, y estuve en tu casa de Weissenfels. No sé si tu hermana Sidonie se acordará de mí.

—Seguro que no —le dijo der Bernhard—. Pero yo sí te recuerdo.

Sidonie, entreoyendo la conversación, se acercó a ellos, con una sonrisa en los labios. Claro que se acordaba de todo: el día de la colada, la alegría de su visita y, por supuesto, él era...

—Por supuesto —dijo der Bernhard.

—Ahora tengo el honor de ser el ayudante del profesor Stark —dijo Dietmahler—. Tal vez haya oído a Fritz mencionarme en sus cartas, en relación con el tratamiento de su prometida. —Dietmahler sacó su tarjeta de visita.

Eso le haría recordar su nombre, sin lugar duda. Pero los breves instantes durante los cuales ella no había podido recordarlo vinieron a confirmarle a Dietmahler lo que al fin y al cabo ya sabía: que él no era nada. Siempre podemos nombrar aquello que significa algo para nosotros. Hundíos, les dijo a sus esperanzas con cierta satisfacción. Hundíos como un cadáver arrojado al río. Me rechaza no por desagradable, ni siquiera por ridículo, sino por no ser nada.

—¡Dietmahler! —exclamó Erasmus. Entonces Sidonie se acordó y se tapó la cara un momento con las manos—. Dietmahler, gracias a Dios que estás aquí, así nos explicarás exactamente lo que está sucediendo. No llevas ejerciendo el tiempo suficiente como para saber mentir.

—Eso no es demasiado cortés —dijo Karl.

—Fräulein von Kühn sigue teniendo fiebre —dijo Dietmahler—. Las visitas largas quedan descartadas; media hora a lo sumo. Por desgracia, su tos está retrasando la cicatrización de la herida. Esta se abre. El profesor considera que si se le autoriza a practicar una nueva operación, cabría pensar en una recuperación completa

e inmediata.

—¿Y qué opinas tú? —preguntó Erasmus.

—Yo no cuestiono el diagnóstico del profesor.

Dicho esto, Dietmahler se disculpó por tener que marcharse. Debía atender, dijo, a otros enfermos.

—Por supuesto —exclamó Sidonie—. Y debe perdonarnos, porque estamos todos muy nerviosos. Incluso ahora no nos planteamos que pueda tener usted otro paciente que no sea la Söphgen de Fritz. Las personas angustiadas son increíblemente egoístas.

—Es lo mismo que me dijo su hermano.

—Entonces mostró más sentido común de lo habitual.

Sidonie estaba intentando desagraciarlo, aunque no sabía muy bien por qué. Cuando se hubo marchado, como no tenían otra cosa que hacer, se asomaron a la ventana para ver cómo se alejaba por la calle adoquinada.

La baronesa estaba durmiendo intranquila. El patrón volvió a preguntar si querían unas botellas de vino.

—Si lo hace feliz, sí —dijo Karl.

—¿Vino de la región, Herr Leutnant?

—¡Dios nos libre! Traiga vino del Mosela.

En cuanto el camarero se hubo marchado después de subir el vino, Erasmus dijo muy alterado:

—Papá está a punto de volver, ya que solo le han permitido una visita de media hora. Hemos actuado muy mal. ¿Cuál será el resultado de su visita? Sabéis que aunque haya dado su permiso o consentimiento, sigue pensando que se trata de un matrimonio desacertado...

—Es bastante desacertado —lo interrumpió der Bern-hard—. Nos corresponde a nosotros ver la belleza que hay en todo esto.

—No deberías haber venido, ángel del hogar —dijo Erasmus enfadado.

—Ni tú tampoco, me parece a mí —dijo Bernhard.

Dirigiéndose a Karl, Erasmus prosiguió:

—¿Por qué se le ha permitido a nuestro padre visitar tan pronto a Söphgen, cuyo estado, pobrecilla, ha afectado de tal manera a Fritz que ni su propia hermana lo reconoció? ¿Cómo debe de sentirse ahora? Como padre y como cristiano sentirá compasión por ella, pero, aparte de eso, pensará que su hijo mayor va a estar atado de por vida a una joven enferma que probablemente no pueda darle hijos. Tendrá que retirar su consentimiento. Nadie podría esperar que actuase de otro modo. Y luego será el pobre Fritz, el desgraciado Fritz, quien se verá obligado a desvelar la cruel verdad, a decir: mi querida Filosofía, siento que mi padre no te considere apta para compartir mi lecho...

—Mi madre se está despertando —dijo Sidonie.

En las escaleras se oyeron unos fuertes pasos que hicieron temblar las nuevas

ventanas de guillotina de la mejor habitación de La Rosa. El barón estaba ante ellos, con lágrimas en los ojos —a eso estaban acostumbrados durante los retiros espirituales: lágrimas de verdadero arrepentimiento—, sollozando con grotescos movimientos convulsivos, como si se hubiera atragantado con la comida.

—¡Pobre niña..., ay! ¡Pobre niña...! ¡Tan enferma..., ay...! Y no posee nada en el mundo...

Se apoyó —algo que no habían visto nunca— en el marco de la puerta, y se aferró a él con las dos manos.

—¡Le regalaré Schlöben!

50

Un sueño

Karl señaló que su padre no tenía poder para hacer nada semejante. Había heredado Schlöben de su tío, Friedrich August, en 1768, y la propiedad estaba vinculada a Fritz, que nació cuatro años después. Pero eso no disminuía en absoluto la generosidad del sacrificio —nacido de la más pura compasión— que pretendía hacer el barón von Hardenberg. Der Bernhard pensó que sí que la disminuía un poquito.

En aquella época, había una imagen pertinaz que rondaba la mente soñadora de Fritz. Finalmente, se hizo a un lado y la dejó pasar: él era de nuevo un estudiante en Jena, estaba escuchando una conferencia de Fichte sobre el yo, y de repente se le ocurría que no debía estar en la universidad, que se encontraba en el lugar equivocado porque había oído que su amigo Hardenberg vivía en Schlöben, que quedaba a solo dos horas de allí a caballo. El suyo no era un buen ejemplar, de modo que llegó a su destino cuando ya había anochecido. Llamó a la puerta, y le abrió una joven de pelo negro. Pensó que sería la mujer de su amigo Hardenberg, pero no se atrevió a preguntar. En Schlöben fue muy bien recibido y su estancia duró dos semanas. Cuando llegó el momento de marcharse, su anfitrión aceptó su agradecimiento, pero le dijo que no debía volver por allí.

Fritz anotó la historia tal como le había venido a la cabeza, en un solo párrafo. Puesto que tenía que ir a Tenn-stedt, le preguntó a Karoline Just si se lo podía leer.

—Esto es como en los viejos tiempos —dijo Fritz, mirando a su alrededor como sorprendido—: el salón, la lumbre, tus tíos ya en la cama, la lectura...

Karoline pensó: «Antes no hablaba así. Parece un vecino cualquiera».

Fritz abrió su cuaderno.

—Debo decirte que esta es la historia de un sueño.

—En ese caso solo puedo escucharla debido a nuestra larga amistad —dijo Karoline—. Deberías saber que a la gente solo le interesan sus propios sueños.

—Pero lo he soñado más de una vez.

—Peor aún.

—Justen, no deberías hablar con tanto desprecio de los sueños —le dijo—. Son responsables de cosas que llevan siete años sin aparecer por el manicomio de la filosofía.

Mientras él leía en voz alta, Karoline pensó: «Hace siete años no lo conocía».

—¿Vale la pena seguir adelante con el relato, Justen?

—Déjame leer a mí una vez. —Luego preguntó—: ¿Qué aspecto tenía la joven?

—Eso no tiene importancia. Lo que importa es que abrió la puerta.

Los amigos del barón y sus colegas de las minas de sal, incluso Coelestin Just,

consideraron su gesto —el regalo de Schlöben a Sophie von Kühn— como un absurdo ejemplo de *Herrnhuterei*. Respecto a los aspectos legales, ninguno de ellos estaba demasiado seguro, pero «es algo inaudito, innecesario», dijo el viejo Heun. «Nuestro Señor Jesucristo no llegó a tanto. Los hijos de Hardenberg van vestidos como pordioseros, la finca de Oberwiederstedt está sin un céntimo: este no es el momento adecuado para mostrarse tan compasivo y espléndido». Senf señaló con sarcasmo que la finca de Schlöben también estaba sin un céntimo.

Estas cosas, como es lógico, no se dijeron en presencia del Kreisamtmann Just, aunque este era perfectamente consciente de ellas. Incluso en su casita del jardín, la melancolía se apoderaba de él.

—Se trata simplemente de que estás muy mal acostumbrado —dijo Karoline—. Nos tienes a mí y a Rahel, que somos de hábitos fijos, por lo que te cuesta trabajo imaginar que podamos cambiar. Y cuando tu viejo amigo se comporta de determinada manera, llegando a parecer una persona diferente, lo que sientes es que la vejez se va aproximando «con paso silencioso».

—Lo cierto es —le dijo su tío—, lo cierto es que el viejo Hardenberg no ha cambiado. De una forma o de otra, siempre ha sido imposible entender su comportamiento. A eso lo llamo yo hardenberguismo. Pero no hay que lamentarse cuando una persona escucha mensajes divinos. —Miró más de cerca a su sobrina y dijo—: Karolinchen, es absurdo que digas que tú eres de hábitos fijos.

—Fijos o no, soy siempre bien recibida aquí —dijo Karoline con una sonrisa—: siempre me dices eso; ¿vas a decir lo contrario ahora?

—Decidme a qué debo atenerme, Erasmus, Karl, Sidonie —preguntó la baronesa—. Sigo sin entender cuál ha sido la propuesta. ¿Schlöben ya no nos pertenece?

—Tranquilízate —le dijo Erasmus—. A la pobre Sophie lo único que le interesa es volver a Grüningen.

La baronesa sintió alivio y al mismo tiempo cierto resentimiento, que solo der Bernhard percibió, ante lo que parecía casi una crítica a Schlöben. ¿Era posible que la joven no quisiera vivir allí?

—Si vuestro padre quiere que lo haga —dijo—, tendrá que hacerlo.

51

Otoño de 1796

En septiembre comenzaban a llegar a Jena carretas cargadas de leña para el invierno. Las ramas de los pinos rozaban contra las ventanas de las calles laterales, donde se amontonaban las ramitas como en un nido de grajos. Las bocas de acceso se abrieron súbitamente en el pavimento y recibieron con agrado las avalanchas de madera. Al mismo tiempo, había comenzado ya la época de los encurtidos, y enormes barriles de vinagre empezaban a bajar por los peldaños a la hedionda oscuridad de los sótanos. Todas las casas se preparaban según sus dimensiones, ocultando su tesoro de leña y vinagre. Los estudiantes habían regresado, «y también las putas», dijo la Mandelsloh. «Han estado probando fortuna en otros lugares durante las vacaciones: en Leipzig o en Berlín». Volvían a Jena en modestos carricoches, aunque no a las calles próximas a Schaufelgasse. Esto supuso una decepción para Sophie, porque le habría gustado echarles un vistazo. La *Fakultät*, también, regresó a sus casas y puso sus anuncios para los meses de invierno. Había conferencias públicas gratuitas, muchas más privadas, y algunas *privatissime*, que eran las más caras. El profesor Stark daba conferencias, *privatissime*, sobre enfermedades femeninas.

Fritz, mientras estaba todavía en Tennstedt, recibió una carta de Schaufelgasse escrita con una letra que no le resultaba familiar. Por la firma vio que era del Leutnant Wilhelm Mandelsloh, a quien habían concedido un permiso en el regimiento del príncipe Clemens zu Langensalza. Decidió escribir, decía, a petición de su mujer. Sophie no resistía mucho tiempo en el escritorio, y su mujer puso la excusa de que estaba ocupada con tareas femeninas («Quieren darle algo que hacer», pensó Fritz), de modo que le encargaron a él la descripción de la salud de la enferma. Pese a lo que decía el teniente, Sophie se las arregló para incluir una nota diciendo que se encontraba muy bien, solo que por desgracia a veces se sentía un poco floja, y que le enviaba miles de besos.

A finales de septiembre terminó el permiso del teniente, que hubo de regresar, quizá con cierto alivio, a Langensalza. Probablemente, llegó a la conclusión de que ya no era de mucha importancia para los planes de su mujer.

Los Schlegel y sus parásitos ya no acudían a Schaufelgasse, recurriendo a Dietmahler para mantenerse informados. Solo podía decirles que la fiebre de Sophie era intermitente, en tanto que la incisión cicatrizaba repetidamente por fuera, y luego se abría de nuevo y descargaba por dentro. Stark prescribió una dosis mayor de láudano, que Dietmahler se encargaba de llevarle a Sophie dos veces a la semana.

—Le deseo suerte en su carrera —dijo la Mandelsloh. Regresarían a Grüningen para pasar las Navidades y también el cumpleaños de Sophie, en marzo.

—Sí. Cumple quince años en primavera —le dijo Dietmahler a Caroline Schlegel—. Todavía se puede esperar lo mejor, tanto en lo que se refiere al cuerpo como a la mente.

—No lo veo así —repuso Caroline—. Hardenberg solo puede esperar que se haga mayor, lo cual, al parecer, es posible que no llegue a producirse.

Dietmahler pensó para sí: «No tengo motivos para quedarme en Jena con esta gente, ni siquiera en este país. Lo único que necesito es una recomendación de alguien importante. Podría ir a Inglaterra». Aunque el doctor Brown había muerto, Dietmahler creía que dos de sus hijos seguían ejerciendo en Londres. «En cuanto a mi madre, me encargaría de enviarle dinero regularmente. O podría venirse conmigo».

Erasmus sirve de ayuda

Fritz, mi hermano del alma —dijo Erasmus—. Déjame ayudarte. Hasta que se sepa cuál va a ser mi primer destino no soy más que un estorbo. Permíteme acompañar a tu Sophie y a la Mandelsloh en su viaje de vuelta a Grüningen.

Tenía que ser pronto, antes de que el invierno hiciera los caminos intransitables para una inválida. La Mandelsloh había pensado ya en casi todo lo necesario. Alquiló un carruaje cerrado y se ocupó de que los caballos calzaran herraduras con ramplones para las heladas, envió por delante el equipaje pesado, visitó a la mujer del profesor Stark y le regaló un juego de cuchillos de plata, dio propinas a los criados, escribió una breve nota a los Schlegel y dejó que Frau Winkler llorara en su hombro durante media hora. Lo único que tenía que hacer Erasmus era cabalgar al lado del carruaje (una escolta carirredonda y poco impresionante) y estar de servicio en cada parada. Cuando estuvieran a quince kilómetros de Grüningen, debería adelantarse para anunciar su llegada. Su verdadero motivo era uno de los más poderosos que conoce el hombre: la necesidad de atormentarse a sí mismo.

El primer día salieron tarde y recorrieron solo quince kilómetros. En El Oso de Mellingen, Sophie fue llevada directamente a su habitación.

—Ya está dormida —dijo la Mandelsloh cuando Erasmus entró en la posada después de haberse hecho cargo del equipaje. Le encargó a la sobrina del posadero que esperase en la habitación de Sophie y que la llamase de inmediato en caso de ser necesario.

Por fin en paz, se sentó entre las luces y sombras irregulares de las velas y el fulgor de la estufa, sobre la cual, en un gran hueco abovedado, se ponían las botas a secar y se colocaban los platos para mantenerlos calientes. El resplandor iluminaba el lado izquierdo de su disciplinado rostro dándole una tonalidad dorada, de tal forma que a Erasmus le pareció por un instante que aquella no era la Mandelsloh.

—La *Abendessen* está listo —dijo ella.

Erasmus pensó: «Es una santa guerrera, un ángel fuerte en la batalla».

—He estado en la cocina —prosiguió—. Estofado, manos de cerdo, ciruelas en conserva y sopa de pan.

—Yo no puedo comer —dijo Erasmus.

—Vamos, somos sajones. Podemos disfrutar de un buen almuerzo aunque tengamos el corazón roto.

Erasmus suspiró.

—Hasta el momento, por lo menos, el viaje no le ha hecho empeorar.

—No, ni lo más mínimo.

—Pero el dolor...

—Lo sufriría yo por ella si pudiera —dijo la Mandelsloh—. La gente dice ese tipo de cosas, pero no estaría dispuesta a cumplirlas. Yo, en cambio, sí. Pero esperar lo que no puede ser equivale a perder el tiempo, y eso es una irresponsabilidad.

—Los años te han ido enseñando filosofía.

Para sorpresa de Erasmus, ella sonrió y dijo:

—¿Cuántos años crees que tengo?

Erasmus vaciló.

—No sé... Nunca me lo había planteado.

—Tengo veintidós.

—Los mismos que yo —dijo consternado.

Una vista al magister Kegel

Hausherr von Rockenthien no había sido lo que se dice muy querido en Grüningen, pero su risa se echaba de menos. Al ser un hombre sin astucia, siguió comportándose como de costumbre, abriendo los brazos de par en par, abrazando a sus amigos, silbando a los perros para salir a cazar, pero ahora, como si algún mecanismo se hubiera estropeado, sin reírse.

No es de extrañar que decidiese ir a la ciudad para hablar con el Magister Kegel. Esta había sido siempre su costumbre: era demasiado impaciente como para citar a alguien en el Schloß y esperar hasta que llegase. Lo que no era habitual es que lo acompañara su mujer. Incluso en estos momentos de angustia, ella permanecía tan inactiva o, usando una palabra más suave, tan tranquila como siempre. De este modo, el cabriolé se situó en la entrada cubierta de escarcha y ambos se subieron a él; los muelles del lado del Hausherr rebotaron bruscamente cuando este tomó asiento.

—Hacía el mismo tiempo —dijo— cuando Coelestin Just trajo por primera vez a Hardenberg a nuestra casa.

—Yo creo recordar que estaba nevando —dijo Frau Rockenthien.

El Magister Kegel, desde que se retiró, vivía con sus libros en una casita próxima a la biblioteca privada. Felicitó a Rockenthien por el regreso de sus hijastras de Jena. Toda la gente del distrito había echado de menos a Fräulein Sophie. Deseaba sinceramente que, con la ayuda de Dios, su salud mejorase, pero no le apetecía acercarse hasta el Schloß Grüningen.

—He dado clases en su casa siempre que ustedes me lo han pedido. No tengo nada que reprocharme, pero los resultados han sido uniformemente desalentadores. Los dos pequeños, de momento, no me han sido confiados, pero, desde mi punto de vista, la pobre Fräulein Sophie no debería intentar estudiar bajo ningún concepto, mientras esté enferma, lo que ya le resultó demasiado difícil cuando estaba sana. Me parece completamente inadecuado. Sería una pantomima.

—No obstante, es lo que ella desea —dijo Rockenthien.

—¿Qué es lo que quiere estudiar?

—Creo que le gustaría aprender algo ostentoso —dijo Rockenthien con avidez—, o más bien digno de mención, para asombrar a su prometido.

—Yo no soy una persona de la que se pueda aprender nada ostentoso —dijo el Magister, recorriendo con la vista sus modestas posesiones—. Y tal vez deba aprovechar la oportunidad para decir que, a mi entender, en su casa siempre han tratado ustedes a von Hardenberg con demasiada indulgencia.

—En mi casa se trata con indulgencia a todos los jóvenes —dijo Rockenthien con

tristeza. Presintió que Kegel estaba a punto de negarse en redondo a acceder a su petición. Frau Rockenthien, que hasta entonces no había abierto la boca, siguió callada. Es posible que ni siquiera estuviese pensando. Kegel, sin embargo, la miró fijamente cuando se levantaba de la silla, asintió ligeramente con la cabeza, y dijo que en principio acudiría al Schloß el miércoles siguiente:

—Pero no querría interrumpir ningún tratamiento médico.

—No se preocupe por eso —le dijo Rockenthien—, Söphgen está siendo atendida por Langermann, que solo le receta leche de cabra.

El doctor Langermann, que había sustituido al doctor Ebhard, era un simpático médico de la vieja escuela, conocido por todas las buenas familias de Grüningen. Su opinión particular era que en Jena habían estado envenenando a Fräulein Sophie. La recuperación se produciría en primavera, cuando la leche de cabra fuese de la mejor calidad.

El álgebra, al igual que el láudano, alivia el dolor

En Weissenfels se hablaba de la Conferencia de neutralidad que había estado a punto de celebrarse en la ciudad —pero que al final, para desconsuelo de los comerciantes, no había tenido lugar allí—, de los desastres de Prusia, de la muerte de la vieja prostituta de Babilonia en San Petersburgo, y de la prometida de Hardenberg. Pero Fritz ya no veía a sus viejos amigos ni a los Brachmann, ni siquiera a Frederick Severin. «No esperéis que os sirva de compañía», les dijo Sidonie. «En cuanto termina su trabajo del día, se encierra en su habitación. Por más que llames a la puerta, no contesta. Se ha recluido en el reino de la mente». Severin replicó que la mente tenía muchos reinos. «Fritz está estudiando álgebra», dijo Sidonie.

«El álgebra, al igual que el láudano, alivia el dolor», escribió Fritz. «Pero el estudio del álgebra me ha confirmado que la filosofía y las matemáticas, al igual que las matemáticas y la música, hablan el mismo idioma. Pero eso no basta. Ya encontraré el camino. Paciencia, la puerta se abrirá.

«Creemos conocer las leyes que rigen nuestra existencia. Una o dos veces en la vida vislumbramos un sistema completamente distinto que funciona a sus espaldas. Un día, mientras leía entre Rippach y Lützen, sentí la certidumbre de la inmortalidad, como el roce de una mano. Cuando fui por primera vez a casa de los Just en Tennstedt, todo me pareció radiante, incluso el mantel verde, sí, hasta el azucarero. La primera vez que vi a Sophie, un cuarto de hora me bastó para decidirme. Rahel me reprendió, Erasmus me lo reprochó, pero se equivocaban, los dos se equivocaban. En el cementerio de Weissenfels vi a un muchacho que estaba de pie, con la cabeza agachada, meditando sobre un espacio verde todavía sin remover: una imagen reconfortante en la penumbra. Estos fueron los momentos verdaderamente importantes de mi vida, aunque termine mañana.

«Tal como están las cosas, somos los enemigos del mundo y unos extraños en esta tierra. Nuestra comprensión del mundo es un proceso de extrañamiento. Por medio del propio extrañamiento me gano la vida día a día. Digo: esto es animado, pero aquello es inanimado. Soy inspector de minas de sal, aquello es sal gema. Voy más allá, mucho más allá, y digo que esto es un despertar, aquello un sueño, esto pertenece al cuerpo, aquello al espíritu, esto pertenece al espacio y la distancia, aquello al tiempo y la duración. Pero el espacio se desborda sobre el tiempo, al igual que el cuerpo sobre el alma, de forma que el uno no puede medirse sin el otro. Quiero esforzarme en encontrar otro tipo de medida.

»Amo a Sophie todavía más porque está enferma. La enfermedad, el desamparo, reclaman amor. No amaríamos siquiera a Dios si Él no necesitase nuestra ayuda. Pero

aquellos que están bien y solo tienen que cruzarse de brazos sin hacer nada también necesitan ayuda, quizá más que los enfermos».

La lección del magister Kegel

El dormitorio de Sophie estaba abarrotado: el aire era espeso. Había también mucho ruido: la voz a cuál más aguda de los pequeños, George imitando a alguien, los trinos y gorjeos de los pajaritos en sus jaulas, los ladridos tontos de los perros...

—No puedo dar una clase con semejante alboroto —exclamó el Magister cuando un criado le abrió la puerta de la habitación—. Haz el favor de llevarte, por lo menos, a los cinco perros. ¿Dónde está Frau Leutnant Mandelsloh?

—Mi padrastro le pidió que bajara a ordenar su despacho —dijo George.

—Ah, George. Hacía tiempo que no te veía.

Sophie estaba tumbada entre chales en un pequeño canapé.

—*Ach*, querido Magister, George estaba haciendo... Estaba haciendo un poco de...

—Estaba imitándome a mí. Me di cuenta perfectamente al acercarme.

George, que no estaba en el *Internat* por ser vacaciones de Navidad, se puso como un tomate. Los pájaros comenzaron a gorjear con resentimiento.

—Fräulein, te expreso mi condolencia por todo lo que has sufrido, y lo que aún te queda por pasar —dijo el anciano. Y luego, dirigiéndose a los pequeños—: ¿No pensáis en vuestra hermanastra? ¿No veis que ya no es la misma de antes?

—Eso pensábamos al principio —dijo Mimi—, pero ahora ya no nos acordamos de cómo era antes.

Tienen suerte, pensó Kegel.

—Deje que se queden, tienen que quedarse —exclamó Sophie—. *Ach*, no sabe lo aburridas que estábamos, excepto al principio, en Jena. Y ahora que he vuelto a casa...

—¿No esperas la visita de Hardenberg?

—Va y viene constantemente —dijo George—. Es uno más de la familia, así que no tiene que avisarnos de sus movimientos.

El Magister le hizo una seña a la niñera para se llevase a Mimi y a Rudolf. Él mismo cubrió con un chal la jaula de los pájaros, todavía algo nerviosos. Luego se sentó en una silla al lado del canapé y sacó un libro.

—¡*Ach*, Magister, mi viejo *Fibel*! —chilló Sophie.

—No, este es para alumnos más avanzados —dijo—. Son pasajes que nos hablan de lo que los antiguos romanos, o algunos de ellos, escribieron sobre la amistad.

—Ha sido usted tan amable en venir... —consiguió decir Sophie—. Quiero que me perdone... No quisiera herir sus sentimientos... Ahora no me río, o por lo menos no me río tanto.

—Mis sentimientos no tienen la menor importancia. Si la tuvieran, no habría sido maestro.

La Mandelsloh estaba en la puerta.

—¿No sabías que Sophie no debe reírse ni llorar bajo ningún concepto hasta que la herida haya cicatrizado del todo?

—Te juro que no lo sabía —exclamó George muy asustado.

—Estoy seguro de que no lo sabías —dijo el Magister.

—Soy tan tonta —dijo Sophie de repente—. No soy de mucha utilidad en este mundo.

Rockenthien entró a trompicones detrás de la Mandelsloh.

—Vengo a oír la lección —le dijo por encima del hombro, adaptando su voz, pensaba, a las circunstancias—. Espero sacar provecho de ella.

—Todos los que escuchen sacarán provecho —dijo Kegel—. Pero media hora será más que suficiente para Fräulein Sophie.

—Eso es lo que les he dicho a todos —afirmó Rocken-thien.

—¿A quién se refiere?

Se refería a todos los que había podido reunir en el trayecto desde su despacho: otra vez Mimi y Rudi, con su niñera, un joven lacayo, dos huérfanas a las que habían dado trabajo por caridad en el cuarto de la ropa blanca y cuyos nombres todos ignoraban, y el chico que repartía la leche de cabra, que, en circunstancias normales, nunca entraba en la casa. Algunos dudaron, pero el Hausherr los instó generosamente a que entrasen en la habitación o de lo contrario perderían una oportunidad que podría no volver a repetirse.

—Ni yo mismo sé muy bien lo que dijo Cicerón sobre la amistad.

Sophie extendió los brazos hacia todos ellos. Con la algarabía apenas se oían sus risas y toses. Los perritos volvieron a saltar entusiasmados sobre la cama, a ver quién le lamía la cara primero.

El Magister Kegel cerró su libro. «Al fin y al cabo, estas personas nacieron para ser felices», pensó.

A comienzos de 1797, Fritz tuvo diez días libres, que pasó en Grüningen. Le preguntó a Sophie:

—Mi querida Filosofía, ¿duermes bien?

—Oh, sí, me dan algo para dormir.

—La noche es una fuerza oscura —dijo Fritz.

—Oh, no me asusta la noche.

La tarde del 10 de marzo Fritz le preguntó a la Mandelsloh:

—¿Debo quedarme aquí?

—Eso tienes que decidirlo tú mismo.

—¿Puedo verla?

—No, ahora no.

—¿Y más tarde?

La Mandelsloh, que parecía haber tomado algún tipo de decisión, dijo:

—De momento, la herida no cicatriza. Ayer nos dijeron que dejásemos la herida abierta.

—¿Cómo?

—Con hilo de seda.

—¿Y durante cuánto tiempo?

—No sé durante cuánto tiempo.

Fritz volvió a preguntar:

—¿Debo quedarme aquí? —En esta ocasión no obtuvo respuesta y entonces exclamó—: Santo cielo, ¿por qué tiene que haber un matón como tú, un cabo interino disfrazado de mujer, entre yo y mi Söphgen?

—No te atreverías a mirar la herida —dijo la Mandelsloh—, pero no te lo reprocho.

—No me interesa saber lo que me reprochas o dejas de reprocharme. ¿Me quedo o me voy?

—Ya hemos hablado en otra ocasión sobre el valor —le recordó la Mandelsloh.

—Coincidimos en que no había manera posible de medirlo —dijo Fritz—. Der Bernhard fue valiente cuando se escapó al río. Mi madre, a su manera, fue valiente cuando se reunió conmigo en el jardín...

—¿Qué jardín?

—... el regimiento de Karl fue atacado en Maguncia. Y tú, también, presenciaste las tres operaciones. Y mi Söphgen...

—Esto no es una competición —dijo la Mandelsloh—. En cualquier caso, de nada sirve mirar hacia atrás. ¿Que qué puedes hacer por ella? Eso es lo único que tienes que preguntarte en esta casa.

—Si me permitieran cuidarla, aunque no lo creas, podría hacerlo —dijo Fritz—. Sí, de eso sé un poco.

—Si te quedases aquí no te querríamos como enfermero —repuso la Mandelsloh—. Te querríamos como mentiroso.

Fritz levantó su pesada cabeza.

—¿Qué tendría que decir?

—Dios bendito, todos los días tendrías que decirle «Tienes mejor aspecto esta mañana, Söphgen. Sí, un poco mejor. Pronto podrás salir a pasear al jardín. Lo único que hace falta es que haga un poco más de calor».

Pronunció esas palabras como los actores en un primer ensayo, sin sentimiento. Fritz la miró horrorizado.

—Y si no fuera capaz de decirle eso, ¿me tomarías por un cobarde?

—Mi idea de la cobardía es muy sencilla —dijo la Mandelsloh.

Al cabo de un momento Fritz exclamó:

—No podría mentirle, de la misma manera que tampoco podría mentirme a mí mismo.

—No sé hasta qué punto un poeta se miente a sí mismo.

—Sophie es mi espíritu guardián. Ella lo sabe.

La Mandelsloh no respondió.

—¿Me quedo?

La Mandelsloh siguió sin decir nada, y Fritz salió bruscamente de la habitación. «¿Adónde irá?», se preguntó la Mandelsloh. Eso es mucho más sencillo para un hombre. Si una mujer tiene que tomar una decisión difícil, ¿adónde puede ir para estar sola?

Sophie se sintió decepcionada, aunque no demasiado, al enterarse de que Fritz había regresado a Weissenfels. Con frecuencia, había tenido que partir en un momento en que ella no se encontraba bien para verlo. Cuando estaba despierta, podía oír el sonido de su caballo pasando por delante de la casa, aunque Fritz ya no montaba a *Gaul*, cuya forma de arrastrarse siempre había sido capaz de reconocer. A veces Fritz, cuando estaba a punto de marchar, se bajaba del caballo, atravesaba corriendo el vestíbulo, subía las dos escaleras, que no eran nada para él, y entraba en su habitación para decirle una vez más: «Sophie, eres el corazón de mi corazón».

Aquella tarde no sucedió así, y Fritz no regresó.

Tres horas y tres cuartos hasta Weissenfels, con una parada en Freiberg. En las afueras de Weissenfels las huertas estaban vacías —solo sobresalían los tallos de los repollos— bajo la luz de la luna. Las puertas de la ciudad estaban cerradas. Fritz pagó la multa que se les imponía a quienes llegaban tarde, y cabalgó lentamente hasta la casa de su padre.

Era la primera semana de cuaresma y solo brillaban algunas luces en las ventanas de Kloster Gasse. Su padre y su madre ya se habían acostado. Erasmus era el único miembro de la familia que estaba todavía levantado.

—No pude quedarme... —le dijo Fritz.

—Mi hermano del alma...

Epílogo

Sophie murió a las diez y media de la mañana del 19 de marzo, dos días después de su decimoquinto cumpleaños. Fritz, que se encontraba en Weissenfels, recibió la noticia dos días más tarde. Karoline Just recibió también una carta de una de las hermanas mayores de Sophie; en ella le contaba cómo la pobre muchacha, «con su fantasía», oía todo el tiempo el sonido de los cascos de los caballos.

Fritz no fue un escritor conocido hasta después de la muerte de Sophie. En febrero de 1798 les dijo a sus amigos que a partir de entonces usaría como seudónimo un viejo nombre familiar, Novalis, que significa «tierra nueva». Bajo ese seudónimo publicó sus *Himnos a la noche* y trabajó en una serie de proyectos, algunos acabados, otros fragmentarios. La historia de la flor azul, ahora llamada *Heinrich von Ofterdingen*, no llegó a terminarla nunca.

En diciembre de 1798, Fritz se prometió a Julie, la hija del concejal Johann Friedrich von Charpentier, profesor de matemáticas en la academia de minas de Freiberg. Julie tenía veintidós años. A Fritz le iba muy bien en la dirección de las minas de sal y fue nombrado magistrado supernumerario del distrito de Turingia. Escribió a Friedrich Schlegel para decirle que le esperaba una vida muy interesante. «Sin embargo», añadió, «preferiría estar muerto».

Hacia finales de la década de 1790, los jóvenes Hardenberg fueron cayendo uno a uno, casi sin protestar, víctimas de la tuberculosis pulmonar. Erasmus, que insistía en que tosía sangre solo porque se reía demasiado, murió el día de Viernes Santo de 1797. Sidonie duró hasta los veintidós años. A comienzos de 1801, Fritz, que había comenzado a mostrar los mismos síntomas, regresó a la casa de sus padres en Weissenfels. En su lecho de muerte le pidió a Karl que tocara el piano para él. Cuando Friedrich Schlegel se presentó, Fritz le dijo que había cambiado por completo su proyecto para la historia de la flor azul.

Der Bernhard se ahogó en el Saale el 28 de noviembre de 1800.

George murió, siendo ya teniente, en la batalla de Smolensk en 1812.

Un año después de la muerte de Fritz, Karoline Just se casó con su primo Carl August.

La Mandelsloh se divorció de su marido en 1800 y se casó con un general llamado von Bose. Vivió hasta los setenta y cinco años.

El anillo de oro de Fritz, con la inscripción «Sophie, sé mi espíritu guardián», se encuentra en el museo municipal de Weissenfels.

Postfacio

¿Cuál es el significado?

por Terence Dooley

En el fondo del salón, una joven de pelo negro estaba mirando por la ventana, dando golpecitos en el cristal como si quisiera llamar la atención de alguien en el exterior.

[...]

Que el tiempo se detenga hasta que se dé la vuelta —dijo Fritz en voz alta.

1

Sophie se da la vuelta «como movida por una ráfaga de viento», y desde ese instante se convierte en la «sabiduría» de Fritz, en su «fantasía». Ella es una chica sajona de lo más normal. Una joven que ha crecido alimentada a base de patatas y que, ante la pregunta acerca de qué piensa de la poesía, responde que «nada en absoluto». Le gustan la sopa de repollo y la anguila ahumada, la música y fumar en pipa, pero carece de la imaginación necesaria para poder creer en Dios. Además, querría volver a nacer solo «si tuviera el pelo rubio».

Fritz, por el contrario, está a punto de concluir sus años de juventud y su *Bildung*, y es considerado por todos un genio incluso antes de darse a sí mismo el nombre de Novalis y antes de haber escrito las obras clave del romanticismo alemán, para el que inventó el que sería su misterioso símbolo, la flor azul.

La flor azul es también la última novela de Penelope Fitzgerald, quien la escribió con casi ochenta años. Se la suele considerar de manera unánime su obra maestra, y es frecuente que la crítica se refiera a ella aludiendo a que se trata del libro de un genio sobre otro genio. Nos encontramos ante una novela en la que se perfila el mundo de un poeta para el que de repente todo se ilumina sin previo aviso, y en la que, a la vez, se nos muestra el mundo cotidiano y extrañamente real de una vida en la que hay que desplumar gansos, en la que existe el día anual de la colada, en la que se habla de minas de sal y en la que se alternan, como en todas las vidas, las alegrías y las desdichas. Una novela en la que se muestra el día a día del protagonista con su

familia, en especial con sus jóvenes hermanos y sus amigos, pero en la que se presta también especial atención a otras personas de toda edad y condición, que van apareciendo a lo largo de los brevísimos capítulos. Tal vez haya en ella una treintena de personajes memorables, incluso más, y todos ellos aparecen retratados con unos muy sutiles y leves trazos de la pluma. Y, como fondo, el devenir de la Historia. Ambientada en la época inmediatamente posterior a la Revolución francesa, *La flor azul* abunda en las nuevas ideas que comenzaban a triunfar en los campos de la política, la filosofía y la literatura. Estaba dando comienzo una nueva era. Tal vez una edad de oro.

Fitzgerald se entrega a la labor de crear y organizar todo este universo en lugar de recrearlo y reorganizarlo. Es obvio que el autor de una biografía ha de centrarse en el sujeto que constituye su objeto de estudio y que, por tanto, ha de limitar la presencia del resto de personas que pudieran tener algún tipo de influencia en la vida del biografiado. Todos los demás son simples copartícipes en el juego, acompañantes, que se presentan a la luz de la relación que hubieran mantenido con la persona merecedora de tan intenso escrutinio. Pero no es esto lo que sucede en *La flor azul*, ya que en la novela nunca se habla solo de la historia de una única persona. El enfoque cambia de un capítulo a otro, y su intensidad dimana de las citas que aparecen de forma velada en cada página, extraídas de las cartas de Fritz von Hardenberg y de los de su círculo, de sus poemas, de sus diarios, de su propia novela y, por supuesto, de las partes que constituyen un puro ejercicio de invención por parte de la autora. La paradoja radica en que suele suceder que en una biografía al uso no se logre captar bien la magnitud de la naturaleza humana en todas sus dimensiones. Hemos de ser conscientes de que quizá algo así solo pueda producirse en una novela. En una gran novela.

2

La única novela de Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*, quedó inacabada a su temprana muerte. En ella aparece la historia de la flor azul, y Penelope lo imagina leyéndole las primeras páginas (varios años antes de que las escribiera, en realidad) a su amiga y confidente Karoline Just en el capítulo titulado «¿Cuál es el significado?»:

«No anhelo ser rico, pero desearía ver la flor azul. Se oculta permanentemente en mi corazón, y no me deja pensar en otra cosa».

Le pregunta a Justen: ¿Cuál es el significado de la flor azul? Todavía no conoce a Sophie. No la ha visto nunca, pero su historia real ha de continuar, un sueño dentro de un sueño, y será entonces cuando la flor se convierta en una bella joven que le ofrecerá a aquel que desea ir cada vez más lejos el significado auténtico de las cosas: «Si una historia comienza con un hallazgo, debe terminar con una búsqueda». *Du*

hast das Wunder der Welt gesehen. Novalis iba a concluir su capítulo: has visto la maravilla del mundo.

3

Karoline Just es una de las tres mujeres fuertes y eficientes que dirigen los tres hogares en torno a los cuales gira la acción de la novela. Una de sus principales tareas consiste en escuchar de manera atenta y comprensiva los sueños, visiones y dilemas de Fritz. Y es perfectamente normal que él se dirija a ella cuando siente que le «ha ocurrido una cosa», es decir, cuando se enamora de Sophie. No obstante, ella es mucho más que una amiga que está siempre dispuesta a escucharle, y al oírle decir aquello se siente «como si le hubieran vaciado las entrañas». Cuando Karoline muestra cierta oposición ante su pasión y le hace ver que Sophie no es la persona apropiada, Fritz le dice con una increíble capacidad de ensimismamiento y egocentrismo que lo que ocurre es que ella no entiende la naturaleza del deseo humano. Herida, alude en términos velados a la existencia de un amor secreto que también ella tiene. Intuimos que lo que desea por encima de cualquier otra cosa es mantener su amistad y que él se quede a su lado. Para ello, le pondrá dos objeciones a su devoción por Sophie: la edad de la chica (aún no ha cumplido los trece años) y el terrible hecho de que se ría.

En este aspecto, Sophie, como toda su familia, es indómitamente alegre. Ha nacido para la alegría y el gozo, en fuerte contraste con los miembros de la familia de Fritz, que viven a la sombra de la estricta religiosidad del padre. Fritz descubrirá pronto que la vivacidad pura, sin paliativos, puede ser tan difícil de soportar como las obligaciones de la virtud y la santidad. La dulce insipidez de Sophie propicia un buen número de situaciones cómicas, extraídas principalmente de las páginas de su diario, en el que anota por ejemplo: «Hoy no sucedió gran cosa», frase que se convertirá en su expresión más común. Aunque también escribe a veces: «Hardenburch ha venido hoy», con el apellido de Fritz siempre mal escrito. A medida que se van conociendo, a él le preocupa cada vez más el hecho de no entenderla bien, mientras que los testigos que asisten al progreso de su idilio, como Karoline y Erasmus, el hermano de Fritz, a quienes importa de verdad cómo pueda evolucionar su relación, están totalmente convencidos de que en realidad no hay nada que entender. En sus poemas, Fritz declara que ella representa para él «la gracia moral / el significado último de la vida». Le pide permiso para leerle el comienzo de la historia de la flor azul, y cuando ella le dice que le gustaría saber cómo termina, empieza a torturarle la idea de que todo lo que ha escrito sobre ella hasta el momento es insuficiente. Cree no ser capaz de captarla en su plenitud, que todas sus palabras carecen de sentido, por lo que le pide a la hermana mayor de Sophie que, dado que ella la conoce desde la infancia, escriba para él una semblanza en que pueda reconocerla. «Imposible», declarará ella

rotundamente. Por otro lado, todos saben que existe una miniatura de su enamorada, pero es tan horrible que provoca las carcajadas de la familia cada vez que la ven.

Así pues, Fritz decide encargarle a un pintor joven un retrato de Sophie, en parte para explicársela a sí mismo, para llegar a entenderla, pero también, en gran medida, para que todo el mundo pueda apreciar por fin los atributos que él ve en ella.

El experimento resulta ser un fracaso. Haciendo caso omiso de lo desmesurado y burdo de la copiosa cena de los Rockenthien, en la que hay ubres de vaca, ganso con salsa de melaza y bollos rellenos, el pintor Hoffman se dedica a imaginar los monumentos que empleará para el fondo de su retrato: una fuente con escalones de piedra envejecida por el paso del tiempo, la orilla del mar... Frau Rockenthien objeta que se encuentran a trescientos kilómetros del mar. «¿Qué les sugiere el mar?», pregunta el artista. Y la respuesta es que solo les sugiere agua salada. Ninguno de ellos lo ha visto nunca. Otro problema añadido es que Sophie es incapaz de estarse quieta. En cualquier caso, lo que le hace desistir finalmente de su empeño no será ninguno de estos detalles, y así se lo expondrá a Fritz: todas las criaturas del mundo hacen una pregunta diferente, hasta cuando son incapaces de expresarse con palabras. Pero, en el caso de Sophie, él es incapaz de oírla: «no pude oír su pregunta y por lo tanto no puede pintarla».

Semejante explicación podría suponer que existe en ella algo etéreo. Algo totalmente inexpresable que habita en Sophie y que incluso va más allá de ella. Algo inefable que, en realidad, antes o después todo el mundo podrá vislumbrar en la novela.

Aunque también podría tratarse de una premonición de su temprana muerte.

4

Al igual que sucede en todas las novelas de Penelope Fitzgerald, *La flor azul* posee una compleja estructura episódica, no lineal. Tal y como apunta la famosa frase de Sebastian Faulks: «Leer una novela de Penelope Fitzgerald es como dejar que te lleven a dar un paseo en un tipo de coche muy peculiar. Todo es de la más alta calidad: el motor, la carrocería, el interior. Todo te da la máxima confianza. Pero entonces, aproximadamente después de haber recorrido un kilómetro y medio, alguien va y lanza el volante por la ventana».

Como ya sucediera en *Inocencia* y en *El inicio de la primavera*, también en *La flor azul* comenzamos in media res. Sabemos que suceden muchas cosas más allá de los dramáticos y vívidos acontecimientos que nos están narrando, cuyo pleno significado no captaremos en su totalidad hasta haber avanzado mucho más en el libro. El prolongado primer párrafo es un célebre *tour de force*, casi un poema en prosa. Una pieza independiente. Y daremos con más ejemplos similares en las páginas siguientes (la fiesta de Navidad y la fiesta de compromiso en Weissenfels).

Encontraremos otra secuencia muy parecida que es en realidad un poema en prosa del propio Novalis, del que Penelope hizo su propia versión, aunque la autora no explicara nada al respecto.

La novela comienza el día en que se está haciendo la colada en Weissenfels, y una lluvia blanca de camisas y ropa interior cae al patio desde las ventanas superiores, como una tormenta de nieve. El ritual se celebra una vez al año, lo que constituye toda una prueba de prestigio ya que indica que la familia cuenta con la suficiente ropa blanca como para poder pasar doce meses sin necesidad de lavarla. Las prendas de los niños flotan en el aire «como si los propios niños hubieran alzado el vuelo». Una imagen muy hermosa en sí misma, pero que podría regresar a nuestra memoria en las páginas finales del libro, cuando asistimos al desenlace y comprendemos que dicho cuadro podría ser el presagio de que sus almas, y no sus cuerpos, iban a alzarse pronto debido a la peste blanca de la que serán víctimas: la tuberculosis.

Es un amigo que está de visita en Weissenfels, Jacob Dietmahler, quien nos permite contemplar dicho espectáculo a través de sus ojos. Dietmahler es un personaje secundario al que apenas volveremos a encontrar en toda la historia, hasta que desempeñe un papel importante al final de la novela. De su mano llegamos a la familia de su amigo, de Fritz, a la que nos presenta como un extenso y desconcertante grupo de gente. Además, es a él a quien hace llamar el padre de Fritz a su estudio en el capítulo segundo para interrogarle sobre qué hay de cierto en el rumor que afirma que su hijo muestra gran interés por una jovencita de clase media. Aún no sabemos cómo se llama esa joven, y la historia no nos llevará a ella hasta el capítulo 18. (Si tuviéramos que situar cronológicamente en el desarrollo de la novela el episodio del día de la colada, nos iríamos al capítulo 33). El libro se divide en 55 capítulos breves y un epílogo. Y cada uno de ellos representa un instante que se integra en el momento real de la novela o que, directamente, se aleja de él y da lugar a una realidad aparte. Cada capítulo encarna una emoción, un pequeño drama humano irrepetible. Aunque esta sea la historia de Fritz y de Sophie, el enfoque suele desplazarse con frecuencia y se aleja de ellos para ir a caer directamente sobre los miembros de su familia o sobre sus amigos. Puede que incluso vaya a detenerse sobre el caballo de Fritz.

Siempre se habla con admiración de la capacidad de Fitzgerald a la hora de retratar a los niños de sus novelas. En ellos resalta tanto su sabiduría, que les hace estar con los pies bien puestos en el suelo, y su ausencia de hipocresía, como su tendencia ocasional a vivir en su propio mundo, un mundo distinto al de los demás. Los capítulos 3 y 4 se concentran en der Bernhard, de quien se piensa de manera generalizada que es un ángel. El que su nombre aparezca precedido del artículo «der» es un ejemplo más del sutil acento alemán que impregna la novela y que, con la ligera diseminación de ciertos detalles pintorescos y completamente verídicos de la época, logra convencernos de que nos encontramos en la Sajonia del siglo XVIII sin necesidad de acudir a exageraciones ni a grandes alardes de conocimientos teóricos. Sus aventuras, la atracción que ejerce sobre él el río que, al final, lo reclamará de

manera absoluta, son, sin embargo, fragmentos que solo tangencialmente tienen que ver con la idea central de la historia, de la que podríamos decir que empieza propiamente en el capítulo 5 (de la misma manera que en *Inocencia* la narración directa empieza a partir del capítulo 6). El primer recorrido del libro se entrega a la aristócrata familia de Fritz, venida a menos, a su infancia, su formación y educación. Más tarde, poco a poco, la atención principal se irá girando hacia Sophie.

5

Aunque recibamos datos ciertamente muy concretos a lo largo de la historia (siempre de una manera sencilla y en ocasiones dotados de gran ironía), y aunque Fitzgerald esté escribiendo sobre un personaje histórico real, lo cierto es que Friedrich von Hardenberg aparece a menudo envuelto en un aura mágica, inmaterial, como si leyéramos la vida de un santo. De pequeño, Fritz era un niño introvertido y aparentemente atrasado, pero más tarde, después de contraer unas fiebres a la edad de nueve años, de repente se hizo inteligente. Tal acontecimiento se presenta como una especie de milagro. Le envían entonces a estudiar al internado de la comunidad de los Hermanos moravos, secta protestante a la que se convirtió su padre tras la muerte de su primera esposa, y que es piadosa en extremo. No obstante, pronto le expulsarán del colegio porque, en lugar de aprender el catecismo, hace constantes preguntas y se empeña en crear su propia fe personal: «insiste en que el cuerpo no es carne, sino la misma materia que el alma». En esto nos recuerda a Cristo en su disputa de niño con los doctores en el templo. Fritz ya está forjando su propia fe y, de hecho, tendrá visiones auténticas: la de un joven pálido en un cementerio, vivo pero no humano. El velo se alza entre ellos y esta escena nos ofrece la misma inquietante e increíble realidad a la que asistimos en el bosque de abedules de *El inicio de la primavera*. Cuando se prepara para salir al mundo y se dispone a hacer un recuento de la educación que ha recibido, se da cuenta de que ha estudiado la filosofía de Fichte, de que ha aprendido geología, química, matemáticas y derecho, de que sus profesores no se ponen de acuerdo entre sí y de que tampoco están de acuerdo con ellos sus compañeros de estudios (uno de ellos cree que el verdadero significado de la vida reside en la electricidad), pero «tengo que creer en todos ellos», se dice. Al fin y al cabo, concluye: «yo tengo, no puedo negarlo, una inexpresable sensación de inmortalidad».

6

Si Fritz representa, en cierto sentido, esa inmortalidad, Sophie representa, por el contrario, la mortalidad plena: por su alegre temperamento normal y corriente, por el

placer que encuentra en las distracciones comunes, y también porque morirá pronto. Se plantean en *La flor azul* dos importantes cuestiones de tipo humano (y religioso). En el capítulo 17, la pregunta es «¿Cuál es el significado?». Y en el capítulo 37, «¿Qué es el dolor?».

Cuando Sophie comienza a sufrir los primeros síntomas de la tisis, todos los que se encuentran a su alrededor advierten por fin en qué consiste ese misterio tan impreciso y escurridizo. Todos menos Fritz, que resulta ser incapaz de hacer frente a la realidad cotidiana de su enfermedad. Aunque ella todavía habla con sencillez, ahora es capaz, a raíz de su propia experiencia, de dar voz tanto a la realidad como al «problema» del sufrimiento: «Las cosas del cuerpo no son obra nuestra. Me duele el costado izquierdo, y eso no es obra mía».

La medicina de la época estaba en condiciones de diagnosticar la tuberculosis a partir de sus síntomas. Incluso podía tratarla hasta cierto punto, pero no curarla. Lo mejor que podía esperarse, por tanto, era que el paciente recibiera un alivio temporal, y el mejor tratamiento consistía en evitarle cualquier sobreexcitación. Hay que lamentar que el primer médico de Sophie no hubiera oído hablar del brownismo, tan de moda, que, con el propósito de mantener el cuerpo en equilibrio, abogaba por suministrarle al paciente grandes dosis de alcohol para elevar el ánimo y, por otra parte, grandes dosis de opio para templarlo. La narración de lo que le ocurre a Sophie a manos de sus médicos es una mezcla de comedia de humor negro y de puro horror. Pero ella se recuperará lo suficiente para poder asistir a su fiesta de compromiso.

Su médico le ha prohibido que baile, pero no puede evitar dar golpecitos en el suelo con el pie, y la música se eleva a través de su cuerpo. «Se sentía como una botella de sifón. Su cara había adquirido finalmente un débil tono rosado». La madre de Fritz, que no la había visto nunca, se pregunta si no tendría mejor aspecto si se quitase la cofia y se soltase el pelo que, según le han dicho, es oscuro. Y el hermano de Fritz, Erasmus, que a estas alturas está enamorado también de ella, anhela poder pedirle un mechón de su cabello. Cuando por fin aplaca los nervios y se arma de valor para hacerlo, ella «se echó a reír. Lo cierto es que se había estado riendo casi toda la tarde, pero no con tantas ganas como ahora». Aunque no lo dice, está calva. El pelo se le ha ido cayendo a causa de la enfermedad, y de ahí que lleve puesta esa recatada gorra blanca.

Sophie tiene que someterse en Jena a dos terribles operaciones sin anestesia, pero antes recibe las visitas de los curiosos y de los que comprenden su situación y se muestran compasivos con ella. Incluso acude el gran Goethe, quien más tarde intentará tranquilizar a Erasmus hablándole de lo feliz que va a ser su hermano con Sophie cuando se recupere. Pero no es la felicidad de Fritz lo que le preocupa a Erasmus. «¡La de él no!», exclama. Sino la de ella.

Fitzgerald da varios indicios en la novela de que el misterioso desconocido de la historia de Fritz es en realidad la muerte, y de que *La flor azul* constituye una imagen de la vida eterna o, al menos, de los atisbos de la vida eterna que experimentamos en la vida mortal. Esos momentos de inmensa dicha. En diversas entrevistas, la autora afirmó que era lo que los lectores quisiéramos que fuera, lo que necesitáramos que fuera, pero lo cierto es que Penelope no siempre decía la verdad en las entrevistas. Lo indudable es que *La flor azul* es una obra maestra (y es acogida como tal), tanto en sus pequeños momentos más cercanos e íntimos, llenos de humor, como en los grandes temas que aborda. Posee la rica humanidad de Chéjov y el gran alcance moral de Tolstoi. No obstante, he de decir que yo dudaría a la hora de afirmar que estamos ante su obra maestra, ante la mejor de toda su producción, ya que cada una de sus novelas crea su propio mundo completo y fascinante, y todas lo son. Una de las cosas más singulares que podemos decir de este libro es que se trata de una obra ostensiblemente exigente desde un punto de vista intelectual y que, sin embargo, es al tiempo suave, divertida y fácil de leer. Está repleta de personajes adorables, polifacéticos y comprensivos (demasiados para poder mencionarlos a todos aquí), y es, además, una novela admirada tanto por otros autores como por los críticos, que ha sido, a la vez, un auténtico éxito de ventas en todo el mundo de habla inglesa.

Terence Doley



PENELOPE FITZGERALD, de soltera Penelope Knox (17 de diciembre de 1916 – 28 abril de 2000), fue una novelista, poetisa, ensayista y biógrafa inglesa, ganadora del Premio Booker 1979.

Penélope Fitzgerald, de ideas independientes, era hija del editor del Punch, Edmund Knox, y sobrina del teólogo y escritor de novelas negras Ronald Knox, del criptógrafo Dilly Knox y del estudioso de la Biblia Wilfred Knox. En su familia, pues, había hombres de la iglesia y buena formación intelectual lo que repercutió finalmente, tras una vida agitada, en su tardía escritura: publicó su primer libro en 1975.

Fue educada en Wycombe Abbey y en Somerville College, de Oxford. A continuación, trabajó para la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. En 1941, se casó con Desmond Fitzgerald, un soldado irlandés que conoció en una fiesta en ese año de guerra (y que moriría en 1976). De la unión nacieron un varón y dos hijas.

Cuando pudo independizarse de la familia, en la década de 1960, Fitzgerald enseñó en la Italia Conti Academy, que era una escuela de arte dramático, hasta los setenta años; además trabajó en una librería en Southwold, Suffolk, cuya experiencia novelará en un libro que será finalista del premio Booker. Durante un tiempo vivió en una casa fluvial sobre el Támesis. Escribía muy temprano o en la noche avanzada.

Inició la carrera literaria a los 58 años, en 1975, con la publicación de biografía de un pintor prerrafaelita, Edward Burne-Jones (1833-1898). Al año siguiente murió su marido, y en 1977 publicó *The Knox Brothers*, biografía de su padre y de sus tíos, en

la que ella misma en cambio no se menciona. Ese mismo año publica su primera novela, *The Golden Child*; policíaca y cómica; se desarrolla en un museo y se inspira en la manía por la tumba de Tutankamon que destacó por entonces. Luego, escribe otras novelas basadas en su experiencia directa: *La librería* (1978), finalista del Premio Booker y *A la deriva*, sobre su vida fluvial, que gana ese codiciado galardón en 1979. En *Human Voices* (1980) cuenta su vida en la BBC en tiempos de la guerra, mientras que *At Freddie's* (1982) recuerda su enseñanza en la escuela de arte dramático.

Tras publicar en 1984, la biografía del poeta Charlotte Mew (1869-1928), empezó a escribir novelas históricas. La primera fue *Inocencia* (1986), que se desarrolla en la Italia de 1950 y relata la relación amorosa entre la hija de un aristócrata empobrecido y un doctor comunista de una familia del sur. Antonio Gramsci (1891-1937), el teórico marxista, aparece como un personaje secundario.

Un extenso relato amoroso, *El inicio de la primavera* (1988), se sitúa en el Moscú de 1913, y aborda el mundo de antes de la revolución bolchevique a través de los problemas de un pequeño empresario británico que había nacido en Rusia. Fitzgerald había estado en Moscú en 1972, y conocía bien la literatura de ese país. *The Gate of Angels* (1990) gira en torno a un físico teórico de 1912 que trabaja en la Cambridge University y se enamora de una enfermera tras caerse de una bicicleta. Finalmente, *La flor azul* (1995), la última novela de Fitzgerald, se centra en la figura del poeta y filósofo del siglo XVIII Novalis; la autora había aprendido alemán y consultó fuentes primeras. Otras personajes históricos como Goethe o el pensador Friedrich von Schlegel, intervienen en el relato. El libro, aclamado como obra maestra, ganó el National Book Critics Circle Award 1997.